Charles Willeford

RBA

UNA OBRA MAESTRA

Charles Willeford

Traducción de
Pilar de la Peña Minguell

RBA

Título original inglés: *The Burnt Orange Heresy*.
Autor: Charles Willeford.

© Charles Willeford, 1971.
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2020.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2020.
Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Primera edición: julio de 2020.

REF.: ODBO751
ISBN: 978-84-9187-696-0

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL · EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

AL DIFUNTO Y EXCEPCIONAL JACQUES DEBIERUE

(H. 1886-1970)

«MEMORIA IN AETERNA»

Nada existe.
Si existe algo, es incomprensible.
Si algo fuera comprensible,
sería incomunicable.

Gorgias

PRIMERA PARTE

NADA EXISTE

1

Hace un par de horas, Railway Expressman me ha traído a mi apartamento de Palm Beach, en un cajón de madera, la recién publicada *Enciclopedia Internacional de Bellas Artes*. He firmado el albarán, he subido tres grados el termostato del aire acondicionado, he ido a la cocina a por un martillo y he abierto el cajón con el lado del sacaclavos. Veinticuatro preciosos volúmenes encuadernados en bocací, con papel texturizado con barbas. Seis laboriosos años de preparación, más de dos mil quinientas ilustraciones (cuatrocientas treinta y seis láminas a todo color) y cada uno de los artículos, perfectamente documentados, escritos y firmados por una autoridad destacada en ese campo concreto de la historia del arte.

Dos de esos artículos eran míos y otros críticos también mencionaban mi nombre, James Figueras, en tres artículos más. Al citarme, reforzaban la credibilidad de sus propias opiniones.

En mi limitado mundo visionario, el de la crítica de arte, en el que menos de veinticinco hombres (y ninguna mujer) se ganan el pan como críticos profesionales (los reseñadores de prensa no cuentan), que se me citara en calidad de experto en aquella enciclopedia definitiva era sinónimo de éxito, de éxito con mayúsculas. Lo pensé un instante. ¿Solo veinticinco críticos profesionales entre una población de más de doscientos millones de personas? Esa era sin duda una cifra pequeña de hombres capaces de mirar una obra y entenderla, y después interpretarla por escrito para que los interesados pudieran compartir la experiencia estética.

Para Clive Bell, el arte era «una forma significativa». No se lo discuto, pero él jamás llevó su tesis a su conclusión lógica. ¡Es el crítico quien hace que la forma sea significativa para el espectador! Dentro de siete meses, cumpliré treinta y cinco años. Soy el experto más joven con artículos

firmados en la nueva *Enciclopedia* y, en ese momento, caí en la cuenta de que, si vivía lo suficiente, muy posiblemente me convertiría en el mayor crítico de arte de Estados Unidos, y quizá del mundo entero. Con delicadeza, fui sacando del cajón de madera los pesados volúmenes y los alineé sobre mi escritorio.

La colección completa, para los suscriptores que la adquirieran con antelación a la fecha prevista de publicación (y casi todas las universidades, escuelas universitarias y grandes bibliotecas públicas aprovecharían la oferta de prelanzamiento), costaba trescientos cincuenta dólares, más gastos de envío. Tras su lanzamiento, costaría quinientos, con la posibilidad de recibir también un volumen anual por solo diez dólares más (con el mismo papel excelente y la misma encuadernación irresistible).

Huelga decir que, puesto que mi especialidad es el arte contemporáneo, mi nombre aparecerá en todos los anuarios.

Hacía meses que había leído las pruebas de imprenta, claro, pero releí despacio mi artículo de mil seiscientas palabras sobre el arte y el párvulo con la clase de satisfacción que cualquier trabajo profesional bien hecho proporciona al lector. Era un resumen muy condensado de mi libro, *El arte y el párvulo*, que, a su vez, era una revisión de mi tesis para el máster de Columbia. Aquel libro me había catapultado como crítico y a la vez había sido un fracaso. Y digo que había sido un fracaso porque dos facultades de Pedagogía de dos grandes universidades lo habían adoptado como libro de texto para clases de Psicología Infantil, lo cual denotaba que los docentes en cuestión no habían entendido mi tesis, ni sabían nada de niños o de psicología. No obstante, el libro me había permitido escapar de la enseñanza de la historia del arte y dedicarme plenamente a la crítica.

Thomas Wyatt Russell, director editorial de *Fine Arts: The Americas*, que había leído y entendido mi libro, me ofreció un puesto en la revista como columnista y redactor, con un estipendio de cuatrocientos dólares al mes. Y *Fine Arts: The Americas*, que pierde más de cincuenta mil dólares al año a manos de la fundación que la sostiene, es seguramente la revista de arte más exitosa publicada en Estados Unidos, y en cualquier parte, en realidad. Lo cierto es que cuatrocientos dólares es una suma miserable, pero que mi nombre apareciera en el directorio de aquella prestigiosa revista era el trampolín que necesitaba en ese momento para vender artículos como crítico independiente a otras revistas de arte. Los ingresos que obtenía de esta última fuente eran irregulares, como es lógico, pero con la miseria que tenía garantizada al mes me bastaban (siempre que me mantuviera soltero,

algo que me proponía sin duda) para evitar la enseñanza, que detestaba, y el frío confinamiento del trabajo en museos, única alternativa que nos restaba a los que decidíamos titularnos en Historia del Arte. Siempre quedaba la publicidad, claro, pero uno no invierte deliberadamente su tiempo en el estudio en profundidad de la historia del arte que precisa la titulación para dedicarse después a la publicidad, por mucho dinero que se gane en ese campo.

Cerré el libro, lo dejé a un lado y alargué el brazo para coger el tercer volumen. Me temblaron los dedos, un poco, al encender un cigarrillo. Sabía por qué me había detenido tanto en el artículo sobre el párvulo, aunque me fastidiara reconocerlo. Durante un buen rato (me dije que solo esperaba a terminarme el cigarrillo), fui físicamente incapaz de abrir el libro por la página de mi artículo sobre Jacques Debierue. Todo el mal que Dorian Gray había hecho se reflejaba en el rostro del retrato que escondía; en mi caso, a veces me preguntaba si habría un proyector en marcha encerrado en algún armario, mostrando una y otra vez los sucesos de aquellos dos días de mi vida. El mal, como todo lo demás, debía adaptarse a los tiempos, y yo no soy un diletante finisecular como Dorian Gray. Soy un profesional, y tan contemporáneo como el sol abrasador de Florida que veo por mi ventana.

A pesar del aire acondicionado, sudaba tan profusamente que tenía mis pobladas patillas empapadas y apelmazadas. Allí, en aquel hermoso volumen, estaba por fin la amarga verdad sobre mí mismo. ¿Le debía mi éxito y mi reputación actuales a Debierue, o me debía Debierue los suyos a mí?

«Si te produce dolor, no te gustará», escribió John Heywood. Pensar en Debierue me dolía, desde luego, y el dolor no me gustaba, ni tampoco yo mismo. Pero nada, nada en este mundo, iba a impedirme leer mi artículo sobre Jacques Debierue...

2

Gloria Bentham no sabía absolutamente nada de arte, pero esa particularidad no le había impedido convertirse en exitosa marchante y propietaria de una galería en Palm Beach. Sostener la suya, y poco más, donde había treinta galerías abiertas a pleno rendimiento durante «la temporada» era un logro nada desdeñable, si bien el floreciente movimiento artístico de los últimos años había hecho posible que se vendiera casi cualquier objeto por sumas considerables. No obstante, para un marchante es más importante tener don de gentes que saber de arte. Y Gloria, flaca, modesta, sencilla, tenía la paciente habilidad de saber escuchar, rasgo que a menudo se confunde con la comprensión.

Mientras conducía rumbo norte por la A1A desde Miami, en dirección a Palm Beach, por no pensar en otras cosas, pensé en Gloria, pero sin gran satisfacción. Había tomado la ruta más larga y lenta en lugar de la autovía de Sunshine porque necesitaba esa hora de más que me supondría para ordenar mis pensamientos sobre lo que iba a escribir sobre el arte de Miami y por evitar durante otra hora el problema, si es que aún podía considerarse eso, de Berenice Hollis. Nada es sencillo, y la razón por la que soy buen crítico es que he aprendido el oscuro y hondo secreto de la crítica. El pensamiento, el proceso de pensar y el ser pensante son la misma cosa. Y si eso es así, y yo, desde luego, vivo como si lo fuera, el ser que pinta, la pintura y el proceso de pintar también son lo mismo. Nada ni nadie es sencillo jamás, y Gloria se había mostrado impaciente, demasiado impaciente, por que yo volviera a Palm Beach para asistir a la inauguración de su nueva exposición. No era una exposición importante ni original, solo lógica.

Exponía conjuntamente obras naífs de arte haitiano y el trabajo de un

joven pintor de Cleveland llamado Herb Westcott, que había pasado un par de meses en Pétionville, Haití, pintando escenas locales. El contraste dejaría en mal lugar a Westcott, porque él era profesional y a su lado los primitivistas, que no eran nada profesionales, parecerían buenos. Gloria vendería las obras de los haitianos con un margen de ganancia del seiscientos por ciento y, aunque casi todos los compradores devolverían sus adquisiciones al cabo de una semana o así (no todo el mundo es capaz de convivir con una pintura haitiana autóctona), seguiría obteniendo beneficios. Además, a aquellos coleccionistas que no soportaran el arte naíf, la técnica de Westcott les parecería tan superior a la de los haitianos, que sin duda vendería en una exposición conjunta unas cuantas pinturas más de las que habría logrado vender en un monográfico sin la ventaja comparativa.

Al pensar en Gloria había logrado no pensar, por poco tiempo, en Berenice Hollis. Había encontrado para el problema de Berenice una solución no del todo excesiva, que a veces confiaba —y otras no— en que funcionara. Ella era una profesora de Inglés (de último curso de secundaria) de un instituto de Duluth, Minnesota, que había cogido un avión para pasar unas semanas de soleada convalecencia en Palm Beach después de que le extirparan un quiste de la base de la columna vertebral. No había sido una cirugía compleja, pero había acumulado días de baja y se los había tomado. Su clara piel sonrosada se había ido tornando azafranada y después de un color arce dorado. La cicatriz del coxis había pasado del rojo vivo al gris, para terminar convirtiéndose en una grisalla levemente fruncida.

Nuestro romance había pasado por tonos y matices similares. Yo la había conocido en la Four Arts Gallery, donde cubría una exposición itinerante de Toulouse-Lautrec, y ella se negaba a volver a Duluth. A mí me parecía estupendo (sinceramente, no habría podido animar a nadie a volver a Duluth), pero había cometido el error de dejarla mudarse a mi casa, imprudencia que en su momento me había parecido una gran idea. Era una pueblerina grande (fornida sería más acertado), de figura madura, ojos azul aciano y una maraña de pelo de color trigo que le caía por la espalda. Salvo por la cicatriz del tamaño de una chincheta que tenía en el coxis y que apenas se apreciaba, su trasero bronceado de agradable perfume era perfecto. Sus ojos azules parecían de terciopelo, gracias a las lentillas. Pero no era de tan buen conformar como yo había pensado al principio, sino simplemente vaga. Mi funcional apartamento ya era condenadamente

pequeño para una persona, así que no digamos para dos, y ella era un estorbo constante. Viéndola arreglada para salir o para ir a una fiesta, nadie hubiera creído que fuera tal desastre convivir con Berenice: la ropa tirada por las sillas, las toallas húmedas y los bikinis por el suelo; el baño que apestaba a sales, polvos, perfume y potingues, una mezcla de olores tan penetrante que tenía que taparme la nariz mientras me afeitaba. El estado de la cocina, alargada y estrecha como las de los antiguos vagones de tren, era incluso peor. Jamás lavaba una taza, un plato, una cazuela o una sartén, y una vez la pillé tirando la grasa del beicon por el fregadero.

El desorden podía soportarlo. El principal inconveniente de tener a Berenice en casa a todas horas era que yo tenía que escribir mis críticas en el apartamento.

Me había servido de toda mi capacidad de persuasión para convencer a Tom Russell de que me dejara cubrir la llamada Gold Coast durante la temporada. (En Palm Beach, la «temporada» oficial empieza en Nochevieja con una aburrida cena de gala en el Everglades Club y termina más o menos el 15 de abril.) Cuando Tom accedió por fin, se negó a pagarme dietas. Tuve que sobrevivir en Palm Beach con mi estipendio mensual y pagarme el vuelo con parte de mis escasos ahorros (el resto tuve que invertirlo en un coche de doscientos cincuenta dólares). Subarrendando mi piso de renta controlada en el Village por casi el doble de lo que yo estaba pagando, conseguí salir adelante. A duras penas.

Yo trabajaba el doble y escribía material mucho mejor que en Nueva York para demostrarle a Tom Russell que la Gold Coast era un incipiente centro artístico estadounidense abandonado durante demasiado tiempo por las revistas especializadas. No era el caso, de momento, pero se apreciaban ciertos indicios de progreso. La mayoría de los pintores nativos de Florida aún andaban pintando palmeras y marinas impresionistas, pero un número considerable de reputados artistas de Nueva York y Europa habían descubierto Florida también, y aquellos últimos ya exponían en galerías desde Jupiter Beach hasta Miami. Así que durante la temporada había eventos de sobra para llenar mi columna de «Breves» sobre nuevas exposiciones, y al menos un artista importante exponía el tiempo necesario para que yo lo honrara con uno de mis análisis en profundidad. En Florida se mueve dinero durante la temporada y los artistas exponen en cualquier lugar donde haya movimiento suficiente para que se vendan sus obras.

Con Berenice merodeando por el minúsculo apartamento a todas horas, no podía escribir. Andaba por ahí descalza, discreta y sigilosa como un

ratón de sesenta y cinco kilos, hasta que yo protestaba. Entonces se sentaba en silencio, plácidamente, sin leer, sin hacer nada, salvo contemplar amorosa mi espalda mientras yo trabajaba delante de mi Hermes. Me desquiciaba.

—¿En qué piensas, Berenice?

—En nada.

—Eso no es verdad, piensas en mí.

—¡Qué va! Anda, sigue escribiendo, que yo no te molesto.

Pero sí que me molestaba y no me dejaba escribir. Estaba tan callada que no la oía ni respirar, pero me tenía aguzando el oído todo el tiempo para intentar oírla. Me hacía falta cierta preparación mental, pero (como en el fondo soy un poco hijoputa) terminaba pidiéndole, de buenas maneras, que se fuera. Se negaba. Luego se lo pedía de muy malas maneras. Ella no quería discutir conmigo, pero tampoco accedía a marcharse. En esas ocasiones, ni siquiera me respondía. Se me quedaba mirando, muy seria, con sus ojos celestes muy abiertos (y las lentillas deslizándose por ellos), las lágrimas cayéndole a mares, reprimiendo, o esforzándose por reprimir, aquellos sollozos cargados de congoja que me hacían polvo. Me iba del apartamento, para no volver, y regresaba a las pocas horas, me reconciliaba con ella una vez más y pasábamos una hora desatada en el catre.

Y yo no avanzaba con mi trabajo. El trabajo es importante para un hombre. Ni siquiera una Helena de Troya puede competir con una máquina de escribir Hermes como la mía. Por maravillosa que sea, una mujer no es más que una mujer, mientras que dos mil quinientas palabras son un artículo. Desesperado, le lancé a Berenice un ultimátum. Le dije que me iba a Miami y que, cuando volviera, veinticuatro horas después, quería que se hubiera largado de una vez de mi apartamento y de mi vida.

Ahora volvía a casa, setenta y dos horas más tarde, tras haber ampliado el plazo en dos días para mayor seguridad. Suponía que la encontraría allí. Quería encontrarla allí y, paradójicamente, que se hubiera ido para siempre.

Aparqué en la calle, subí la capota del Chevy, un descapotable que tenía siete años, y me dispuse a cruzar el patio embaldosado hasta la escalera de caracol encalada de la entrada. Cuando subía, oí el teléfono de mi apartamento, en la segunda planta. Me detuve y esperé a que sonara tres veces más. Berenice era incapaz de dejar sonar el teléfono cuatro veces sin cogerlo y así supe que se había marchado. Antes de que me diera tiempo a

abrir la puerta, se cortó la llamada.

Berenice se había ido y el apartamento estaba limpio. No inmaculado, claro, pero al menos se había molestado en ordenarlo. Había lavado y guardado los platos, y fregado sin mucho entusiasmo el suelo de linóleo.

Apoyado en la máquina de escribir que tenía en la mesita plegable de al lado de la ventana, encontré un sobre cerrado en el que había garabateado JAMES.

Queridísimo James:

Eres un capullo, pero me parece que eso ya lo sabes. Aunque todavía te quiero, te olvidaré. Espero no olvidar nunca las cosas buenas. Vuelvo a Duluth, no vengas a buscarme.

B.

Si no quería que fuera a buscarla, ¿por qué me decía adónde había ido?

En la papelera había tres hojas arrugadas, borradores de aquella nota. Pensé en leerlos, pero cambié de opinión. Prefería quedarme con la versión definitiva. Arrugué la nota y el sobre y los tiré también a la papelera.

Experimenté una honda sensación de pérdida, acompañada de un súbito ataque de rabia. El apartamento aún olía a Berenice y sabía que su mezcla femenina de almizcle, sudor, perfume, polvos fuertes, jabón de lavanda, aliento a beicon, mucosidades, perchas acolchadas, vinagre y todas las demás cosas agradables de ella perdurarían eternamente en el apartamento. Me compadecí de mí mismo y de Berenice, y al mismo tiempo sentí una especie de euforia por haberme librado de ella, aun siendo consciente de que las próximas semanas serían terribles porque la echaría de menos una barbaridad.

Aún tenía tiempo de sobras hasta el evento en la galería de Gloria. Me quité el polo, los mocasines (con los pies) y me senté a la mesita plegable que me hacía de escritorio para repasar mis anotaciones sobre Miami. No había perdido el tiempo en los tres días que había pasado en el condado de Dade.

Me había alojado en casa de Larry Levine, en Coconut Grove. Larry era un litógrafo al que había conocido en Nueva York, y su esposa, Paula, era una excelente cocinera. Lo compensaría con una pequeña mención a sus nuevas litografías de animales en mi columna de «Breves».

Tenía notas de sobra para un artículo de dos mil quinientas palabras sobre la exposición medioambiental titulada «Gótico sureño» a la que había

asistido en North Miami, y una pieza sobre las gafas de Harry Truman que sería un buen comienzo para mi columna de contraportada. Larry me había dado la idea.

Un mecánico de South Miami, gran admirador de Truman, había escrito a Lincoln Borglum, que había terminado las esculturas colosales del monte Rushmore a la muerte de su padre, para preguntarle cuándo iba a incluir la cabeza de Harry Truman en el conjunto. Lincoln Borglum, que por lo visto tenía más sentido del humor que su difunto padre, Gutzon, le había contestado, muy ocurrente, que no iba a poder hacerlo porque era demasiado difícil replicar las gafas del presidente. El mecánico, un tipo llamado Jack Wade, se había tomado en serio la respuesta de Borglum y le había hecho las gafas él mismo.

Eran unas lentes inmensas, de más de ocho metros de extremo a extremo, con la montura de acero recubierto de bronce dorado esmaltado. Estaban hechas tomando como modelo las ventanas de un tren eléctrico Twindex, de esas con doble acristalamiento y una cámara de aire entre los dos cristales.

—La cámara de aire impedirá que se empañen en los días fríos —le explicó Wade.

Yo había hecho con la Polaroid tres fotografías en blanco y negro de Wade y las gafas, y una había quedado lo bastante nítida como para ilustrar mi columna. Las lentes eran un extraordinario trabajo de artesanía y yo le había sugerido al señor Wade que se las vendiera a alguna óptica para usarlas con fines publicitarios. La propuesta no le había sentado nada bien.

—¡No, por Dios! —me respondió con rotundidad—. ¡He construido esas gafas para que se las pongan al señor Truman cuando su busto del monte Rushmore esté terminado!

Sonó el teléfono.

—¿Dónde estabas? —me preguntó la voz chillona de Gloria—. Te he estado llamando toda la tarde. Berenice me ha dicho que te habías marchado y que a lo mejor no volvías nunca.

—¿Cuándo has hablado con ella?

—Esta mañana, hacia las diez y media.

La noticia me cayó como una bomba. Si hubiera vuelto a las veinticuatro horas, a las cuarenta y ocho, a las sesenta..., me la habría encontrado allí. Había sido de lo más oportuno, pero seguía notándome aquella punzada.

—He estado en Miami, trabajando. Es Berenice la que se ha ido y no va a volver.

—¿Una pelea de enamorados? Venga, cuéntaselo todo a Gloria.

—No me apetece hablar de eso, Gloria.

Ella se rio.

—¿Vas a venir a la inauguración?

—Te dije que iría. ¿Tan importante es el arte haitiano de segunda para que me hayas estado llamando todo el día?

—Westcott es un buen pintor, James, de verdad. Un dibujante de primera.

—Seguro que sí.

—Suenas raro. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Y sí, voy a ir.

—De eso quería hablarte. Joseph Cassidy también vendrá, porque quiere conocerte. Me lo ha dicho. Sabes quién es el señor Cassidy, ¿no?

—¿No lo sabe todo el mundo?

—No, todo el mundo no. ¡No todo el mundo lo necesita! —Se rio—. Pero nos ha invitado, a ti y a mí y a algunos más, a cenar en su casa después de la inauguración. Tiene un ático en el Royal Palm Towers.

—Sé dónde vive. ¿Por qué quiere conocerme?

—No me lo ha dicho. Pero es el mayor coleccionista que ha visitado jamás mi pequeña galería y, si pudiera conseguir su patrocinio, no necesitaría ningún otro...

—Entonces no le vendas nada de ningún nativo, ni ningún Westcott.

—¿Por qué no?

—No le interesa el arte convencional. No intentes venderle nada. Espera a que hable con él y ya te sugeriré yo algo.

—Gracias, James.

—No hay de qué.

—¿Vendrás con Berenice?

—No me apetece hablar de eso, Gloria.

Cuando colgué, la oí reír.

3

Pese a lo mucho que detesto la palabra «gorrón», no hay otra que defina mejor aquello en lo que me había convertido durante mi estancia en la Gold Coast. En Palm Beach existen varios niveles sociales durante la temporada que nada tienen que ver con los grupos sociales, fruto incómodo de los grupúsculos de WASP (Blancos AngloSajones Protestantes) y judíos de Miami y Miami Beach. En Lauderdale, como es lógico, la clase adinerada es claramente WASP.

Yo no pertenecía a ninguno de esos grupos, pero los frecuentaba todos como consecuencia de mi profesión. Conocía a gente en exposiciones de arte donde solían servirse copas y, como era joven, soltero y tenía un oficio aceptable, a menudo me invitaban a cenas, cócteles, partidos de polo, paseos en barco, resopones y barbacoas. Esas invitaciones, que conducían a nuevas presentaciones, solían generar otras invitaciones a cenas. Además, a algunos de los artistas de la Gold Coast, como Larry Levine, por ejemplo, los había conocido en Nueva York.

Después de dos meses en Florida, tenía muchos conocidos, o contactos, pero ningún amigo. No devolvía ninguna de las invitaciones a cenar y tenía que evitar los bares, clubes nocturnos y restaurantes en los que pudieran acabar endosándome la cuenta. El hombre que no invita nunca no hace amigos.

Aun con todo, tenía la sensación de que a mis diversos anfitriones y anfitrionas les compensaba mi presencia en sus hogares. Aguantaba con cordialidad a los tostones, era un hombre más en las cenas en las que hacían falta jóvenes solteros heterosexuales y, cuando estaba de buen humor, era capaz de contar anécdotas o sacar adelante conversaciones que estaban en punto muerto.

Tenía dos chaquetas de vestir: una de brocado de seda roja y otra estándar de lino blanco. La blanca tenía una mancha de pintalabios, de cuando Berenice, achispada, me había mordido el hombro al volver de una fiesta. Así que no me quedaba otro remedio que ponerme la roja de brocado.

Mientras recorría a pie las seis manzanas que separaban mi apartamento de la galería de Gloria, especulé sobre la invitación de Joseph Cassidy a cenar. Una invitación de carácter social no habría sido del todo inusual, pero ella me había dicho que quería conocerme, y eso me intrigaba. Cassidy no solo era famoso como coleccionista, también era un célebre abogado criminalista. Precisamente había podido reunir su colección de arte gracias a los enormes ingresos que generaba su ejercicio de la abogacía en Chicago.

Poseía una de las colecciones de arte contemporáneo privadas más exquisitas de Estados Unidos y la conclusión a la que llegué, que me pareció razonable en ese momento, fue que quizá quisiera contratarme para que le hiciera un catálogo. Y aunque el motivo de su interés por verme no fuera ese, estaba decidido a proponérselo (que yo supiera, no se había publicado ningún catálogo de su colección). La tarea resultaría tan rentable para mí como para Cassidy, en más de un sentido. Yo podría ganar un dinero extra, pasar unos meses en Chicago, escribir algunos artículos sobre el arte y los artistas de la zona, y firmar aquel catálogo daría cierto impulso a mi carrera.

Cuanto más pensaba en la idea, más me entusiasmaba, pero al llegar a la galería mi entusiasmo ya se había esfumado después de caer en la cuenta de que no podía lanzarle aquella propuesta. Si me lo proponía él, genial, pero yo no podía pedirle trabajo a un hombre en un evento social sin que mi dignidad se viera comprometida.

¿Y qué más podía ofrecerle a un hombre de la posición de Cassidy? Mi amor propio (por no decir mi *machismo*[*]), desmesurado y a menudo falso, sin la menor duda, era algo innato, formaba parte de mi herencia de padre puertorriqueño, o eso suponía yo. Pero estaba ahí, en todo caso, y había dejado escapar muchas oportunidades por pensar primero, para mis adentros, qué habría hecho mi padre en circunstancias similares.

Cuando llegué a la galería, ya me había quitado la idea de la cabeza.

Gloria trató de cubrir como pudo su prominente dentadura con sus finos labios y me condujo al bar agarrándome demasiado fuerte del brazo derecho.

—¿Conoces a este hombre, Eddy? —le dijo al barman.

—No —contestó Eddy sacudiendo la cabeza con solemnidad—, pero sé lo que bebe. —Me sirvió sesenta mililitros de Cutty Sark sobre dos cubitos de hielo y me acercó el vaso de papel.

—Gracias, Eddy.

Eddy cubría el turno de día del Hiram's Hideaway en South Palm Beach, pero era un barman popular y lo contrataban muchos anfitriones para sus fiestas nocturnas durante la temporada. Solía toparme con él una o dos veces a la semana en distintos lugares. Hoy en día, todos necesitamos un extra, creo yo. Un trabajo normal y algo más. Gloria, por ejemplo, no habría podido pagar el elevado alquiler de la galería en temporada si no subarrendara el local algunas tardes para lecturas de poesía y sesiones de terapia grupal. Ella también detestaba aquellos grupos. Esas personas que necesitaban que les leyeran poesía o que se torturaban con la terapia de grupo eran todos unos fumadores empedernidos, según ella, que nunca usaban los ceniceros que les proporcionaba.

Eddy trabajaba en una mesita plegable tapada con una sábana. Había whisky, bourbon, ginebra y vermut para los martinis, y un recipiente de plástico lleno de cubitos de hielo detrás de la mesa. Me aparté para que otros pudieran acercarse y cogí de la mesa del vestíbulo mi catálogo de multicopista. Gloria recibía junto a la puerta a los que iban llegando, los llevaba a la mesa para que firmaran en su libro de invitados y luego al bar improvisado.

Sus inauguraciones no eran nada exclusivas. Además de a sus elegidos de siempre, daba invitaciones a los relaciones públicas de los hoteles de Palm Beach para que las repartieran entre aquellos huéspedes que, a su juicio, tenían madera de hipotéticos compradores. Los incautos sobre los que recaía el «honor» de recibir invitaciones impresas para un evento privado, entusiasmados con la idea de poder codearse con la «genuina» sociedad de Palm Beach en la inauguración de una exposición de arte, de vez en cuando compraban alguna pintura. Y cuando lo hacían, Gloria le enviaba al jefe de relaciones públicas del hotel donde se hospedaban una chaqueta deportiva o unos pantalones Daks. En consecuencia, el público que asistía a los eventos de la galería de Gloria solía ser variopinto. Había incluso un par de adolescentes de la Escuela Preuniversitaria de Palm Beach, bolígrafo en mano, escudriñando nerviosas las obras de los nativos y tomando notas en sus cuadernos Blue Horse.

Por el catálogo, supe que Herbert Westcott tenía veintisiete años, se

había graduado en Western Reserve y había estudiado también en la Art Students League de Nueva York. Había expuesto su obra en Cleveland, en la Art Students League y en Toronto, Canadá. Un tal Theodore L. Canavin, de Filadelfia, había coleccionado parte de su obra. Aquella exposición, que reunía su trabajo más reciente realizado en Haití durante los últimos tres meses, era la primera de Westcott en solitario. Levanté la vista del catálogo y vi enseguida al artista. No era alto, uno setenta y tres, estaba bastante bronceado y lucía una barba corta de color castaño claro. Vestía un traje de chaqueta de seis botones color azul pálido, zapatos blancos y camisa rosa claro sin corbata. Andaba escuchando con disimulo lo que decía una pareja de mediana edad sobre la más voluminosa de sus obras, una escena del mercado de Puerto Príncipe que era dos tercios cielo amarillo limón.

Dibujaba bien, como decía Gloria, pero los colores se le habían solapado al dejar que la pintura chorreara para dar a sus composiciones un aire desenfadado. Los churretes, legado desastroso de Jackson Pollock, eran una imprudencia. Tenía talento, no cabía duda, pero el talento es el comienzo de un artista. Sus haitianos y haitianas eran de distintos tonos de color chocolate en vez de negro, algo en lo que yo no habría reparado de no ser por las pinturas haitianas que había en la pared de enfrente, cuyas figuras eran verdaderamente negras.

La docena de pinturas nativas haitianas que Gloria había conseguido reunir eran sorprendentemente buenas. Hasta tenía un Marcel temprano, de 1900, más o menos, tan discretamente distinto de los nativos contemporáneos (con tanto rojo y amarillo intenso) que hipnotizaba. La escena del Marcel era típicamente haitiana: una treintena de personas practicando el vudú, con una cabra aburrida, muy cómica, como centro de atención, pero la pintura estaba hecha en gris, negro y blanco, no con colores primarios. Marcel, recordé entonces, había sido uno de los primeros nativos que había pintado sus lienzos con plumas de pollo porque no podía comprarse pinceles. Su pintura costaba solo mil quinientos dólares y alguien se llevaría una ganga si la adquiría...

—James... —Gloria me agarró del codo—. Quiero presentarte a Herb Westcott. Herb, este es el señor Figueras.

—¿Cómo está? —dije yo—. Gloria, ¿de dónde has sacado el Marcel?

—Luego te lo cuento —me contestó—. Habla con Herb. —Dio media vuelta con su largo y pecoso brazo derecho extendido hacia un anciano tembloroso de mejillas sonrosadas.

Westcott se acarició la barbita.

—Perdone que no lo haya reconocido, señor Figueras. Gloria me había dicho que venía, pero pensaba que llevaba barba...

—Por la foto de mi columna. Tendría que cambiarla, supongo, pero es una buena foto y aún no tengo otra. Llevé barba durante un año más o menos y luego me la afeité. No debería quitarse usted de la suya, señor Westcott... —Bajó la mano enseguida y se movió incómodo—. Hice el cálculo y descubrí que la barba añadiría seis semanas más a mi vida, seis semanas de afeitados que me ahorraría, siete si lo hacía con maquinilla eléctrica. Pero no merecía la pena. Como usted, no conseguía dejar de tocármela y me picaba el cuello todo el tiempo. El secreto, dicen, está en no tocársela nunca. Y si usted ya ha adquirido ese hábito, señor Westcott, su barba está condenada.

—Entiendo —contestó tímidamente—. Gracias por el consejo.

—No se preocupe —añadí—, seguramente está más guapo sin ella.

—Eso es lo que me ha dicho Gloria. Deme esto —dijo cogiéndome el vaso de papel—, le traeré otra bebida. ¿Qué estaba tomando?

—Eddy ya lo sabe.

Me volví para seguir examinando el Marcel. Quería marcharme. La salita de techo alto, que parecía más pequeña según se iba llenando, estaba atestada de seres vociferantes y no me apetecía hablar con Westcott de sus pinturas. Por eso le había comentado lo de la barba. Su obra no era nada original y él lo sabía sin que yo se lo dijera. La exposición entera, incluido el Marcel, no daba más que para una nota breve, me dije mientras doblaba el catálogo y me lo metía en el bolsillo del pantalón, salvo que buscara desesperado más relleno con el que llegar a una columna decente de unas dos mil palabras.

Gloria estaba junto al bar, en compañía de otra decena de invitados sedientos. El pobre Westcott, que estaba pagando las copas, rondaba por la barra improvisada tratando de captar la atención de Eddy. Aproveché la ocasión para huir al vestíbulo y salir a la calle. Por fin estaba en Worth Avenue a última hora de la tarde, camino de casa. Si el señor Cassidy quería conocerme, que le pidiera mi teléfono a Gloria y me llamase para concertar una cita.

En Florida, el atardecer no duraba mucho. Cuando llegué a mi edificio de apartamentos de estucado ocre de antes de la Gran Depresión, una mansión de los años veinte dividida más tarde en pequeñas viviendas, estaba tan desanimado que me dolía la cabeza. Me quité la chaqueta, me senté en un banco de hormigón situado a la sombra de un taray en el patio

y me fumé un cigarrillo. La brisa marina era cálida y suave. Unos pájaros trasnochadores gorjeaban furiosos mientras intentaban encontrar cobijo en el árbol ya atestado que se alzaba sobre mi cabeza. La sensación de vacío que me inundaba por dentro me alcanzó los ojos, pero no llegó a desbordar. La anciana señora Weissberg, que vivía en el número 2, avanzaba cojeando por el caminito de baldosas hacia el banco en el que me había sentado. Para no tener que hablar con ella me levanté bruscamente, subí las escaleras y calenté en el horno durante treinta minutos un plato mexicano precocinado, me comí la mitad y me fui a la cama. Me dormí enseguida y no soñé nada.

4

Gloria me despertó zarandeándome y encendió la lámpara de la mesilla que estaba junto a mi cama plegable. Había entrado con la llave de repuesto que yo escondía debajo del geranio del porche. O había visto a Berenice usarla o la había oído comentar que estaba ahí. Miré a Gloria parpadeando por la súbita luz y procuré recomponerme. Aún tenía el corazón alborotado, pero el susto que me había dado despertándome en plena noche fue disipándose poco a poco.

—Perdona, James —me dijo de pronto—, pero llamaba y no contestabas. Tendrías que hacerte instalar un timbre, en serio.

—La próxima vez prueba a llamarme por teléfono. Casi siempre me levanto a cogerlo, por si se trata de algo sin importancia —le dije, sin disimular mi irritación.

Me había dejado el tabaco en los pantalones que había colocado en el respaldo de la silla recta, junto a la mesita de centro. Aunque dormía desnudo, tapado solo con una sábana, como además de necesitar un pitillo estaba furioso, aparté la sábana, me levanté sin remilgos y hurgué en los bolsillos del pantalón en busca de la cajetilla. Me encendí un cigarro y tiré la cerilla al cenicero de piedra que había en la mesita de centro.

—Esto es importante para mí, James. Ha venido el señor Cassidy y tú no estabas. Ha preguntado por ti y he tenido que decirle que te dolía la cabeza y te habías ido temprano...

—Cierto.

A Gloria no le incomodaba mi desnudez, pero de pronto me dio vergüenza estar con el trasero al aire en medio de la habitación, fumando y manteniendo una conversación intrascendente. Gloria tenía cuarenta y muchos años, y había estado casada unos seis meses con el dueño de una

ferretería de Atlanta, así que no era la primera vez que veía a un hombre sin ropa. Aun así, saqué del armario un albornoz y me lo puse.

—Quiere que vayas a cenar, James. Y a eso he venido: a buscarte.

—Pero ¿qué hora es?

—Las once menos veinte, más o menos —dijo al mirar con dificultad la hora en su reloj de pulsera de platino—. No llega a menos cuarto.

Me sentía fresco y despejado, aunque solo había dormido un par de horas. El hecho de que me hubiera despertado de esa forma, tan inesperadamente, me había desatado la adrenalina.

—Me parece que estás exagerando, Gloria. ¿Qué te ha dicho exactamente el señor Cassidy para que pienses que quiere que vaya a su pequeña reunión?

Se frotó la nariz ganchuda con un dedo índice huesudo y frunció el ceño.

—Me ha dicho: «Confío en que la jaqueca del señor Figueras no le impida venir a tomar una copa esta noche». Y yo le he contestado: «No, no. Me ha pedido que fuera a recogerlo más tarde a su apartamento. James está deseando conocerlo».

—Ya veo. Has convertido un comentario sin importancia en un hecho consumado. Y ahora tengo que ir contigo para sacarte del lío.

—Yo no lo diría así. Me ha comprado un cuadro, James, de los nativos, el grande de la pila inmensa de fruta de todo tipo. Para que su cocinera de color lo cuelgue en la cocina.

—¿Ningún Westcott?

—No le han gustado mucho las pinturas de Herb. Se lo he notado, aunque él no se ha pronunciado ni en un sentido ni en otro.

—Yo creo que sí. Que le haya comprado a su cocinera una pintura de un nativo haitiano significa algo, ¿no te parece? ¿Me hace falta otro afeitado?

Me tocó la barbilla con las yemas de los dedos.

—No lo creo. Pero lávate los dientes. Te huele fatal el aliento.

—Es por el plato mexicano que me he tomado antes.

Me puse unos pantalones grises de pinzas, una camisa blanca y una corbata de cuero marrón, mocasines marrones oscuros y una chaqueta de algodón a rayas blancas y grises, resuelto a llevar a la tintorería la de vestir manchada. Recuerdo lo sereno que estaba y lo bien que parecía funcionarme la cabeza habiendo dormido solo dos horas. Tenía los músculos sueltos y flexibles. Iba dando brincos con cada paso, como si

llevara suelas acolchadas. Estaba de un humor excelente, tanto que agarré a Gloria de la cintura cuando salíamos del apartamento.

—¡Ay, por el amor de Dios, James!

Mientras nos dirigíamos en el Pontiac de Gloria al Royal Palm Towers, un espantoso bloque de hormigón de seis plantas, me sorprendí de lo impaciente que estaba por conocer al señor Cassidy y ver sus pinturas. Seguramente tendría unas cuantas en su apartamento, aunque su famosa colección estaba a salvo en Chicago. También me pregunté por qué habría decidido vivir en el Royal Palm Towers, que tenía vistas a Lake Worth en vez de al Atlántico. Probablemente veía el mar desde la azotea del edificio, pero de lejos, y eso no era lo mismo que estar en la playa.

El edificio Towers era una antigua mezcla de apartamentos de alquiler, pisos, habitaciones de hotel y suites también de alquiler. La empresa propietaria del edificio no había escatimado esfuerzos para sacarle un buen rendimiento económico al bloque entero. Había oficinas en el entresuelo (Cassidy tenía un conjunto de oficinas allí también) y en la planta baja la empresa alquilaba locales para tiendas de toda clase, incluida una pequeña galería de arte. La cafetería, el salón-bar y el comedor habían sido arrendados a diversas empresas. La compañía no invertía nada en servicios, pero obtenía beneficios de todo. Muy posiblemente Cassidy mantenía el ático, deduje, porque el Royal Palm Towers era uno de los pocos apartoteles de Palm Beach que estaba abierto todo el año.

Muchos neoyorquinos detestaban Florida por el clima; en cambio les encantaba que no hubiera impuestos estatales. Si residían en Florida seis meses y un día quedaban exentos de obligaciones fiscales en Nueva York. Una razón abyecta pero práctica para trasladar la residencia y las oficinas centrales a Florida.

—¿De dónde has sacado las pinturas nativas? —le pregunté a Gloria.

—Me las vendió una viuda de Lauderdale —contestó con una risita tonta—. Por una canción. Su marido acababa de morir y lo vendió todo: la casa, los muebles, la colección, todo. Regresaba a Indiana a vivir con su hija y sus nietos.

—Le has puesto un precio muy bajo al Marcel, querida. Le puedes sacar más de mil quinientos.

—Lo dudo, y no pierdo nada, porque solo me costó veinticinco dólares.

—Eres una ladrona y una bruja.

Gloria se rio.

—Y tú eres un canalla. ¿Qué le has hecho a Berenice?

—Ha vuelto a Minnesota. No me apetece hablar de ella, Gloria.

—Es una chica majísima, James.

—Te he dicho que no me apetece hablar de ella, Gloria.

Cogimos el ascensor al ático, pero la puerta no se abría automáticamente. En la pared de acero había un ventanuco con un cristal de una sola dirección (que era un espejo por nuestro lado) y el sirviente filipino nos hizo la ficha desde el otro lado antes de pulsar el botón de apertura de la puerta. Debía de haber otro botón oculto en la cabina. Tenía que haberlo. Dudaba de que Cassidy fuera a tener a alguien en su ático a todas horas solo para que le abriera la puerta, ¿o sí? Los millonarios hacen cosas muy raras.

La fiesta no estaba muy concurrida: siete personas contando a Cassidy; nueve, contándonos a nosotros. Era una de esas reuniones en las que se supone que todos se conocen y no hace falta presentar a nadie. Se celebran muchas así en Palm Beach. La idea principal es comer primero y luego beber todo lo posible antes de que se cierre el bar o se acabe el alcohol. Si a uno le apetece hablar con alguien, se presenta o entabla conversación sin dar su nombre. Da un poco igual. El señor Cassidy debía de conocer a todos los presentes para poder indicar a su criado filipino a quién debía dejar pasar.

Sloan, el barman (llevaba una chapita con su nombre en la chaquetilla blanca), nos sirvió unos Cutty Sarks con hielo. Seguí a Gloria a la terraza, donde Cassidy hablaba con un hombre de pelo cano que parecía un alto mando del ejército. Llevaba un traje gris marengo con la raya de los pantalones muy marcada. El traje estaba como nuevo, no se lo ponía mucho, así que debía de ir de uniforme casi todo el tiempo. A los oficiales del ejército y de la armada, un traje les dura ocho o nueve años. La raya de los pantalones hacía tiempo que había pasado de moda y el color gris marengo es el favorito de los militares de alto rango, que llevan unas vidas grises y oscuras.

—Te lo agradezco, Tom —le dijo Cassidy, tendiéndole la mano, y así despachó al hombre de pelo cano.

Vi al veterano dirigiéndose al ascensor. Podría haber confirmado fácilmente si el tipo era militar preguntando «¿No es ese el general Smith?», pero en este caso sabía que estaba en lo cierto y no veía necesaria una confirmación.

Joseph Cassidy era bajito, escapaba por poco al calificativo de rechoncho, de espaldas fornidas y pecho prominente. Su chaleco de

pequeños cuadros era una talla menos y no le pegaba nada con el esmoquin de terciopelo rojo. Necesitaba el chaleco para poder guardar en los bolsillos el reloj y la cadena de oro de su llave de la prestigiosa sociedad Phi Beta Kappa. Tenía un rostro irlandés rudo, minúsculos ojos azules con más de milímetro y medio de esclerótica bajo sus iris, y unos dientes blanquísimos. Sus grandes incisivos hacían que su grueso labio inferior abultara ligeramente. Tenía escamada la amplia frente quemada por el sol. Lucía un bigote negro muy corto y su pelo era oscuro, encanecido en las sienes, peinado hacia atrás y aplastado con agua. Cassidy era un hombre formidable de cincuenta y pocos años. Se movía con cierto aire de autoridad y reforzaba sus ademanes seguros con una voz grave y potente. Además, las gafas con montura de oro, como las que llevaba Robert McNamara cuando era secretario de Defensa, eran perfectas para su cara.

Gloria nos presentó, se acercó a la fuente interior y se entretuvo mirando una carpa. El pilón estaba repleto de peces tan grandes que, desde donde yo estaba, a unos cinco metros de distancia, les veía los lomos, con pintas doradas y bermellón. Presidía el centro de la fuente un grifo de hormigón, subido en un pedestal, y del pico de águila de la bestia mitológica brotaba agua que se vertía en el pilón repleto de carpas. Era un grifo muy mal diseñado. Su escultor, que sería un experto en anatomía, no había sabido plasmar el híbrido de águila y león. En cambio, los escultores medievales, que no sabían nada de anatomía, no tenían problemas para visualizar grifos y gárgolas. Cassidy me cogió del brazo, sujetándome el codo izquierdo con el pulgar y el índice.

—Venga, Jim —me dijo—, le voy a mostrar un par de cuadros. Lo llaman Jim, ¿verdad?

—No —contesté disimulando mi irritación—. Prefiero James. Mi padre me puso Jaime, pero, por lo visto, nadie lo pronunciaba bien, así que me lo cambió por James. Aunque no por la vía legal —añadí.

—El nombre es el mismo —dijo, encogiendo sus hombros fornidos—. No es necesario un cambio legal, James.

Sonreí.

—Yo no le he pedido ese consejo, señor Cassidy, así que no me lo cobre.

—No tengo intención de hacerlo. Solo iba a decir que no le pega llamarse Jaime Figueras.

—¿Porque no soy el típico puertorriqueño? Lo más curioso es que el pelo rubio y los ojos azules son de mi padre, no de mi madre. Ella era escocesa-irlandesa, de pelo negro y ojos castaños.

—Tampoco tiene acento español. ¿Cuándo tiempo lleva en Estados Unidos?

—Desde los doce años. Mi padre murió y mi madre volvió a Nueva York. Nunca le gustó Puerto Rico, de todas formas. Era sombrerera, diseñadora creativa de sombreros de mujer. Las puertorriqueñas no compran sombreros originales. Les basta una mantilla, o un clínex rosa sujeto al pelo, para ir a misa.

—Nunca he conocido a una sombrerera.

—No quedan muchas. Mi madre ya murió y hoy en día muy pocas mujeres llevan modelos originales, aunque compren sombreros.

—¿Merece la pena coleccionar sombreros? —preguntó de pronto, humedeciéndose el labio superior con la punta de su lengua rosada—. Sombreros originales, quiero decir.

Entonces supe que el señor Cassidy era un auténtico coleccionista y, sabiendo eso, supe muchas más cosas de él de las que creía saber. En general, los coleccionistas se pueden dividir en tres categorías.

Primero, el coleccionista-mecenas de rarezas, que sabe lo que quiere y se lo encarga a artistas y artesanos. Esa primera categoría, en el pasado histórico, contribuía a crear estilos. Sin la enorme demanda de retratos de los siglos XVI y XVII, por ejemplo, no habría existido ninguna gran escuela de retratistas.

Segundo, el coleccionista medio, que compra lo que está de moda, y colecciona arte de moda porque le gusta sin saber por qué (porque es un reflejo de su tiempo, por eso) o porque le han enseñado a que le guste.

En la tercera categoría se encuentra el que colecciona por motivos económicos. Compra y vende para obtener beneficios. Es decir, colecciona porque colecciona, aunque parezca redundante, pero disfruta de las obras de arte que posee en cada momento por su valor presente y futuro.

Lo único que tienen en común estos tres tipos de coleccionistas es la tacañería. Escriben con letra pequeña, rara vez ponen los puntos sobre las íes o los rabitos en las tes, y suelen ser agarrados. Cuando se hacen con algo, lo que sea, no lo quieren soltar.

El papel del coleccionista es casi tan importante para la cultura mundial como el del crítico. Sin los coleccionistas apenas se produciría arte en este mundo, y sin los críticos, los coleccionistas no sabrían qué coleccionar. Ni siquiera los coleccionistas conocedores del arte se la jugarían sin la confirmación de un crítico. Coleccionistas y críticos mantienen esa incómoda relación simbiótica. Y los artistas, esos pobres cabrones, que

están en medio, se morirían de hambre sin nosotros.

—No —respondí, negando con la cabeza, y mientras cruzábamos el salón en dirección a su despacho, le expliqué por qué—. Un sombrero es muy fácil de copiar. En los años veinte y treinta, los sombreros originales eran caros porque se hacían para una persona y una ocasión específicas. En cuanto Norma Shearer era vista con un sombrero nuevo, este se copiaba y se producía en masivamente. La copia, salvo por los materiales, quizá, era parecidísima. Algunos de los sombreros que se usaron durante los felices años veinte, cuando las plumas de garceta eran populares, podrían ser dignos de colección, pero dudo de que con los gastos de restauración, almacenaje y mantenimiento mereciera la pena coleccionar siquiera esos.

—Ya. Entonces, ¿ya lo ha investigado?

—No de manera exhaustiva. La moda no es mi campo, como bien sabe.

Entramos en su despacho, decorado con cuero negro, cristal y cromo. Cassidy se dejó caer ruidosamente en un sillón de indiscreto mullido y yo examiné las tres pinturas que había en la pared de color verde manzana: un Lichtenstein de primera época (un lienzo descomunal de Dick Tracy), una Marilyn Monroe serigrafiada en azul claro, de la serie de Warhol, y un dibujo en blanco y negro de la cabeza de una niña, obra de Matisse. Este último estaba colgado sobre el escritorio de ébano, en silencioso aislamiento. El dibujo era tan malo que Matisse debía de haberlo firmado bajo presión. Me senté enfrente de Cassidy y dejé mi vaso vacío en la mesita de palisandro. Apareció el sirviente filipino con otra copa en una bandeja, recogió mi vaso vacío y me entregó la bebida y una servilleta de cóctel.

—¿Le apetece comer algo, señor?

—Creo que sí. Un sándwich de pavo, solo de pechuga, en pan blanco tostado. Con mayonesa y salsa de arándanos, y quíteme la corteza, por favor.

Asintió con la cabeza y se fue.

—No le gusta el dibujo, ¿verdad?

Me encogí de hombros y di un sorbo a mi vaso.

—Matisse tenía una vena mezquina que muchos estadounidenses asocian a los franceses. Cuando iba a un café, siendo ya famoso, solía hacer bocetos en un bloc o una servilleta. Luego, en lugar de pagar su consumición, dejaba el dibujo en la mesa y se marchaba. El propietario, consciente de que el dibujo valía mucho más que la cena, siempre se mostraba complacido. Un hombre repleto de buena comida y con un par de

botellas de vino en el cuerpo no siempre dibuja bien, señor Cassidy.

Asintió con la cabeza, disfrutando de la anécdota, y miró con cariño su Matisse. Un mal dibujo es un mal dibujo, independientemente de quién lo haga. Pero lo que le había contado, que era cierto, no había hecho más que aumentar el valor del boceto para Cassidy. Si una persona corriente hubiera comprado un Matisse malo, se habría sentido estafada. Pero Cassidy no era una persona corriente. Era coleccionista, y no uno cualquiera.

—Una historia interesante —dijo sonriente—. No tengo muchas cosas aquí y aún no he decidido qué traerme de Chicago.

Me lo puso fácil y yo aproveché la ocasión.

—Me gustaría ver el catálogo de su colección, señor Cassidy.

—Aún no tengo, pero un buen hombre de la Universidad de Chicago me lo está confeccionando. El doctor G. B. Lang. ¿Lo conoce?

—Sí, pero no personalmente. Escribió una monografía excelente sobre Rothko.

—Ese mismo. No me está costando un céntimo, solo los gastos de imprenta. Lang da clases en la universidad y un cliente mío está en el consejo de administración. A través de él, de mi cliente, le conseguí a Lang una jornada lectiva reducida. Solo imparte dos clases y el resto de su tiempo lo dedica a la investigación, es decir, a mi catálogo. Él está contento porque podrá añadir otra publicación a su currículum y, si hace un buen trabajo, seguramente lo publicará la editorial de la universidad.

Cuando Cassidy sonrió, enseñando los dientes, los colmillos le dejaron unas pequeñas marcas en el labio inferior. Me miró durante un par de segundos interminables. Sus ojos, tras las gafas de montura dorada, se veían inexpresivos y algo magnificados. Se inclinó hacia delante.

—Cuando dos hombres de bien aúnan esfuerzos siempre se puede conseguir algún trato satisfactorio para ambas partes, ¿no le parece, James?

—Si son «hombres de bien», sí. Pero sé por experiencia que no hay muchos de esos por ahí.

Se rio como si yo hubiera dicho algo gracioso. El sirviente me trajo el sándwich. Le di un mordisco y lo llamé antes de que llegara a la puerta.

—¡Un momento! Esto no es mayonesa, es salsa de aliño.

—Sí, señor.

—¿No tienen mayonesa?

—No, señor. ¿Le traigo otra cosa, señor?

—Da igual.

A su manera, Joseph Cassidy era tan famoso como Lee Bailey. En los tribunales, desde luego, era tan bueno como Bailey, pero no era tan extravagante con la prensa a las puertas de los juzgados, ni aceptaba casos solo por la publicidad que pudieran otorgarle. Era un abogado de los que no se andan con tonterías y cobran por adelantado. Nadie había escrito aún su biografía, pero se había embolsado mucho más dinero que Bailey. Su pericia para adquirir la obra de los pintores adecuados en el momento adecuado a precios de saldo le había permitido hacerse con otra fortuna, si alguna vez decidía poner a la venta su colección.

El sirviente seguía rondándome, deseando irse, pero resistiéndose a hacerlo. Le fastidiaba que no me comiera el sándwich.

—Cierra el bar, Rizal —le ordenó Cassidy en voz baja— y dile a la señora Bentham que ya me encargo yo de que el señor Figueras llegue bien a casa —añadió con una amplia sonrisa—. No le importa quedarse un rato, ¿verdad, James?

—Claro que no, señor Cassidy.

Debido a mi educación, que había sido estricta, sobre todo en lo relativo a las normas de cortesía, me desagradaba que Cassidy me llamara por mi nombre de pila sin que yo se lo hubiera permitido o le hubiera dado pie a hacerlo, pero sabía que no pretendía ser condescendiente conmigo, sino que me sintiera cómodo. No obstante, aunque valoré la idea, no conseguí ponerme a su nivel y llamarlo Joe. Hoy por hoy ya existe demasiada informalidad en Estados Unidos, y en Palm Beach, cuando es temporada, con frecuencia esta se lleva a extremos que rayan en lo ridículo.

Rizal fue a cerrar el bar, lo cual significaba que la fiesta había terminado. Los invitados se irían sin despedirse de su anfitrión y así acabaría la cosa. No por descortesía, sino por deferencia. Si Cassidy hubiera salido a darles las buenas noches, habrían captado igual la indirecta.

En cuanto el sirviente cerró la puerta, Cassidy sacó un puro del humidificador de su escritorio, lo encendió y volvió a sentarse. No me ofreció uno.

—James —dijo muy serio—, sé mucho más de usted de lo que piensa. Rara vez se me escapa una de sus artículos de crítica y creo que escribe de arte con gran conocimiento y agudeza.

—Gracias.

—Le estoy siendo franco, James. No soy de los que se prodigan en

elogios. Un crítico de segunda no se los merece y uno de primera no los necesita. En mi opinión, va usted camino de convertirse en uno de los mejores críticos jóvenes del país. Y por lo que he podido averiguar, es lo bastante ambicioso como para llegar a ser el mejor.

—Si sus averiguaciones son fruto de lo que Gloria le haya contado, entonces su testimonio no es lo que se dice muy fiable. Ya hace unos cuantos años que somos amigos, así que no puede ser imparcial.

—No, no he hablado solo con Gloria, James. También lo he hecho con marchantes, con otros coleccionistas e incluso con el doctor Lang. Quizá le guste saber que está muy impresionado con su trabajo, y él sabe más de historia del arte y de crítica de lo que yo sabré jamás.

—De eso no estoy tan seguro, señor Cassidy.

—No puede ser de otro modo. Es su trabajo... y el de usted. Yo soy abogado, no historiador del arte. Ni siquiera pienso escribir el prólogo de mi catálogo, pese a que Lang me lo ha propuesto.

—Casi todos los coleccionistas lo hacen.

Asintió con la cabeza y agitó despacio la mano derecha para que no se desprendiera la ceniza de su puro.

—En el mundo del arte tiene usted fama de íntegro. Y me han dicho que es incorruptible.

—No me estoy haciendo rico siendo crítico de arte, si se refiere a eso.

—Me consta. También se me da bien hacer pesquisas. Forma parte de mi trabajo. La abogacía es preparación en un noventa y cinco por ciento y, si se hacen bien los deberes, no cuesta tanto salir airoso de los tribunales. Volviendo un instante al asunto de la corrupción, permítame que le diga que respeto su supuesta incorruptibilidad.

—Tal y como lo dice, parece que hubiera tenido ocasión de ganar un buen montón de pasta o algo así y la hubiera rechazado. Si he desaprovechado alguna oportunidad, le aseguro que no he sido consciente.

—Si insiste en hacerse el tonto, tendré que hablarle claro. En primer lugar, cuadros gratis. En la exposición de ese chiquillo esta noche, hum... Westcott. Suponga que le hubiera sugerido a Gloria hacerle una buena crítica a Westcott a cambio de un par de pinturas gratis, ¿qué habría pasado?

—En el caso de Westcott, Gloria me las habría dado todas —contesté sonriendo—. Pero usted no me habla de integridad, señor Cassidy, me habla de mi profesión. Jamás he aceptado una pintura gratis. En las paredes de mi apartamento del Village no hay otra cosa que los dibujos

creados al azar por los desconchones de pintura. Pero si alguna vez aceptara una pintura, solo una, que pudiera revender por doscientos o trescientos pavos, se correría la voz de que aceptaba sobornos. A partir de ese momento, habría muerto como crítico. Y una buena crítica por dinero, algo que sigue haciéndose en París, ha estado a punto de arruinar la profesión en Francia.

»Hay excepciones, como es lógico, y algunos del gremio sabemos quiénes son. Así que, tal y como están las cosas, ni siquiera me puedo permitir aceptar obsequios legítimos de amigos, aun sabiendo que eso no me compromete a nada. El compromiso existiría, aun sin quererlo. El simple hecho de aceptar el obsequio podría influir en mi opinión si alguna vez tuviera que cubrir la exposición de ese artista. Por la misma razón, tampoco compro nada. Y he tenido ocasión de comprar cosas que hasta yo me podía permitir. Pero si fuera propietario de alguna obra de arte, podría verme tentado de impulsar al artista más allá de su valía, quizá, no sé si lo haría, con el fin de incrementar el valor de mi propia pintura. Con esto no quiero decir que yo sea completamente objetivo. Eso es imposible. Me limito a procurar serlo casi siempre, lo cual me permite excederme y ser tremendamente subjetivo cuando veo algo que admiro de verdad.

Apuré la copa y dejé le vaso en la mesa con más contundencia de la que pretendía. Cuando levanté la vista, detecté una sonrisa en el rostro irlandés de Cassidy. Quizá me estuviera lanzando el anzuelo, pero no era la primera vez que me sometían a un sondeo de este tipo. En Estados Unidos, era natural que la gente pensara que un crítico estaba pagado cuando la crítica era excelente, sobre todo si no sabían nada de arte. Pero no era el caso de Cassidy.

—Usted sabe todo esto, señor Cassidy, así que no me atribuya una integridad que no me corresponde. Me gusta el dinero como a cualquiera, y ganaba más dando clases de Historia del Arte en la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Soy ambicioso, sí, pero ambiciono prestigio, no dinero. Cuando mi reputación como crítico sea lo bastante sólida, ganaré más dinero, pero nunca cantidades ingentes. Mi trabajo no va de eso. El truco está, y es difícil, en ganarse la vida como crítico de arte o, si lo prefiere, experto en arte. Si me pide que le autentifique una pintura, le cobraré por mis servicios. Y lo haré encantado. Si quiere pedirme consejo sobre qué comprar en el futuro para su colección, le haré sugerencias gratuitamente. Bueno, a cambio de otra copa —dije sosteniendo en alto el vaso vacío—. ¿O también se ha cerrado el bar para mí?

—Voy a por la botella. —Cassidy abandonó la sala y volvió casi inmediatamente con una botella abierta de Cutty Sark y un cubo de plástico lleno de hielo. Me serví un trago doble con dos cubitos y me encendí un cigarrillo. Cassidy cogió de su escritorio un bloc de notas amarillo con las hojas pautadas, se sentó y destapó una estilográfica—. No tengo ninguna pintura para que me la autentifique, James. Y no pensaba pedirle consejo sobre mi colección, pero ya que se ha ofrecido, ¿qué se le ocurre?

Decidí hablarle de mi proyecto favorito.

—*Entartete Kunst*. Arte degenerado.

—¿Y eso cómo se escribe?

Se lo dije y lo anotó en el bloc.

—Es un término que usaba el partido de Hitler para condenar el arte moderno. En aquella época, a Hitler le había dado la vena étnica y la línea oficial era el arte popular, del pueblo. El arte moderno, con su punto de vista individualista y subjetivo, se consideraba anarquía política y cultural, y Hitler ordenó que se suprimiera. Incluso despiadadamente. Entonces, como ahora, nadie sabía bien lo que era el arte moderno, y fue necesario organizar una exposición de «arte degenerado» para que los hombres del partido de toda Alemania supieran qué demonios debían evitar. Así que, en julio de 1937, se abrió una exposición de arte moderno en Múnich. Era solo para adultos, a fin de que no se corrompiera a ningún niño, y se la bautizó como *Entartete Kunst*. Debía ser un ejemplo, una advertencia para los artistas y para las personas que pudieran encontrar atractivo ese tipo de arte. Tras su inauguración en Múnich, la exposición viajó por toda Alemania. —Me incliné hacia delante—. Preste atención a los nombres de los pintores representados: Otto Dix, Emil Nolde, Franz Marc, Paul Klee, Kandinsky, Max Beckmann y muchos más. En Nueva York tengo un ejemplar del catálogo original, guardado bajo llave en el último cajón de la mesa de mi despacho.

—Esas pinturas valdrán una fortuna en la actualidad.

—Las pinturas ya son parte de la historia del arte ahora, y cualquiera de las obras de, por ejemplo, Marc, es cara. Pero suponga que tuviera todas las obras de aquella exposición. Los museos alemanes se depuraron todos. Así lo llamaban: «depurar». Y si, por casualidad, un museo tenía alguna obra de los artistas representados en la exposición, esta era retirada. Algunas fueron destruidas, otras las escondieron y otras salieron de extranjis del país. Pero tener la exposición itinerante original... y es posible conseguir

esas pinturas...

Cassidy tachó las dos palabras en el bloc y negó con la cabeza.

—No, jamás podría hacerme con algo así yo solo. Tendría que organizar un grupo para recaudar el dinero y... No, no me merecería la pena. ¿Alguna otra idea?

—Claro, pero no me ha hecho venir para que le dé ideas para su colección.

—Eso es cierto. En el fondo, James, usted y yo somos hombres honrados y, cada uno a nuestro modo, somos igual de ambiciosos. Un acto deshonesto no hace deshonesto a un hombre, si es el único acto deshonesto de toda su vida. Sería, en todo caso, un acto ligeramente deshonesto. Una nimiedad, a fin de cuentas. Suponga, James, que le dieran la oportunidad de entrevistar a... —titubeó, se humedeció los labios con la lengua— Jacques Debierue.

—¡Pues se trataría de la exclusiva de mi vida! Pero Debierue está en Francia y solo ha concedido tres entrevistas en cuarenta años (no, cuatro), y ninguna desde que se quemó su casa hace un año o así.

—En otras palabras —prosiguió con una sonrisa—, ¿se sentiría eufórico si pudiera ver su nueva obra y hablar con él en persona?

—Eufórico no sería el término apropiado. Y «extasiado» también se quedaría corto. Ahora que Duchamp ha muerto, Debierue es «el gran anciano del arte moderno».

—No siga. Ya lo sé. Escuche. ¿Y si le dijera que puedo conseguirle una entrevista con Debierue?

—No me lo creería.

—Pero, si fuera cierto, y le aseguro que lo es, ¿qué haría por mí a cambio?

De pronto se me secaron la boca y la garganta. Incliné el cubo de plástico lleno de hielo y me eché un poco de agua helada en el vaso vacío. La bebí a sorbos y casi me supo caliente.

—Tiene en mente algo deshonesto. ¿No es eso lo que me insinuaba hace un momento?

—No. No es deshonesto para usted, sino para mí. Pero, aun así, Debierue está en deuda conmigo, si quiero pensarlo así, y quiero. No pretendo que me pague con dinero, quiero una de sus pinturas.

Me reí.

—¿Y quién no? Ningún particular, ni ningún museo tiene un Debierue. Si usted consiguiera uno, ¡sería el único coleccionista en todo el mundo que

lo tuviera! Que yo sepa, solo cuatro críticos han tenido el privilegio de contemplar alguna de sus obras. Puede que uno o dos criados hayan visto sus pinturas, no sé, quizá alguna amante, hace unos años, cuando aún era lo bastante joven para tenerlas. Pero nadie más...

—Lo sé. Y quiero una. A cambio de la entrevista, quiero que robe un cuadro para mí.

Solté una carcajada.

—Y después de robarlo, lo único que tengo que hacer es traérmelo de Francia, ¿no?

—Se equivoca. Y no voy a decirle nada más hasta que se comprometa a hacerlo. Sí o no. A cambio de la entrevista, le robará un cuadro a Debierue y me lo dará a mí. Si no hay cuadro, no hay entrevista. Piénselo.

—¿Hipotéticamente?

—No, nada de hipotéticamente. En realidad.

—Lo haría. Lo haré. Es decir, le robaré una pintura, si es que tiene alguna que pueda robarle. Según los informes, todo cuanto poseía se convirtió en cenizas cuando ardió su casa. Y desde entonces no ha pintado nada, bueno...

—Sí lo ha hecho. Sé que lo ha hecho.

—Acepto el trato. Pero no tengo dinero para un vuelo de ida y vuelta a Francia, ni siquiera para un pasaje en un buque de carga.

—Un apretón de manos para formalizarlo.

Nos levantamos y nos estrechamos la mano con solemnidad. Yo tenía las mías sudadas y él también, pero apretamos todo lo que pudimos. Cogió el humidificador y me ofreció un puro. Negué con la cabeza y me senté. Iba a servirme otra copa, pero decidí que no la necesitaba. Estaba algo mareado y a punto de desmayarme. Me aleteaba el corazón como si me hubiera tragado media docena de mariposas.

—Debierue —dijo Cassidy y soltó una carcajada que sonó más como un resoplido— está aquí en Florida, a unos cincuenta kilómetros al sur, por la estatal número 7. Y ese es mi acto deshonesto, por decirlo así, amigo mío: acabo de traicionar la confianza de un cliente. Un asesor no debería hacer algo así, ya sabe. Pero ahora que lo he hecho, le voy a contar el resto.

»El traslado de Debierue a Florida se organizó hace más de ocho meses y yo fui el intermediario. Un bufete de abogados de París, que se puso en contacto conmigo, se hizo cargo de la emigración, y yo me encargué del asunto sin cargo alguno, encantado. Le alquilé una casa, por un año, contraté a una mujer negra para que fuese a limpiar una vez por semana, le

compré material de dibujo y pintura en Rex Art, de Coral Gables, y fui a recogerlo al aeropuerto. Todo. Es un hombre pobre, como ya sabe.

—¿Y lo está manteniendo usted?

—No, no. El dinero procede de Les Amis de Debierue. Usted...

—Yo les mando cinco pavos al año —dije con una mueca—. Desgrava, cuando consigo ganar lo suficiente como para incluirlo en mi lista de múltiples donaciones.

—Exacto. Eso es. Los Amis de París, a través del bufete de abogados, me envían pequeñas sumas con cierta regularidad, y yo me encargo de que se paguen las facturas del anciano, que se pagan, y guardo algo de dinero para sus gastos personales. No necesita mucho. La casa es barata porque está en un lugar espantoso. La construyó un hombre que se retiró para criar gallinas. Después de intentarlo seis meses, como no sabía nada de avicultura, volvió a Detroit. Llevaba dos años queriendo venderla y se puso contentísimo cuando le abonamos el alquiler de un año por adelantado. —Cassidy sonrió—. Incluso me encargué personalmente de buscarle un nombre falso al anciano: Eugene V. Debs. ¿Qué le parece?

—¡Genial!

—Más que genial. Debierue nunca ha oído hablar de Gene Debs. Así de simple.

—No del todo. ¿Cómo entró en Estados Unidos sin que la prensa se enterara?

—Sin problema. De París a Madrid, de Madrid a Puerto Rico, hizo los trámites de aduana en San Juan, y de ahí a Miami, y entró con visado de estudiante. Debierue. ¿Quién iba a sospechar de un nonagenario con visado de estudiante? Y Debierue es un nombre bastante corriente en Francia. Los domingos entran en el Miami International unos sesenta vuelos diarios procedentes del Caribe. Es el aeropuerto con mayor actividad del mundo.

Asentí con la cabeza.

—Y el más feo. Así pues, ¿lleva ocho meses en Florida?

—No exactamente. Las negociaciones empezaron hace ocho meses, y tardamos un tiempo en tenerlo todo organizado. Lo curioso es que el anciano va a ser estudiante en realidad. Mencioné mis contactos en la Universidad de Chicago y... Bueno, a partir de septiembre, Debierue recibirá doce horas de créditos universitarios, por correspondencia, desde Chicago.

—¿En qué se va a especializar?

—En contabilidad y gestión de costes. Hay un joven que trabaja para mí

y que puede meter mano en esos cursos por correspondencia, con lo que seguramente le conseguirá al anciano una media de sobresaliente. Ya sabe, con un visado de estudiante, hay que cursar doce horas al semestre para poder quedarse en el país. Mientras saques buenas notas, te puedes quedar todo el tiempo que quieras.

—Ya, pero ¿por qué yo? ¿Por qué no le roba usted el cuadro a Debierue?

—Porque sabría que he sido yo, por eso. En cuanto lo instalé, me dijo que no quería que fuera a verlo. Para poder mantener el secreto. Aun así, he ido un par de veces a darle la lata para que me diera alguna pintura. La última vez se puso hecho un basilisco y tiene el estudio cerrado con candado. Quiero uno de sus cuadros. Me da igual cuál sea o que no se sepa que lo tengo. Lo sabré yo y con eso me basta. Por ahora. Como es lógico, si usted consigue hacerle una entrevista satisfactoria (eso es problema suyo) y escribe sobre su nueva obra (no le quedan demasiados años de vida), podré sacar mi cuadro y enseñarlo, ¿no le parece?

—Entiendo: se hará con el trofeo al coleccionista de la década, pero ¿qué será de mí?

—Usted no moverá un dedo, pase lo que pase. Lo tengo calado, ya se lo he dicho. Es ambicioso y será el primer crítico estadounidense, y el único, que consiga una entrevista exclusiva con el gran Jacques Debierue. Después de que le robe una de sus pinturas, con toda seguridad no querrá volver a hablar con nadie más.

—¿A qué hora está previsto que lo haga, y cuándo?

—No lo está. Eso depende de usted. —Me escribió la dirección en su bloc de notas amarillo y me dibujó un croquis de la estatal 7 y de la ramificación que desembocaba allí desde Boynton Beach—. Si se pasa el desvío y la carretera que conduce a la casa de Debierue porque es un camino de tierra y desde la autopista no se ve la vivienda, lo sabrá cuando vea el cine al aire libre aproximadamente un kilómetro más adelante. Dé la vuelta y retroceda.

—¿Él sabe que voy?

—No. Eso es problema suyo.

—¿Por qué decidió venir a Florida?

—Pregúnteselo. El escritor es usted.

—Entonces, ¿es posible que me dé con la puerta en las narices?

—¡Quién sabe! Hemos hecho un trato y lo hemos sellado con un apretón de manos. Yo me ocupo de mis cosas, ocúpese usted de las suyas.

¿Alguna pregunta?

—Para usted no.

—Bien. —Se puso en pie, señal clara de que la conversación había terminado—. ¿Cuándo piensa ir?

—Eso es cosa mía —dije sonriendo, y le tendí la mano.

Nos dimos un apretón y Cassidy me preguntó amablemente si podía pedirme un taxi. Mandarme a casa en un taxi que iba a pagar yo era su forma de «asegurarse de que llegaba bien a mi domicilio».

Le dije que no y cogí el ascensor a la planta baja. Prefería ir andando a mi apartamento, que estaba a solo unas manzanas, y aclararme las ideas por el camino. Mientras recorría las calles tranquilas en aquella noche cálida, un coche de la policía de Palm Beach me siguió discretamente hasta casa como a una manzana de distancia. No era sospechoso de nada. Los policías no hacían más que velar por mi seguridad. Palm Beach es probablemente, junto con Hobe Sound, la ciudad mejor protegida de Estados Unidos.

Cuando por fin me quedé solo, estaba tan emocionado que casi no podía pensar con claridad. El dadaísmo primero, y el surrealismo después, eran mis períodos favoritos de la historia del arte. Y, gracias a mi interés por esos movimientos cuando estuve en París, conocía muchos aspectos de la escena artística parisina de los años veinte mejor que la mayoría de las personas que la habían vivido en directo. Y Debierue, ¡Jacques Debierue!, era la figura clave, el símbolo de la línea divisoria, si pudiera trazarse una, entre el dadaísmo y el surrealismo. Me sentía tan eufórico, que sabía que no iba a poder dormir. Me haría café y garabatearía algunas notas para preparar la entrevista. «Mañana —pensé—, ¡mañana!».

Giré la llave en la cerradura y al abrir me encontré con una claridad inesperada. La suave luz procedía del baño. Recortada en el umbral de la puerta, vestida con un camisón cortito de color gris azulado, estaba mi profesora de melena tostada. Sus piernas largas como espadas temblaban a la altura de las rodillas.

—He... he vuelto, James —dijo llorosa Berenice.

Asentí con la cabeza, sin decir nada, y le tendí los brazos para que pudiera refugiarse en mi pecho. En cuanto se calmase, le pediría que hiciera ella el café. Le salía mucho mejor que a mí...

5

Mientras tomábamos café, le comenté a Berenice que Debierue es un artista difícil de explicar.

—«Nunca pido nada a nadie» —le dije en español— es un buen resumen del lema que ha regido siempre la vida de Debierue.

—Creo que es la primera vez que te oigo hablar español, James.

—Y probablemente sea la última. No me costó dejar de hablarlo cuando nos mudamos de San Juan a Nueva York. En cuanto me percaté de lo que pensaban de los puertorriqueños, me deshice hasta del acento. Pero «Nunca pido nada a nadie» suena mejor en español porque la doble negación no constituye una afirmación, como ocurre en inglés. Y esa es la historia de la vida de Debierue: un doble acto negativo detrás de otro hasta que, por no querer impresionar a nadie, terminó impresionando a todo el mundo.

—Pero ¿por qué dejaste de hablar español?

—Para demostrarme a mí mismo, supongo, que un puertorriqueño no solo es tan bueno como cualquier otro, sino hasta mucho mejor. Además, eso es lo que habría hecho mi padre.

—Pero tu padre está muerto, me lo has dicho...

—Así es. Murió cuando yo tenía doce años, pero en teoría nunca tuve padre. Mi madre y él se separaron antes de que yo cumpliera un año. No se divorciaron porque eran católicos, aunque mi madre llegó a un acuerdo medio oficial con la Iglesia para que los dejaran vivir separados. No hubo problemas económicos: él nos mantuvo hasta que murió, y luego nos vinimos a Nueva York, mamá y yo, con el dinero del seguro y de la venta de la casa de San Juan.

—Pero lo viste alguna vez, ¿no?

—No. Nunca. Después de la separación no, salvo en fotos, claro. Eso fue

lo que me complicó las cosas, Berenice. Lo que tuve en su lugar fue un padre imaginario, un padre que me vi obligado a inventar, y ese padre es lo que podría llamarse «un hombre duro» —añadí en español.

—¿Qué quieres decir, James, que te has complicado las cosas deliberadamente?

—No es tan simple. Un chico que crece sin su padre no desarrolla un superego, y si no desarrollas un superego de forma natural, te lo tienes que inventar...

—¡Qué bobada! El superego no es más que una forma coloquial de decir «conciencia», y de eso tenemos todos.

—Llámalo como quieras, Berenice, aunque Fromm y Rollo May no estarían de acuerdo contigo.

—Pero tú tienes conciencia.

—Sí. Por lo menos intelectual, aunque no la tenga emocional, porque fui lo bastante listo como para inventarme un padre.

—A veces no te entiendo, James.

—Eso es porque eres como la ancianita de *Muerte en la tarde*, de Hemingway.

—No lo he leído. Ese es el libro de los toros, ¿no?

—No. Es un libro sobre Hemingway. Al hablarnos de las corridas de toros nos habla de sí mismo. Se aprende mucho del toreo en *Muerte en la tarde*, pero lo que se aprende sobre la vida y la muerte es cosa de Hemingway.

—¿Y la ancianita...?

—La ancianita de *Muerte en la tarde* no paraba de hacer preguntas irrelevantes. En consecuencia, no aprendía mucho del toreo ni de Ernest Hemingway, y hacia el final el autor tiene que deshacerse de ella.

—Yo no soy la ancianita. Soy una mujer joven y puedo aprender. Y si quiero entenderte mejor, debería escuchar lo que tengas que decir sobre el arte, porque el arte es cuestión de vida o muerte para ti.

—Podría decirse así.

—Así lo estoy diciendo.

—¿Quieres que te hable de Jacques Debierue?

—¡Me encantaría que me hablaras de Jacques Debierue!

—En ese caso, empezaré sin entrar en antecedentes y te iré contando lo que falte según sea necesario. He dicho que voy a empezar sin... Bien, no tienes preguntas relevantes y has decidido guardar silencio hasta que las tengas, ¿no? Estupendo. Entonces comprenderás la inmensa ilusión que me

hace poder conocer a Jacques Debierue si te digo que he leído todo cuanto se ha escrito, que yo sepa, sobre él. El alcance es amplio, pero el punto de vista es limitado.

»Solo otros cuatro críticos, todos ellos europeos, han visto su obra y han escrito sobre ella de primera mano. Yo seré el primer crítico estadounidense que la examine, y serán pinturas nuevas originales que nadie ha visto nunca. Por primera vez en mi trayectoria profesional como crítico, veré las pinturas surrealistas nihilistas más recientes del artista más famoso del mundo. Además, después podré evaluar y confrontar mis opiniones con las críticas que se escribieron sobre sus primeras obras. Tendré una visión de conjunto de la evolución de Debierue, o de su posible regresión, y contaré con un fundamento histórico, o mejor aún, con una ausencia de fundamento para sostener mis juicios.

»Las casualidades que han dado lugar a la fama de Debierue en el curso de la historia del arte contemporáneo son maravillosas. Su lucha silenciosa pero feroz contra lo inverosímil a simple vista parece algo natural, pero no fue el caso. Las masas siempre se muestran hostiles frente a lo novedoso, sobre todo en el arte. Como bien sabes, se han publicado centenares de libros repletos de opiniones exegéticas sobre los impresionistas, los expresionistas, los suprematistas, los cubistas, los futuristas, los dadaístas y los surrealistas de los primeros años de este siglo. Todos los grandes innovadores han sido observados con lupa, pero ha habido muchos otros pintores de los que se ha hecho caso omiso. Y ha habido movimientos menores que se han formado y se han disuelto sin que se los mencionara. Ni se sabe cuántos.

»Pero esos movimientos menores fueron los que centraron mi interés durante el año que pasé en Europa. Era una forma de hacerme con una reputación, ¿sabes? Y si hubiera podido elegir uno de ellos, uno de esos que se esfumaron, un movimiento sobre el que hubiera podido escribir, estableciéndolo como corriente importante pero ignorada de la historia del arte, habría logrado iniciar inmediatamente mi carrera como crítico, en vez de tener que impartir cursos de introducción general al arte a contables aburridos en la Universidad de Nueva York.

»París fue un hervidero de nuevas tendencias antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial. No pasaba un día sin que se formara un nuevo grupo, sin que se redactara un nuevo manifiesto, seguido de polémicas, peleas y disoluciones. Tres pintores se reunían en un café, hablaban sin alterarse de su trabajo hasta medianoche y decidían formar su

propio grupúsculo. Y al final, después de mucho vino y de pasarse toda la noche discutiendo mientras redactaban un nuevo manifiesto, terminaban detestándose al alba. Pálidos por la rabia y la falta de sueño, se marchaban a sus estudios bajo la luz nacarada del amanecer y abjuraban de su nuevo movimiento antes de que viera el sol. Algunas de esas corrientes menores, en cambio, duraban varios días, incluso semanas, si se las publicitaba discretamente en la prensa, pero la mayoría morían sin darse a conocer, pasaban inadvertidas, a falta de un segundo de atención, o por otras razones que desconocemos. Los movimientos que gozaban de mayor fortuna y estaban bien publicitados, duraban lo bastante para influir en un número suficiente de imitadores y hacerse un hueco en la historia del arte. El cubismo, por ejemplo, un término que satisfizo a los lectores, fue uno de ellos.

»París, como es lógico, estaba en el centro del vórtice a principios de los años veinte, pero las incursiones en nuevas y excitantes formas de expresión artística no se circunscribieron únicamente a Francia, ni mucho menos. Durante el único año que pasé en el país, intentando localizar en vano pruebas tangibles de esas corrientes menores, las excursiones que hice a Bruselas y a Alemania resultaron de lo más estimulantes. En Bruselas, los hermanos Grimm, Hal y Hans, que se llamaban a sí mismos "los grimmistas", pasaron meses en oscuras minas recogiendo trozos de carbón "expresivos". Más tarde los expondrían como esculturas "naturales" sobre cojines de satén blanco. Sin embargo, al cabo de dos días, los belgas, muertos de frío, robaron los trozos de carbón y la exposición tuvo que clausurarse. Los belgas son gente muy práctica, y el de 1919 fue un invierno muy crudo. A su modo, los hermanos Grimm habían creado lo que ha dado en llamarse "arte encontrado".

—James... Cuando dices que no tienes superego, o conciencia, ¿te refieres a que nunca has hecho nada malo, nada que hayas lamentado después?

—Sí. Una vez. Conocí a un profesor adjunto en Columbia, un antropólogo, cuya esposa murió. La mandó incinerar y compró una urna preciosa de quinientos dólares para guardar en ella sus cenizas. Solía tenerla en su escritorio, en casa, como *memento mori*. Los antropólogos, ya sabes, son muy amigos de los rituales, las ceremonias funerarias y la cerámica, cosas de ese tipo. Su esposa murió de tuberculosis. No llegué a conocerla, pero sí a la segunda, que era una exalumna. Los hombres, igual que las mujeres, suelen sentirse atraídos por el mismo tipo de persona

cuando vuelven a casarse...

—¡Eso no es verdad! Yo nunca había conocido a nadie como tú...

—Pero tú nunca has estado casada, Berenice. Y yo hablo de un viudo que volvió a casarse. Su nombre no tiene por qué importarte, pero casualmente se trataba del doctor Hank Goldhagen. Bueno, pues su segunda esposa, Claire, también era sensible a las enfermedades respiratorias. A veces, cuando discutían, Hank señalaba la urna de las cenizas y le decía: «¡Mi primera esposa, la de esa urna, es mejor mujer y mejor pareja que tú ahora mismo!».

—¡Qué comentario más horrible!

—¿Verdad? A veces me pregunto qué le diría ella para provocarlo. Pero el matrimonio no duró mucho. Tras un fin de semana esquiando en Nuevo Hampshire, Claire contrajo una neumonía y murió. Para ahorrarle dinero a Hank, le aconsejé que pusiera las cenizas de Claire en la misma urna carísima que contenía las de su primera esposa.

—Pero ¿por qué...?

—Había espacio de sobra, ¿por qué no? ¿Te habría parecido sensato comprar una segunda urna carísima? Y si hubiera comprado una más barata, habría sido como decirles a sus amigos que apreciaba menos a Claire que a su primera esposa. Pero mi sugerencia práctica terminó mal. Como Hank se pasaba el día contemplando la urna y pensando en las cenizas mezcladas de aquellas dos mujeres, acabó volviéndose loco. Y puesto que había sido culpa mía, me sentí fatal durante semanas.

—Esta historia no es cierta, ¿a que no, James?

—No, no es cierta. Me la he inventado para complacerte, porque al parecer eres como una de esas ancianitas a las que les encantan las historias.

—No, no lo soy... ¡Ni me gustan esa clase de historias!

—Voy a empezar a hablarte de Debierue y te prometo que resultará mucho más interesante que la historia de las dos esposas del doctor Goldhagen.

—Siento haberte interrumpido, James. ¿Te sirvo otra taza de café?

—Por favor. Deja que te hable primero de la *Scatölogieschul*, fundada por Willy Büttner en Berlín en la época del arte político alemán de la posguerra. La *Scatölogieschul* seguramente ostenta el récord europeo de fugacidad. Se inauguró y se clausuró en cuestión de ocho minutos. A Herr Büttner y a los tres valerosos artistas con los que expuso, además de a una estúpida modelo que negaba su flagrante presencia en todas las pinturas,

los metieron en la cárcel. Las pinturas fueron confiscadas, y no volvieron a verse nunca en público. Según ciertos rumores, aquellas obras, al parecer pornográficas, terminaron en la colección particular del general Goering. Se cree que ahora están en Rusia, pero nadie lo sabe con certeza. No he podido encontrar ni un solo testigo que las haya visto, aunque sí muchas personas que tenían noticia de la exposición. Esa fue otra de mis experiencias frustrantes en Europa.

»A principios de los sesenta, el rastro ya estaba demasiado frío para poder dar con pruebas documentales válidas. Llegué demasiado tarde. La Depresión europea y la Segunda Guerra Mundial las habían destruido. Sigo teniendo la sensación de que el abandono por parte de la crítica de estas corrientes llamadas menores podría acabar suponiendo una pérdida incalculable para la historia del arte. Entonces, como ahora, los críticos elegían solo un número muy reducido de pintores como representantes de su tiempo. Y solo recordamos los nombres de los que llegaron primero. Cualquier redactor deportivo recuerda que Jesse Owens fue el corredor más rápido de las Olimpiadas de 1936, pero no a los que llegaron en segundo y tercer lugar, apenas unas décimas de segundo después.

»Por eso es casi un milagro que se reparara siquiera en Jacques Debierue. Si se piensa en la peculiar mezcla de esperanza y desilusión tan característica de los años veinte, él, de entre todos los artistas de la época, parecía el que más posibilidades tenían de alcanzar la fama. Sin embargo, la prensa lo ignoró deliberadamente.

»No puede decirse que un solo pintor, un verdadero arquetipo, constituya un movimiento, pero Debierue se alzó por encima del mundo artístico parisino como un dedo corazón extendido. Los críticos de París reconocían avergonzados que ninguno de ellos sabía la fecha exacta de la inauguración de su exposición individual. En su monografía titulada *Debierue*, August Hauptmann examina con detenimiento los detalles que se conocen sobre el descubrimiento del artista y su influencia en otros pintores. No es un libro muy extenso, para ser obra de un erudito alemán, pero sí un estudio bien documentado sobre los logros originales del artista.

»No existe una cantidad ingente de literatura sobre Debierue, como sí la hay sobre Pablo Picasso, pero su nombre aparece constantemente en las biografías y autobiografías de otros pintores modernos famosos, por lo general en circunstancias extrañas. Que lo mencionen con frecuencia no es sorprendente. Antes de entrar en el mundo del arte como artista, Debierue ya formaba parte del mismo. Como se dedicaba a enmarcar pinturas,

conocía personalmente, y en profundidad, a casi todos los artistas destacados de los años de entreguerras.

—¿Enmarcaba cuadros?

—Al principio, sí. Miró, De Chirico, Man Ray, Pierre Roy y muchos otros consideraron oportuno acudir a su minúsculo taller de enmarcado. Les fiaba y, hasta que empezaron a ganar dinero con su trabajo, les venía de maravilla. Se habla de Debierue en los estudios publicados sobre todos los grandes acontecimientos pictóricos de entreguerras porque estaba ahí y porque conocía a todos los artistas implicados. Sin embargo, lo único que tiene en común con otros innovadores es que fue el primero en ser reconocido, por derecho propio, como el padre del surrealismo nihilista. Debierue, por cierto, no fue quien acuñó el término para calificar su obra.

»El ensayista y crítico de arte suizo Franz Moricand fue el primero en emplearlo en relación con la pintura de Debierue. Y la etiqueta cuajó. El término apareció por primera vez en el ensayo de Moricand, «Stellt er nur?», publicado en *Mercure de France*. El artículo no era demasiado introspectivo, pero otros críticos no tardaron en robarle el término "surrealismo nihilista". Hacía falta un puente válido y descriptivo que proporcionara una línea divisoria clara entre el dadaísmo y el surrealismo. Ambos grupos han intentado en diversas ocasiones apropiarse de Debierue, pero él nunca formó parte de ninguno de los dos. Tanto el dadaísmo como el surrealismo tienen una base filosófica sólida, mientras que nadie sabe cuáles son las inclinaciones de Debierue.

»El azar es un factor importante en el descubrimiento y el reconocimiento de todo artista, pero lo que muchos críticos modernos se niegan a reconocer es que los numerosos amigos artistas de Debierue lo compensaron enviando gente a ver su exposición individual. En su diminuto taller de enmarcado de Montmartre, había montado muchas pinturas a precio de coste y otras directamente gratis para jóvenes artistas sin blanca cuya obra se vendió meses después por grandes sumas. Esos americanos locos, como los llamaba Fitzgerald, que llegaron a Francia en barcos atestados durante el período de expansión, siempre llevaban encima más de cincuenta dólares en efectivo. Compraron muchas pinturas, y los artistas que las vendieron no olvidaron su deuda con Debierue.

»A pesar del ensayo de Hauptmann, la primera y única exposición individual de Debierue sigue envuelta en un halo de misterio. No se imprimieron invitaciones, tampoco hubo carteles ni se anunció en la prensa. Ni siquiera se lo comentó a sus amigos. Un día, cuya fecha exacta

todavía se desconoce, apareció en el escaparate de su taller de enmarcado una tarjetita manuscrita que rezaba: «Jacques Debierue. *No. One.* Se enseña solo bajo solicitud», escrito así, *No* con mayúscula inicial, punto, *One* con mayúscula inicial.

—¿Por qué no usó la expresión francesa *Nombre une*?

—Buena pregunta, Berenice. Pero en realidad no lo sabe nadie. El hecho de que usara el inglés *No. One* en vez del francés *Nombre une* podría haber llevado a Samuel Beckett a escribir en francés en lugar de en inglés, como asegura el crítico literario Leon Mindlin. Pero todos los implicados coinciden en que fue una jugada astuta por parte de Debierue, cuando los turistas estadounidenses, con su limitado francés, empezaban a llegar a la escena parisina. Por cierto, que usara un número como título de su pintura, fue otra novedad artística que sin duda merece ser atribuida a Debierue. Rothko, que utiliza solo números para titular sus pinturas, ha reconocido en privado, aunque no por escrito, que se lo debe a él. Es importante, porque varios historiadores del arte atribuyen erróneamente a Rothko la novedad de numerar las pinturas. Debierue no se ha pronunciado al respecto. Tampoco ha comentado nunca su pintura.

»Una cosa sí es cierta: *No. One* sucede al dadaísmo y antecede al surrealismo, por lo que constituye un puente individual entre los dos principales movimientos artísticos de este siglo. Y con el tiempo, el surrealismo nihilista de Debierue podría convertirse en la corriente más importante de las tres. Retrospectivamente resulta bastante fácil para nosotros ver que Debierue atrapó el corazón y la mente de los dadaístas que quedaban, que fueron abandonando poco a poco, uno a uno, el dadaísmo y perdiendo el reconocimiento que tanto les había costado lograr en aras del floreciente surrealismo. Y ahora se entiende también por qué los surrealistas se empeñaban en reivindicar a Debierue. Pero Debierue estaba solo. No negó ni confirmó su pertenencia a ninguno de los dos movimientos. Su obra hablaba por él, como debe hacer toda obra de arte.

»*No. One* se expuso en una sala pequeña, por lo demás vacía —que en su día fue el cuarto de la criada, al que se accedía subiendo un breve tramo de escaleras—, situada encima del taller de Debierue. Se había creado deliberadamente cierto ambiente para la obra. A quien pedía verla (no se cobraba nada) lo acompañaba arriba el propio artista y lo dejaba solo con el cuadro. Al principio, mientras la vista del espectador se adaptaba a la escasa luz natural que entraba en la estancia por un solo ventanuco sucio en lo alto de la pared opuesta, lo único que veía era lo que parecía ser un

marco decorativo, sin lienzo alguno, colgado en la pared. Una inspección más detenida, con la ayuda de una cerilla o un encendedor, revelaba que el marco dorado con volutas barrocas encerraba una fisura o grieta en el yeso gris de la pared. También se veían el alambre y el clavo empleado para sostener tanto el propio alambre como el marco. Dentro del marco, si el espectador se mantenía a una determinada distancia del cuadro, el alambre, que asomaba a unos veinte grados con respecto al vértice (que formaba el clavo) parecía una cordillera lejana.

Berenice suspiró.

—No lo entiendo. Todo esto no tiene ningún sentido para mí.

—¡Exacto! No tiene sentido, pero tampoco es ninguna tontería. Aquel fue un trabajo irracional en un entorno racional. El surrealismo nihilista de Debierue, como el dadaísmo y el surrealismo, es irracional. Eso es precisamente lo que pretende el dadaísmo, como la mayoría de las corrientes artísticas de entreguerras. La distorsión, la irracionalidad y la yuxtaposición improbable de objetos.

—¿Qué dijeron los articulistas al respecto?

—Lo que dijeran los articulistas en la prensa carece de importancia, Berenice. Existe una diferencia entre un articulista y un crítico, como ya deberías saber. Para el articulista, el arte es un producto de consumo. Debe cubrir tres o cuatro exposiciones a la semana y lo hace de forma superficial, en el mejor de los casos. Pero al crítico le interesa la estética y situar la obra de arte en el orden del universo, o incluso como patrón de conducta.

—Muy bien. Pues ¿qué dijo la crítica sobre *No. One*?

—Muchísimas cosas. Pero la crítica empieza por la estructura, y a menudo termina ahí, sobre todo para aquellos críticos que creen que toda obra de arte es autotélica, es decir...

—Sé lo que significa autotélico. He estudiado crítica literaria en la universidad y tengo una licenciatura en Filología Inglesa.

—De acuerdo. ¿Qué significa?

—Significa que una obra de arte está completa en sí misma.

—¡Correcto! ¿Y qué más significa, o que más implica?

—Solo eso. Que un poema, o lo que sea, debería considerarse en sí mismo, no en relación con ninguna otra cosa.

—Eso es, pero hay más. Significa que no debe incluirse al artista en la crítica de la obra. Y aunque soy estructuralista, no creo que ninguna obra (poema, pintura o novela) sea autotélica. La personalidad del artista está

presente en toda obra de arte y la crítica debe destaparla, además de analizar la estructura y la forma. Piensa, por ejemplo, en el fútbol americano profesional...

—Me encantaría hacerlo. Es mucho más interesante que la pintura.

—Para ti, sí, pero quiero establecer una analogía. Un buen crítico es como un buen comentarista deportivo de televisión. Vemos la misma jugada, pero el comentarista nos la desglosa, nos desvela la estructura y el patrón del juego. Nos explica lo que ha ido mal y lo que ha ido bien en la jugada. También nos puede adelantar lo que probablemente suceda a continuación. Además, gracias a la moviola, incluso puede desglosárnosla en sus componentes para que volvamos a verla a cámara lenta. Los críticos de arte a veces hacemos lo mismo cuando presentamos diapositivas de detalles concretos de una pintura.

—Tu analogía no explica la personalidad de la jugada de fútbol.

—Claro que sí. La del *quarterback*, que ha sido quien ha propiciado la jugada. Si la jugada ha sido cosa del *quarterback*, claro. A veces es el entrenador el que piensa todas las jugadas y las envía al terreno de juego con cada nuevo jugador. Si el comentarista no sabe cómo es el entrenador, o el *quarterback*, lo que ha hecho antes, quiero decir, su explicación de la estructura de la jugada, no se sostendrá, y las predicciones que haga no serán válidas. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—Bien. Entonces no tendrás problema en comprender el éxito de *No. One*. Solo se permitía examinar el cuadro a una persona cada vez, pero el artista no ponía límite de tiempo. Hubo quien la vio y bajó enseguida; otros se quedaron allí una hora o más, incomodando a los que esperaban abajo. El espectador medio se dio por satisfecho con una inspección somera, pero según Hauptmann, muchísima gente repitió.

»Un anciano aristócrata español, de Sevilla, fue a París media docena de veces con la única finalidad de echar otro vistazo a *No. One*. No se llevó un registro de visitas, pero es del dominio público que una gran cantidad de personas visitó el taller de Debierue para ver el cuadro. Todos los artistas parisinos de la época hicieron el peregrinaje, normalmente en compañía de amigos. Y se habló mucho de *No. One*.

»La publicidad esporádica en la prensa, el interés que Debierue despertó en los críticos de arte europeos y el boca a boca sobre la exposición generaron un flujo constante de visitas a su galería hasta el 25 de mayo de 1925, fecha en que vendió el taller para poder dedicarse de lleno a la

pintura.

»*No. One*, como es lógico, fue un cuadro que se prestaba a una gran variedad de opiniones contradictorias. La grieta que enmarcaba la moldura, por ejemplo, podía haber estado en la pared antes de que Debierue colgara allí el marco, o quizá el artista la creó a propósito. Esa era una decisión básica, aunque subjetiva, que cada crítico tenía que tomar por sí mismo. Las conclusiones sobre esa premisa inicial abrieron dos líneas interpretativas diametralmente opuestas. El significado explícito frente al implícito originó grandes debates en la prensa. Para sostener cualquier opinión, uno debía haber visto la obra en persona, y la minúscula galería se convirtió en un lugar de obligada visita para periodistas y eruditos procedentes de otros países.

»Casi todos los comentaristas centraban sus observaciones en la grieta dentada del interior del marco, pero hubo unos cuantos a los que aquel punto les pareció irrelevante, porque la grieta no podía moverse si se retiraba el marco. Se equivocaban. Un crítico debe hablar de lo que está ahí, no de algo que podría estar en otro sitio. Además, jamás la expuso en ningún otro lugar después de vender el taller. El consenso, incluidas las opiniones de los que en realidad detestaban la obra, fue que la grieta representaba el fin y la ruptura inevitable entre el arte académico tradicional y el nuevo arte del siglo xx. En otras palabras, *No. One* dio paso a lo que Harold Rosenberg ha llamado desde entonces "la tradición de lo nuevo".

»Eran populares las interpretaciones freudianas, con las típicas connotaciones sexuales, pero las mayores disensiones se producían entre los dadaístas y los surrealistas en relación con los aspectos irracionales de la obra. La mayoría de los surrealistas (salvo Buñuel) sostenían que Debierue había ido demasiado lejos, y tenían la sensación de que había llegado a un punto de no retorno. Los dadaístas, muchos de ellos furiosos por el uso de una moldura barroca dorada, aseguraban que Debierue no había llevado su irracionalidad lo bastante lejos como para que su obra careciera completamente de sentido. Ninguno de los dos grupos negaba el poderoso impacto de *No. One* en el arte de la época.

»En 1925 el surrealismo ya no era una fuerza artística potente, aunque reviviera en los años treinta y rejuveneciera a principios de los cincuenta, y los dadaístas que quedaban entonces, los que no se habían sumado a André Breton, estaban muy desorganizados. No obstante, la exposición de Debierue ejerció una gran atracción hasta el mismo día de su clausura. Y

fue lo bastante popular entre los estadounidenses como para que la incluyeran en dos visitas guiadas por París ofrecidas por agencias turísticas.

»En cuanto el surrealismo nihilista se estableció como corriente artística independiente, se empezó a requerir la presencia de Debierue como ponente. Él rechazaba esas propuestas, por supuesto...

—¿Por supuesto? ¿No suelen pagar a los ponentes?

—Sí, y le habrían pagado bien, pero un artista no se pone a la defensiva. Y eso es lo que le pasa a todo ponente. Se supone que un crítico habla, agradece las preguntas porque su labor consiste en explicar lo que hace el artista, pero el artista no está formado para esa clase de cosas y lo único que hace es debilitar su postura. Hoy en día, algunos artistas recorren el país dando conferencias, cargados con montones de diapositivas de su obra, y no son más que un grupo de personajes tímidos con dificultades para expresarse. Supongo que cuesta rechazar el dinero, pero así terminan derrotándose a sí mismos y negando su obra. Un artista creativo no pinta nada delante de un atril de conferenciante, y esto es aplicable a los poetas y a los novelistas tanto como a los pintores.

—Adiós a la sección de «Cartas» de *The New York Review of Books*.

—Eso es. Al menos para los poetas y los novelistas. El autor de no ficción tiene derecho a dar conferencias. Al escribir su libro, propuso a sabiendas una teoría, y tiene todo el derecho del mundo a defenderla. Pero la obra de un pintor dice lo que tiene que decir y el crítico se encarga de interpretarla para los que no sepan leerla.

—En ese caso, tú eres tan responsable frente al artista como frente al público.

—Lo sé. De eso hablaba precisamente. Pero también supone un desafío, y por eso me ilusiona tanto entrevistar a Debierue. Cuando Debierue se estaba preparando para marcharse de París, tras el cierre de su taller y la clausura de su exposición, concedió una entrevista a un periodista del *Paris Soir*. No comentó nada de la obra en la que estaba trabajando, salvo que el significado de su pintura era demasiado privado para sus amigos íntimos o el público, que había decidido no exponer nada de su futura obra, ni para el público ni para los críticos, a los que considerada no cualificados para escribir algo inteligente sobre su trabajo. En otras palabras, para el crítico «cualificado», cuando no para el público general, la puerta quedaba entornada.

»La villa de la Riviera en la que residía había sido un regalo anónimo al artista que él había aceptado con el mismo espíritu con que se la

ofrecieron. Sin compromisos. No era un hombre acomodado, pero la venta de su taller de Montmartre le permitiría cubrir gastos durante unos meses. Entonces, el periodista del *Paris Soir* le hizo la pregunta lógica: "Si se niega a exponer o a vender sus obras, ¿de qué va a vivir?". "Eso no me preocupa —le contestó Debierue—. Un artista tiene demasiado que hacer para preocuparse por esas cosas". Con su amante colgada del brazo, Debierue se subió a un taxi que lo esperaba y se dirigió a la estación del ferrocarril.

»Quizá fuera la candidez de su respuesta lo que despertó una preocupación inmediata entre los pintores a los que había conocido y con los que había trabado amistad. El caso es que, al cabo de un mes de su partida, se creó precipitadamente una asociación que fue bautizada como Les Amis de Debierue y que aún no se ha disuelto.

—También se creó una asociación similar para T. S. Eliot, con la finalidad de liberarlo de su empleo en la banca, aunque se acabó disolviendo.

—Lo sé, pero Eliot buscó otro trabajo en una editorial. Debierue, que sepamos, no volvió a hacer otro marco, salvo para sus propias obras. Les Amis celebró su primer banquete benéfico en París y, gracias a su actividad continuada, se recaudó dinero suficiente para proporcionarle al artista una pequeña pensión anual. Además, todos los años se solicitan, otras donaciones a amantes del arte. Yo he estado donando al menos cinco pavos anuales a Les Amis de Debierue desde que me gradué.

»Durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes dejaron en paz a Debierue. Gracias a dos críticas que lo vinculaban con Nietzsche, no se le consideró un artista francés "degenerado". Y por lo visto tampoco encontraron ninguna de sus obras recientes para examinarlas en busca de "defectos".

»Cuando la Riviera francesa fue liberada, se transformó de inmediato en zona de descanso y entretenimiento de las tropas estadounidenses, y no tardaron en visitarlo estudiantes de arte, por entonces de uniforme, que habían leído sobre él en la universidad. Lo mencionaban en las cartas que escribían a sus familias, y los grupos de artistas estadounidenses enseguida empezaron a enviarle ropa, comida, materiales de pintura y dinero a su refugio de la Riviera.

»Debierue había sobrevivido a dos guerras mundiales y a una decena de batallas ideológicas.

»Las tres primeras reseñas sobre las obras realizadas por el artista en la Riviera, con un guiño al simbolismo, se explican por sí solas. "Fantasía",

“Oblicuo” y “Lluvia” son los nombres que dio a sus tres primeros “períodos”, según los determinaron los tres primeros críticos a los que se permitió examinar sus pinturas. El cuarto período, “Quironesco”, es tan hermético que precisa cierta ampliación.

Berenice asintió con la cabeza.

—Apenas se han invertido esfuerzos académicos en el examen de estos cuatro importantes ensayos. Existen pocas publicaciones, tanto en forma de libro como de monografía, que estudien en profundidad cada uno de estos períodos, como sí se ha hecho, por ejemplo, con las épocas Rosa y Azul de Picasso. Esta ausencia es comprensible, porque el público nunca vio ninguna de esas pinturas.

»El crítico convencional prefiere examinar la obra original, o al menos diapositivas en color de la obra, para poder llegar a sus propias conclusiones. Disentir o coincidir con el crítico que ha visto la obra lo sitúa a uno en terreno de arenas movedizas. Sin embargo, cada nuevo artículo que aparecía era objeto de una atención considerable. Pero los redactores no se atrevían a emitir juicios más extensos basándose solo en las descripciones.

—Sí, es comprensible.

—Esa tendencia general no es aplicable al ensayo de Louis Galt titulado «Debierue: el período quironesco», que apareció en la edición del verano de 1958 de *The Nonobjectivist*. Se publicó después en más de una decena de idiomas y de revistas especializadas. A Galt se le consideraba un purista declarado en su planteamiento del arte subjetivo, y por eso publicó su artículo en *The Nonobjectivist* cuando podía haberlo publicado en *Art News* por diez veces más dinero. Galt llegó a tildar de traidor por escrito a Mondrian cuando el holandés abandonó su paleta de blanco y negro para experimentar con el color en sus pinturas lineales. Yo no estaba de acuerdo con él en eso, pero algunos de sus argumentos eran contundentes. Claro que, con tantos críticos capaces disponibles, todos ellos impacientes por ver la obra de Debierue posterior a la Segunda Guerra Mundial, se consideró una verdadera lástima que eligiera a un purista que solo iba a ver su nuevo trabajo desde un punto de vista prejuicioso.

»El apelativo “quironesco” se consideraba un término “literario” despectivo. No le gustaba nada a Susan Sontag, que así lo había dicho en *The Partisan Review*. Lo cierto es que el ensayo de Galt no era irrespetuoso, pero señaló descaradamente que Debierue había retrocedido. Aseguró que, en la decena de pinturas que Debierue le había mostrado, se veían

claramente “criaturas centáuricas bicéfalas”, y eso lo llevó a concluir que el “maestro” se había convertido en “profesor” y que el didactismo no tenía lugar en el arte contemporáneo. Un punto de vista “purista”, claro.

—Claro —coincidió Berenice asintiendo con la cabeza.

—El caso es que, como el centauro Quirón era el educador mitológico de Hércules y de otros héroes griegos, Galt echó mano del término y bautizó el período como «quironesco». Era una ingeniosa alusión al clasicismo que Galt detestaba, a los elementos que habría considerado regresivos en cualquier pintor moderno.

»Debierue, como era de esperar, no dijo nada.

Berenice asintió y cerró los ojos.

—El controvertido ensayo de Galt fue de lo más oportuno. Reavivó el interés por el anciano pintor y las «criaturas centáuricas bicéfalas», como las describía Galt, hicieron que la nueva obra se asemejara, o pareciera asemejarse, al expresionismo abstracto. Empezaron a generarse expectativas: 1958 no estaba siendo un año emocionante desde el punto de vista pictórico, salvo por un puñado de pintores neoyorquinos, conocidos como «los de Sidney Janis», en alusión a su marchante; la llamada Escuela de Nueva York estaba pasando por una fase de transición. Y Debierue era noticia, claro, porque había sido objeto de poquísima atención pública en los últimos años.

—Ajá —dijo Berenice bajando la barbilla.

—Un marchante de Nueva York le envió a Debierue por cablegrama una oferta de cincuenta mil dólares por cualquiera de sus pinturas quironescas, sin verlas. El artista le respondió con otro cablegrama en blanco, solo con su firma. El marchante aprovechó la publicidad colocando en el escaparate de su galería de la calle Cincuenta y siete una fotografía ampliada de su oferta y otra de la respuesta de Debierue. Otros marchantes, que imitaron y mejoraron la oferta original, no recibieron respuesta alguna.

»No sé cómo me las voy a arreglar, Berenice. Solo sé que estoy resuelto a ser el primer crítico que vea las pinturas americanas de Debierue ¡y ya he decidido llamarlo su “período americano”!

Pero hablaba para mí mismo. Berenice, observé algo irritado, se había dormido.

6

A pesar de su tamaño, y era una mujer grande, Berenice, acurrucada y dormida hecha un ovillo, parecía vulnerable hasta el extremo de la fragilidad. Sus pestañas rubias desproporcionadamente largas acariciaban sus mejillas sonrosadas, y su rostro infantil en reposo y sin maquillaje le robaba varios años a su edad. En cambio, sus pechos pesados y su trasero grande y redondo, al descubierto ahora que el camisón finísimo le trepaba por las caderas, eran disparatadamente maduros en contraste con su semblante inocente y su pelo enmarañado con un aire de Alicia en el País de las Maravillas. Mientras la observaba con los ojos entornados y un interés ambivalente, una delicada pompa de saliva se formó en el centro exacto de sus labios perfectos y ligeramente separados.

Ay, con mi deshilvanado parloteo sobre Jacques Debierue, había conseguido dormirla profundamente. Bostezando yo también, sin quererlo ni poder controlarlo, me pregunté cuánto habría entendido de lo que le había dicho antes de quedarse traspuesta. Había permanecido atenta, desde luego, como siempre que le hablaba, pero no me había hecho ninguna pregunta seria. Tampoco importaba mucho. A Berenice apenas le interesaba el arte, ni ninguna cosa que rayara en lo abstracto, y hacía algún tiempo que sospechaba que el escaso interés que lograba mostrar de cuando en cuando era del todo fingido. Un esfuerzo por complacerme.

Salvo por su obsesión conmigo como persona, o como personalidad, y por mantener una regularidad en el sexo, ignoraba si alguna otra cosa la estimulaba intelectualmente. Para ser filóloga y dar clases de Lengua Inglesa (de acuerdo, daba clases en un instituto), poseía una percepción asombrosamente limitada de la naturaleza de la literatura.

Tampoco se la podía acusar de haber leído mucho. En las ocasiones en

que había intentado sonsacarle sus conocimientos literarios, había descubierto que eran primarios o que consistían en generalidades aprendidas en sus años de universidad que repetía como un loro. Tenía una memoria excelente para las líneas argumentales y los nombres de los personajes, pero para poco más.

Seguramente era una profesora mediocre, decidí. Su talante tranquilo y bonachón no podía haber generado grandes exigencias disciplinarias, claro que tampoco se le habrían presentado muchos problemas de disciplina en una ciudad como Duluth, en la que los adolescentes eran educados republicanos en ciernes. Los alumnos de los institutos neoyorquinos habrían hecho llorar a una mujer bondadosa como Berenice en cuestión de minutos.

Pero ¿yo qué sabía? No tenía ni idea. En una situación de poder, con niños, quizá inspirara terror, miedo y escalofríos. Nunca hablaba de su trabajo y, por lo que yo sabía, bien podía ser una experta en gramática y una profesora de categoría en el aula.

El personaje de una mujer enamorada es tremendamente engañoso.

¿Fingía el sentimentalismo como todo lo demás? Lloró de verdad una noche cuando Timmy Fraser cantó *My Funny Valentine* en el Red Pirate Lounge, alargando la canción diez buenos minutos con ese aire quejumbroso tan suyo. Cualquier mujer incapaz de reconocer la maldad inherente a las letras de los temas de Lorenz Hart de los años treinta es una descerebrada con la cabeza llena de serrín. También me comentó una vez que había llorado dos días seguidos por el suicidio de Emma Bovary. Me parece justo. Flaubert se había ganado esas lágrimas, pero Berenice no entendía el estilo de la novela, ni había reparado en la forma en que el autor la había manipulado hasta hacerle llorar la muerte de aquella pobre mujer enferma.

Considerando todo eso y pensándolo bien, caí en la cuenta de que sabía tan poco de ella que no era razonable por mi parte esperar que Jacques Debierue despertara su interés. Berenice era una *funny valentine*, una amante divertida, eso era, y tenía la barbilla poco pronunciada, además. Yo la amaba, de una forma vaga y abstracta, y al mismo tiempo me preguntaba qué hacer con ella. Me había servido de caja de resonancia con la que disminuir parte de la emoción que sentía por dentro, pero ya eran las dos de la madrugada y me esperaba un día muy ajetreado. Muchísimo. Quizá si la usaba correctamente, podría resultarme útil. ¿No me sería de ayuda llevar conmigo una belleza cuando fuera a ver a Debierue?

Seguramente no le daría con la puerta en las narices a una mujer despampanante. ¿Un francés? Nunca...

Exhaló y la pompa de saliva se infló de pronto y reventó de forma inaudible. Berenice gimoteó dormida y se revolvió, tratando de encontrar una postura más cómoda en la silla. Algo imposible. Con sus largas piernas encogidas bajo el trasero en una silla estrecha de lona, era un milagro que hubiera conseguido siquiera dormirse.

Dejé de racionalizar, de pronto consciente de que lo estaba haciendo, y le clavé el dedo índice en el estómago plano pero blando.

—Despierta, público —le dije sin acritud.

—No estaba dormida —mintió—. Solo he cerrado los ojos un segundo para descansar la vista.

—Ya... Se me ha olvidado preguntártelo, pero ¿dónde has estado los últimos dos días?

—Aquí —dijo sorprendida—. Aquí mismo.

—No, hoy no estabas.

—Ah, ¿te refieres a hoy?

—Sí, a hoy.

—En el apartamento de Gloria. La verdad es que me estaba deprimiendo aquí sentada todo el día esperando a que volvieras y la he llamado. Ha venido a buscarme en coche y me ha llevado a su casa.

—Me lo imaginaba. Gloria ha intentado sonsacarme por teléfono cuando he vuelto. Su risa falsa me ha resultado rara, pero no he sabido ver por qué. Si no pensabas volver a Duluth, ¿por qué te has llevado el equipaje y me has dejado esa nota tan rara?

—Mi intención era irme, de verdad, ¡pero no he podido! —Se le empañaron los ojos—. Quiero quedarme contigo, James... ¿Tú no quieres que me quede?

Debía impedir que se echara a llorar. ¿Por qué las mujeres no aprenden a decir adiós como los hombres?

—Ya veremos, nena, ya veremos. Ahora vámonos a la cama. Hablaremos de eso por la mañana... cuando la mañana esté avanzada.

Berenice se levantó obediente, cruzó los brazos y con un movimiento rápido y elegante se quitó el camisón cortito. Súbitamente despejada, me dedicó una sonrisa perversa y trepó al interior de la cama plegable deshecha, sacudiendo sus inmensas posaderas. Sonreí. La encontraba divertida cuando pretendía ser coqueta, por lo grande que era. Me desnudé despacio y me metí en la cama a su lado. El aire acondicionado, que no

tenía frigorías suficientes para enfriar de forma adecuada el apartamento, hacía un ruido espantoso. Por lo general, no me costaba ignorarlo, pero en ese momento me molestaba.

Estaba tenso, algo nervioso por los cuatro cafés solos que me había tomado, y sobrexcitado por mi capacidad para recordar, sin apenas esfuerzo, los detalles de la carrera de Debierue. Tres, no, cuatro días habían pasado desde la última vez y, a pesar de todo, curiosamente, no me apetecía sexo. Hacer el amor entonces sería como retomar algo cuyo final ya había escrito. A lo mejor era por eso. Eso o que no lograba decidir qué sentía por Berenice ahora que estaba al borde de un futuro, si todo salía bien, en el que no había sitio para una mujer a la que yo le interesaba como persona. Cualquier relación entre un hombre y una mujer basada únicamente en cuerpos y personalidades solo puede conducir al desastre.

Era una premonición o una especie de instinto precognitivo de supervivencia que debí de haber considerado, pero a las dos de la madrugada, cuando aún le daba vueltas a cuestiones intelectuales, me veía físicamente incapaz de reunir la suficiente belicosidad bruta para lanzar a Berenice y su equipaje escaleras abajo. Era cariñosa, demasiado cariñosa.

La premonición incipiente, o lo que fuera, de que se avecinaba el desastre, me heló el cuerpo y la mente y me dejó en un estado de flácida inacción. Berenice se quedó de piedra, lo sé. Al ver que ninguna de sus tretas funcionaba, se subió de pronto encima de mí, bajó de la cama y apagó la lámpara de pie. Salvo por la diminuta luz roja de la cafetera eléctrica, que no era un ojo rojo que nos observara torvo, sino un mero recordatorio eficaz de que el café estaba listo, aunque yo no, la estancia permanecía tan a oscuras como mis pensamientos. Nunca habíamos hecho el amor en la oscuridad. No sabía si a Berenice sí, pero a mí jamás se me había ocurrido nada semejante. Hacer el amor a oscuras es demasiado impersonal. Tu pareja podría ser cualquiera, ¡cualquiera!

Ignoro cómo lo sabía ella, pero el truco funcionó. Mientras Berenice sacudía la cabeza adelante y atrás, azotándome primero el pecho y luego el estómago con su larga melena, mis dudas se evaporaron. Y como aquella mujer a la que no veía se convirtió en cualquier mujer y dejó de ser un problema llamado Berenice Hollis, me puse rígido de lo que me dolía el deseo y la besé de forma salvaje. Salvaje para mí, porque suelo ser metódico en mis relaciones sexuales, consciente de qué me gusta y qué no. Que me flagelaran con una melena también era una experiencia nueva para mí, así que le regalé a Berenice el mejor viaje de su vida. Alcanzó el clímax

cuando la penetré, luego dos veces más, y la última ambos a la vez. Me mordió tan fuerte en el hombro para no maullar (sabe lo mucho que me irrita que haga ruiditos animales) que me dejó los dientes marcados.

Eufórico, disipada ya mi tensión, la idea de mandar a aquella mujer grande y maravillosa de vuelta a Minnesota se me hizo intolerable. Encendió de nuevo la lámpara de pie y hurgó en la maleta en busca de la bolsa de aseo.

—Cuelga ese traje de lino amarillo, nena —le dije—, para que se le vayan las arrugas.

—¿Por qué? —preguntó mientras hacía lo que le decía—. No está arrugado.

—Porque quiero que te lo pongas mañana. Te voy a llevar conmigo.

—¿Adónde vamos? ¿A divertirnos?

—Vamos a ver a monsieur Debierue —respondí con un suspiro—. Mañana intentaré explicártelo otra vez, con monosílabos.

Con la luz encendida, Berenice Hollis volvía a ser un problema.

—Pero nos divertiremos igual, ¿no?

—Claro —contesté con tristeza—. Muchísimo.

Cerré los ojos mientras entraba en el baño. Recuerdo vagamente cómo me lavó con un paño de cocina mojado en agua caliente, pero estaba profundamente dormido cuando ella terminó.

SEGUNDA PARTE

SI ALGO EXISTE, ES INCOMPRENSIBLE

1

El apartamento tenía un aspecto terrible, como si se hubiera desatado un pequeño huracán durante unos minutos, pero Berenice, con su traje de lino color limón y minúscula minifalda, estaba preciosa. A petición mía, se puso medias, lo bastante transparentes como para resaltar el color siena de sus piernas bronceadísimas. La falda era tan corta que, cuando se sentaba o se inclinaba hacia delante, las pinzas metálicas del liguero se veían lo justo para que pareciera tan sexi como un dibujo de Alberto Vargas.

En lugar de blusa, llevaba alrededor del cuello un vaporoso pañuelo azul y rojo con los dos extremos cruzados bajo las solapas de la chaqueta de corte cuadrado y doble botonadura. Muy pocas mujeres se habrían atrevido a ponerse un traje de líneas tan duras, pero las rectas de la chaqueta acentuaban las curvas de la figura exuberante de Berenice. Con la ayuda de un postizo de pelo cardado, se había recogido el cabello castaño, salpicado de mechas más claras por el sol, en un moño grande que, unido a sus rasgos infantiles, le daba un aire angelical.

Su lápiz de labios llevaba, a mi parecer, demasiado naranja, pero quizá aquella leve imperfección fuera el único toque esencial para que pareciera tan adorable en conjunto.

Yo me había afeitado y duchado antes de que Berenice tomara por asalto el baño durante una hora, y me había recortado bien las patillas de bandido español con unas tijeras. Aun así, se me veía inoportunamente provocativo al lado de Berenice, con mi traje de chaqueta vaquero de un azul desteñido y manga corta, sobre todo cuando ella se puso unos guantes blancos. Hacía demasiado calor afuera para llevar una chaqueta normal y necesitaba los múltiples bolsillos para guardar toda mi parafernalia.

Llevaba tres bolígrafos, un cuaderno, la cartera y las llaves; un pañuelo,

dos cajetillas de Kool y mi encendedor Dunhill de exterior acanalado (uno de los pocos caprichos caros que me había dado cuando empecé a tener ingresos fijos como profesor), una diminuta Kodak Bantam en el bolsillo derecho del pantalón, algunas monedas, una lupa en su estuche de piel, un cortaúñas y un trozo pegajoso de jade de cinco centímetros con hendiduras para poder sujetarlo con los dedos. Salvo por la Kodak Bantam, cargada con una película de color, llevaba demasiadas porquerías encima, pero me había acostumbrado y difícilmente iba a poder prescindir de ellas.

Habíamos dormido hasta tarde y desayunado con tranquilidad. Después de vestirnos, yo había anotado unas cuantas preguntas en mi cuaderno. No las consultaría, pero escribirlas ayudaba a que se quedaran grabadas en la memoria. Era un viejo truco de periodista que funcionaba, y siempre llevaba conmigo mi Polaroid, cargada con una película de blanco y negro, y rollos extra. Los profesionales no ven con buenos ojos las Polaroid del doctor Edwin H. Land, pero yo era experto en su manejo y rara vez tenía que hacer más de dos disparos para conseguir lo que buscaba. Además, había descubierto que la gente aceptaba sin discusión casi cualquier fotografía que hubiera visto, pero se negaba a autorizar la publicación de ninguna imagen si no había visto el carrete entero.

Hacia la una y media de la tarde estábamos listos para marcharnos. Bajé las escaleras delante de Berenice y salí al resplandor del arrebatador sol de Florida. La humedad ambiente era de casi el noventa por ciento, aunque la temperatura no llegaba a los treinta grados. Más al sur se veían unos nubarrones amenazadores, pero en Palm Beach el cielo era azul y estaba despejado. No siempre llueve en el sur de Florida cuando la humedad es del ciento por ciento, aunque en teoría tendría que hacerlo, pero como nos dirigíamos a la zona de Boynton Beach, donde el cielo estaba cubierto, decidí no bajar la capota. Dentro del coche, con los asientos de polipiel ardiendo, nos achicharrábamos.

Apenas habíamos cruzado el puente que conduce a West Palm cuando Berenice señaló un tejado de color naranja intenso y dijo:

—Paremos en Howard Johnson's.

—¿Por qué? Si no hace ni una hora que hemos desayunado...

—Porque tengo que orinar, por eso.

—Te he dicho que hicieras pis antes de salir.

—Y he hecho, pero tengo que hacer otra vez.

En parte por el calor, estacioné de mala gana el coche en el aparcamiento, pensando furioso que no era demasiado tarde. Si era

necesario, podía pedir un taxi y mandar a Berenice de vuelta al apartamento. Sin embargo, una vez en el interior del local fresco como una cueva y ya sentados en un cubículo, pedí dos batidos de helado de chocolate, esperé a que llegaran Berenice y las bebidas y me fumé un Kool. Como el servicio era de temporada, Berenice volvió a la mesa mucho antes de que llegaran los batidos. Cogió mi cigarrillo del cenicero, le dio una calada larga, volvió a dejarlo donde lo había encontrado, retuvo el humo en los pulmones como un buzo que intentara batir el récord de apnea y por fin exhaló lo que le quedaba dentro. En los tres días que había pasado solo en Miami había notado que, cuando Berenice no estaba conmigo, gastaba dos cajetillas de tabaco en vez de las tres diarias desde que ella, supuestamente, había dejado de fumar. Lo que había hecho, en realidad, era dejar de comprar tabaco y de llevar su propia cajetilla. Se fumaba mis cigarrillos, o le daba caladas largas al que me estuviera fumando yo. Odiaba los mentolados, o eso decía, pero no lo bastante, por lo visto, como para rechazarlos de plano.

—Si quieres un cigarrillo —le dije acercándole la cajetilla—, coge uno. Cuando te fumas medio centímetro del mío, me lo termino insatisfecho porque no he obtenido la dosis justa de nicotina a la que estoy acostumbrado. Entonces, como tengo la sensación de que me has robado medio centímetro del mío, me enciendo otro y luego me doy cuenta de que un cigarrillo entero, fumado casi inmediatamente después del que me acabo de terminar, es demasiado. Lo apago, vuelvo a meterlo en la cajetilla y, cuando voy a fumarme lo que queda la siguiente vez que me apetece un pitillo, sabe tan fuerte que tampoco se corresponde con mi dosis habitual de nicotina. Tirarlo cuando solo le he dado un par de caladas es un desperdicio y...

Berenice puso su mano fría sobre la mía. Frunció levemente el contorno de sus candorosos ojos azul aciano. El arco perfecto de su labio superior se aplanó al esbozar una sonrisa fugaz.

—¿Qué te preocupa, James?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Me he tomado una anfeta con el tercer café, y la combinación de benzedrina y exceso de café me hace hablar demasiado. Como ya te comenté anoche, Berenice, esta es una oportunidad única para mí y estoy algo inquieto, nada más.

Sacudió la cabeza. La sonrisa apareció y volvió a desaparecer tan rápido que casi me la perdí.

—No, James, anoche me contaste tantas cosas sobre ese pintor que me liaste, me enterraste bajo un montón de datos, por así decirlo. O falta algo o no me lo has contado todo.

—¡Si te dormiste, por Dios!

—No, no me dormí. Bueno, quizá al final. Pero lo que no entiendo es cómo ese pintor, ese tal Debierue, puede ser tan famoso si nadie ha visto nunca ninguna de sus pinturas. No tiene sentido.

—¿Cómo que nadie ha visto nunca sus pinturas? Miles de personas visitaron su exposición individual y de su obra posterior han escrito Mazzeo, Charonne, Reinsberg y Galt, todos ellos estudiosos de su trabajo. ¡Son algunos de los críticos más famosos de este siglo, por el amor de Dios!

Negó con la cabeza y frunció los labios.

—No me refiero a ellos, ni a ti, si es que consigues ver lo que ha pintado desde su traslado a Florida. Me refiero al público, a las personas que llenan los museos cuando llega una exposición itinerante de Van Gogh y compran toda clase de reproducciones y similares. Yo había visto decenas de pinturas de Van Gogh en libros y revistas mucho antes de ver uno de sus originales. A eso me refiero cuando digo «famoso». ¿Cómo me va a impresionar la fama de Debierue si nunca he visto nada de lo que ha hecho ni puedo juzgar por mí misma si es bueno o no?

Llegaron los batidos. No quería ofender a Berenice, pero su ignorancia me obligó a hacerlo.

—Mira, nena, tú no estás cualificada para juzgar por ti misma, así que cállate y bébete ese estupendo batido (eso es, buena chica), mientras yo intento explicártelo. ¿Has estudiado alguna vez cetología?

—Ni idea. ¿Qué es?

—Un cetólogo es el que estudia las ballenas, y puede dedicarse toda la vida a eso, como yo me he pasado la vida, hasta la fecha, estudiando arte, igual que los críticos que han escrito sobre Debierue. Supongamos que coges un ejemplar de *Scientific American* y lees un artículo sobre ballenas escrito por un famoso cetólogo...

—¿Hay cetólogos famosos?

—Tiene que haberlos. No puedo darte nombres de corrido, no es lo mío. Pero no he terminado aún. Bien, estás leyendo ese artículo escrito por un cetólogo en *Scientific American* y señala que la cría de cachalote viene de cola.

—¿Y eso que quiere decir?

—Que la cría de ballena, a diferencia de otros mamíferos, siempre nace

con la cola por delante.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Leo mucho. Pero podría decirse lo mismo si el cetólogo afirmara que el parto era cefálico. Lo que quiero que entiendas es que, como el artículo está escrito por un cetólogo y se publica en *Scientific American*, vas a creer lo que diga. No te vas a buscar un maldito barco y surcar los siete condenados mares en busca de una ballena preñada, ¿no? Solo para poder comprobar si la cría nace con la cola o con la cabeza por delante.

Berenice se rio como una boba.

—Estás muy guapo cuando te pones serio. No... Supongo que no, pero el arte, me parece a mí, debería ser para todos, no solo para esos críticos de los que hablas...

Solté la cuchara y me limpié con una servilleta de papel.

—Las ballenas también son para todos, cielo, pero no todo el mundo se dedica a estudiarlas. Esa es la gran diferencia que por lo visto no entiendes.

—Muy bien —dijo encogiéndose de hombros—. Pero sigo pensando que hay algo que no me dices de todo esto.

Sonreí.

—Cierto. A cambio de la dirección de Debierue, tengo que hacerle un favor al señor Cassidy...

—¿El abogado que te dijo dónde estaba?

—Sí. —Asentí con la cabeza—. Y lo que te voy a contar es «información confidencial», como diría Cassidy. Debe quedar entre tú, el señor Cassidy y estos batidos.

—Puedes confiar en mí, James —dijo suavizando el gesto—. Puedes confiarme tu vida.

—Lo sé. Y en cierto modo es mi vida. El caso es que el señor Cassidy me ha proporcionado información confidencial sobre el paradero de Debierue y lo único que tengo que hacer a cambio es robarle un cuadro.

—¿Robarle un cuadro? ¿Por qué no lo compra? Tiene dinero de sobra.

—Debierue no vende sus pinturas. Eso ya te lo he explicado. Si Cassidy consigue un cuadro, aunque sea robado, será el único coleccionista del mundo que tenga uno, ¿entiendes?

—¿Y de qué le va a servir? Si es un cuadro robado, Debierue puede recuperarlo llamando a la policía.

—Debierue no se enterará, ni lo sabrá nadie hasta que el artista haya muerto. Entonces la pintura será aún más valiosa.

—¿Y cómo vas a robarle un cuadro a Debierue sin que sepa que has

sido tú?

—Aún no lo sé. Lo voy planeando sobre la marcha. Puede que no sea un cuadro. Si está trabajando con cerámica, me puedo guardar una pieza en el bolsillo mientras tú lo distraes. Quizá tenga algún dibujo por allí. A Cassidy le valdría con un dibujo. De hecho, le encantaría. Pero hasta que no averigüe qué ha estado haciendo Debierue, no sabré qué hacer yo.

—¿Y pretendes que yo te ayude?

—Si quieres, sí. No nos puede vigilar a los dos a la vez y es un anciano. Así que, cuando llegue el momento, que llegará, te haré una señal y cogeré algo.

—Tu planteamiento es arriesgadísimo, James. Además, en cuanto nos vayamos, sabrá que has sido tú quien le ha robado... lo que sea.

—No —repuse negando con la cabeza—. No lo sabrá. Sospechará que me lo he llevado yo, pero no podrá demostrarlo. Si me acusa, lo negaré todo; además, no llegará la sangre al río. Entretanto, el señor Cassidy tendrá su pintura, su escultura, su dibujo o lo que sea escondido donde ni Dios pueda encontrarlo. ¿Entiendes?

—¿Eres consciente, James, de que si te pillan robando un cuadro será el fin de tu carrera? —me dijo con bastante remilgo.

—En absoluto, y menos aún si es de Debierue. Su obra, como has dicho tú antes sobre Van Gogh, pertenece al mundo, y si alguna vez me juzgaran por eso, cosa que no va a suceder, contaría con un fondo de defensa que me proporcionarían los amantes del arte y las revistas especializadas, y que me haría parecer miembro del White Panther Party. En cualquier caso, el plan es este, además de conseguir una entrevista, claro está.

—Pues no es mucho plan.

—Cierto. Pero ahora que sabes lo que tengo que hacer, quizá se te ocurra algo una vez estemos allí. Lo importante es esto: tú no te lleves nada. Ya lo cogeré yo cuando el momento sea propicio. Antes que cualquier otra cosa, tengo que conseguir la entrevista.

—Entendido.

Empezó a llover antes de que llegáramos a Lake Worth.

Llovía a mares y yo apenas veía por dónde iba. Berenice tuvo que subir su ventanilla para que no se le estropeara el traje, pero yo tenía demasiado calor para hacer lo mismo, por lo que me empapé el hombro y el brazo izquierdos; claro que con la humedad me habría empapado igual dentro del coche con la ventanilla subida. Al final empezó a llover tantísimo que tuve que parar en el arcén de Lake Worth y esperar a que escampara.

—¿Cuánto pesa una cría de ballena al nacer? —me preguntó Berenice con el ceño fruncido.

—Una tonelada. Y mide algo más de cuatro metros de largo. —Encendí un cigarrillo y se lo pasé. Ella negó con la cabeza y me lo devolvió. Le di una calada larga—. Una tonelada son mil kilogramos —le dije con solemnidad.

—¡Ya sé cuánto es una tonelada! —replicó furiosa—. ¡Puñetero intelectual!

No pude contenerme: solté una carcajada y eché a perder mi broma.

2

Podía haber tomado la estatal 7 directamente cogiéndola al oeste de West Palm Beach, pero como por la antigua autopista de dos carriles solían circular sobre todo los camiones que entraban en Miami por la parte de atrás, hacia Hialeah, preferí quedarme en la nacional 1 hasta Boynton Beach y después buscar un cruce por donde atajar. Me perdí unos minutos y di varias vueltas en círculo en el tramo donde se había abierto el asfalto nuevo para crear una subdivisión llamada con escaso acierto Ocean Pine Terraces (a kilómetros del mar, sin pinos ni bancales), pero cuando por fin llegué a la estatal, estaba recién asfaltada y el tráfico de camiones no era tan malo como esperaba.

Por fortuna, había dejado de llover.

Mi croquis estaba bastante claro, pero cuando quise darme cuenta, ya me había saltado el desvío de Debierue e iba camino del cine al aire libre. La pista de tierra y gravilla que conducía a la vivienda y el estudio del artista se distinguía perfectamente desde la autopista y a la derecha de esta, unos trescientos metros antes de la entrada a la finca, pero yo no la había visto. Cambié de sentido en la entrada desierta del cine y esta vez, desde el otro lado de la autopista, me fue fácil ver el desvío.

El denso follaje de gramíneas había invadido los surcos profundos que las ruedas habían ido dejando en la tierra, por lo que avancé despacio en primera. El sendero repleto de baches y apenas transitado cruzaba en línea recta un bosquecillo de pinos jóvenes durante apenas un kilómetro y luego describía un bucle sigmoideo para esquivar dos charcas de agua estancada, negra y cenagosa. A la derecha del camino, unos corrales abandonados se adentraban en el follaje selvático, y las malas hierbas habían crecido rectas e inmensas en paralelo a las combadas verjas de alambre. Los gallineros de

madera sin pintar se habían deteriorado hasta quedar de un gris sucio y liso, y casi todos los tejados se habían hundido. El camino estrecho se desvanecía al llegar a una puerta de pino pelado. Entré en la zona vallada, con su descuidado jardín cubierto de frondosa hierba que parecía una alfombrilla de baño gigante de color marrón, y aparqué delante del porche cerrado con mosquitera.

Paradójicamente, me quedé admirado al ver por primera vez al anciano pintor. Apagué el motor y, mientras su bramido de extinguía, permanecí sentado, con la mirada fija. Digo «paradójicamente» porque, en persona, Debierue no inspiraba precisamente admiración.

Parecía uno más de esos miles, no, literalmente, de esas decenas de miles de jubilados bronceados de Florida que pueden verse pescando en los puentes, trotando por los campos de golf y arrastrando los pies por las canchas de tejo de las residencias de ancianos y los parques públicos. Hasta llevaba el uniforme: gorra caqui de visera verde, bermudas blancas de tela vaquera, zapatillas bajas de lona azul claro compradas en Zayre y el típico polo blanco de manga corta, con el inevitable cocodrilo verde cosido en el bolsillo izquierdo de la pechera, tan corriente en Florida que cualquier cómico de Miami Beach podría provocar la carcajada si dijera: «El otro día, en los Glades, atraparon un cocodrilo que llevaba un polo con un hombrecito cosido al bolsillo...».

Pero, a diferencia de aquellos otros miles de ancianos que se habían mudado a Florida para morir en un lugar cálido, hombres que se habían ganado su dudosa jubilación regentando zapaterías, dirigiendo fábricas de bombillas en Amarillo, fabricando condones en Newark, deslomándose como angustiados gerentes de ventas en cualquiera de los diez estados del Oeste, Debierue había servido, y servía, al señor más severo de todos: la autodisciplina del artista.

Debierue, sin inmutarse aparentemente por la irrupción en su jardín de un destartalado descapotable desconocido, siguió sentado tan tranquilo en una silla de pícnic de aluminio y rafia verde, bañado por el sol vespertino. Me complació ver que se estaba dejando crecer de nuevo la barba blanca (había estado varios años afeitándosela), aunque no la llevaba tan larga y melvilleana como yo se la había visto en algunas fotos del artista tomadas en los años veinte.

En cuanto al físico, Debierue era esbelto: de extremidades y cuerpo largos, delgados, y rodillas y codos huesudos. Los años le habían descolgado los hombros finos, como es lógico, y le asomaba una barriguita

por encima del cinturón. La piel bronceada, aunque arrugada, le daba un aspecto saludable, casi robusto. Sus atentos ojos azules estaban alerta y despejados, y en el gran filo de su ganchuda nariz francesa no se veían esas venitas rojas que suelen asociarse a los ancianos jubilados de Florida. Sus labios gruesos y sensuales formaban una O perfecta de color burdeos, un círculo esponjoso y oscuro rodeado de pelo blanco. La mirada fija con que sus ojos azules respondieron a la mía me pareció indiferente, educada, directa y fría, pero durante el instante incómodo e interminable en que estuvimos sentados en silencio, frente a frente, detecté en sus avispados ojos de viejo cierto aire de vigilancia.

Como crítico, no había tardado en aprender lo insensato que era conceder demasiada importancia o credibilidad a las primeras impresiones, pero bajo aquella mirada firme a inalterable sentí, supe, que me encontraba en presencia de un gigante, lo cual hizo que al mismo tiempo me sintiera como un violador, un delincuente. Y si en ese momento me hubiera señalado la puerta sin mediar palabra, sin decir siquiera «¡Márchese!», me habría ido sin rechistar.

Pero ese no fue el caso.

Berenice guardó silencio, sentada, con las manos en el regazo sobre el bolso de gamuza con cordón, y así se quedaría hasta que yo bajara del coche, lo rodeara y le abriera la puerta.

Me había presentado allí por voluntad propia, una visita inesperada, y me correspondía a mí romper el océano de hielo que nos separaba. Nervioso, balanceando la cámara Land por la correa que sujetaba dos dedos, bajé del coche y saludé educadamente con la cabeza.

—Buenas tardes, monsieur Debierue —le saludé en francés, procurando sonar tan grave como Jean Gabin—. ¡Al fin nos conocemos!

Por lo visto, llevaba un tiempo sin oír hablar en francés (y el mío no era tan malo). Sonrió, ¡y qué sonrisa tan cálida y maravillosa tenía! Era tan tierna, tan sincera, tan provocativa que sentí una súbita punzada en el pecho. Una sonrisa con la que hacer pedazos el mundo. Su boca estropeada por la edad, con sus labios púrpura y demás, era hermosa cuando sonreía. Le faltaban varios dientes, tanto arriba como abajo, y los que le quedaban conferían a su boca generosa cierto aspecto de calabaza de Halloween. Pero el rápido paso de triste resignación a felicidad desbordante y rejuvenecida cambió su apariencia por completo. Las profundas arrugas descendentes de su rostro se convirtieron en arremolinados arabescos ascendentes. Se levantó de la silla con dificultad al ver que me acercaba y, con un tono que

sonó a falso reproche, me dijo sacudiendo su largo dedo índice:

—¡Ah, señor Figueras! Se ha afeitado la barba. ¡Déjesela crecer enseguida!

Que me saludara llamándome por mi nombre me empañó de pronto los ojos. Me estrechó la mano con contundencia, el típico apretón europeo, arriba y abajo. Sus dedos largos como espátulas estaban calientes y secos.

—¿Me... me conoce? —pregunté con sincero asombro.

Me obsequió con el primero de una serie de gestos de indiferencia muy galos.

—Si no es usted, será otro... —dijo misterioso—, y no está mal que sea usted. Estoy familiarizado con su trabajo, como es natural, señor Figueras.

Tragué saliva como un adolescente muerto de vergüenza, sin saber qué decir, y entonces vi que miraba por encima de mi hombro hacia Berenice.

—¡Ay! —dije y rodeé corriendo el coche para ayudar a bajar a Berenice —. Monsieur Debierue, esta es mi amiga, mademoiselle Hollis.

Cuando pronuncié su apellido a la francesa, Berenice me lanzó una mirada asesina.

—Hollis, señor Debierue —dijo ella en inglés—. Berenice Hollis. Encantada de conocerlo, señor.

Debierue le besó la mano y lo noté algo inquieto (quizá yo estuviera hipersensible), o más bien desconcertado por su presencia. El artista no sabía (y yo no tenía forma de dárselo a entender con discreción) si en realidad era mi amiga, mi amante, mi secretaria o una mecenas adinerada. Decidí no añadir nada. Él mismo deduciría, por la forma en que ella me miraba y me tocaba el brazo de vez en cuando, que manteníamos una relación íntima, y prefería dejarlo en eso.

El inglés del anciano era correcto, a pesar de su fuerte acento, y mientras hablábamos en francés, aquella hermosa tarde de finales de abril, él o yo traducíamos ocasionalmente para Berenice o le hacíamos algún comentario en inglés.

—Soy uno de esos extraños periodistas que se atreven a hacer críticas de arte —dije modestamente, con una sonrisa nerviosa, pero él me hizo callar levantando una mano.

—No, no, no —contestó mientras negaba con la cabeza—, extraño no, señor Figueras. Sé que usted trabaja bien. Ese artículo que escribió sobre el pintor californiano... —Frunció el ceño.

—¿Vint? ¿Se refiere a Ray Vint?

—Sí, eso es. La pequeña mosca. ¡Qué gracioso! —Se rio como por

reflejo—. No se sienta mal, señor Figueras. —Se encogió de hombros—. Un artista de verdad no puede esconderse eternamente y, de no haber sido usted, habría sido otro. ¡Vengan! ¡Pasen dentro! Les ofreceré un zumo de naranja frío, un Minute Maid natural congelado.

Me halagaba que conociera mi trabajo además de mi nombre, o al menos un artículo, me dije; y escrito en inglés, por cierto, y no traducido al francés, que yo supiera. Pero ¿por qué me había mencionado precisamente ese artículo sobre Vint? Ray Vint era un pintor abstracto cuya obra apenas se vendía, por una decena de buenas razones que no voy a exponer ahora. No obstante, era un excelente artesano y podía hacer todos los retratos que quisiera, más, de hecho, de los que quería pintar. Necesitaba el dinero que ganaba con los retratos para poder trabajar en los abstractos que prefería pintar. Pero como odiaba hacer retratos, también odiaba a las personas que posaban para él y le proporcionaban grandes sumas de dinero a cambio de una estampa favorecedora de sí mismos. Se «vengaba» de sus modelos pintándoles encima una mosca.

En la pintura medieval, y bien entrado el Renacimiento, se pintaba una mosca en el cuerpo crucificado de Jesucristo. La mosca del cuerpo de Jesús era un símbolo de redención, porque la mosca representaba el pecado y Jesús estaba libre de él. En cambio, una mosca pintada en la persona de un profano significaba pecado sin redención, o lo que es lo mismo: «¡Esta persona va a ir al infierno!». Ray Vint pintaba una mosca trampantojo en todos los retratos.

A veces sus mecenas tardaban varios días en ver la mosca y, cuando la veían, no eran conscientes de su significado. Al averiguarlo, solía encantarles. La mosca era una forma de iniciar la conversación cuando enseñaban el retrato a sus amistades: «¿Ves algo inusual en mi retrato?».

Los artistas, claro, al ver la mosca, reían para sus adentros, pero no les decían nada a los mecenas sobre el sello personal de Vint. Yo mismo dudé acerca de mencionar la venganza simbólica de Vint cuando escribí el artículo, por no poner en peligro su sustento. Pero al final decidí abordar el tema porque era un rasgo de la personalidad del artista que revelaba la naturaleza falta de emoción de sus abstractos.

Mientras conducía a Berenice al interior de la vivienda, siguiendo a Debierue, cogida por el codo izquierdo, empezó a preocuparme el comentario displicente y la risa breve y seca del anciano pintor. Una risa, a diferencia de una súbita sonrisa o una carcajada sincera, resulta difícil de interpretar. Tanto si se trata de una risa simpática como antipática, sirve

únicamente como forma nerviosa de puntuación. Pero que mencionara un incidente concreto, o un párrafo, de los miles que yo había escrito, y precisamente el símbolo de la mosca, hizo que se me acentuara el nudo de angustia que se me había formado en el estómago. El hecho de que hubiera leído mi artículo sobre Vint (que no era una carnicería, porque yo no escribo carnicerías, pero desde luego no era una de mis mejores piezas, ya que la obra de Vint no había sido lo bastante buena para dedicarle un análisis en profundidad) podría ser un obstáculo para mí.

Nadie sabía, porque Debierue nunca lo había comentado, qué le había parecido al anciano el artículo de Galt, con sus rocambolescas interpretaciones «quironescas», pero, desde entonces, otros escritores de reputación mucho mayor que la mía habían sido rechazados cuando solicitaron entrevistar al pintor. Tras el artículo de Galt, Debierue tenía todo el derecho a desconfiar de los críticos.

Maldito Galt, en cualquier caso, me dije con amargura. Entonces vi el marco dorado barroco en la pared y lo señalé.

—No es ese el famoso *No. One*, ¿verdad?

Debierue frunció los labios y se encogió de hombros.

—Lo era —contestó sin más y entró en la cocina.

En cuanto examiné el cuadro supe por qué lo decía, claro. No había grieta en la pared que enmarcaba la moldura. El marco, sin la grieta, y colgado en un entorno distinto del original, ya no era el célebre *No. One*. No obstante, mi regocijo fue inmenso. Era algo que no había esperado ver en mi vida. Berenice, después de echar un vistazo rápido al marco vacío, se sentó en una silla danesa de Sears y me pidió un cigarrillo.

Negué nervioso con la cabeza.

—No hasta que le pidamos permiso —le dije.

Montada en un hueco de la pared, había una barra de bar estrecha que separaba la cocina del salón. No había comedor y el salón estaba amueblado de forma espartana. El avicultor que había construido la casa seguramente pretendía, al igual que muchos habitantes de Florida, usar como comedor el gran porche cerrado con mosquiteras. Lo confirmaba el ventanal cuadrado con salida al porche que había en la cocina.

No había más cuadros en las paredes y el salón estaba decorado con muebles baratos y austeros de Sears. El señor Cassidy, desde luego, no había invertido mucho en preparar la casa para el famoso inquilino. No había ni equipo de música, ni aparato de radio, ni televisor, ni había cortinas que disimularan las visibles rayas horizontales de las persianas

venecianas que cubrían las ventanas. Salvo por dos sillas danesas, una mesita de centro engrasada con Marfak, un sofá negro de dos plazas Naugahyde y una lámpara de pie —todo ello apiñado en un rectángulo poco espacioso—, el inmenso salón, con su suelo de terrazo sin moqueta, estaba vacío. En la mesita de centro había un ejemplar del *Miami Herald* y un número sin tocar de *Réalités*. Junto a la barra, había dos taburetes altos y negros de hierro forjado. Debierue, o comía en aquella barra o se sacaba la comida al porche y se la tomaba en una mesita plegable Samsonite.

Cassidy no habría avisado a Debierue de que yo iba a presentarme, lo sabía, pero si el anciano pintor me preguntaba cómo lo había encontrado, ¿qué podía decirle? No parecía sorprendido por mi repentina aparición. Si me preguntaba, le diría que mi editor me había propuesto mandarme allí con un encargo. Lo estuve rumiando mientras Debierue preparaba el zumo de naranja congelado. Puso en la mesa una jarra de aluminio, abrió la lata con un abrelatas eléctrico y luego hizo tres viajes al fregadero para llenarla de agua del grifo.

Lo hacía de forma metódica, muy concentrado, incorporando cada lata de agua a la jarra como un químico que preparara un experimento. Con una cuchara de mango largo, removió la mezcla, sonrió y nos instó a que nos sentáramos a la barra. Berenice y yo nos subimos a los taburetes y él llenó tres vasos de plástico hasta el borde.

Sin tocar su vaso, miró la pared donde estaba colgado *No. One*, a mi espalda.

—Esto es el Nuevo Mundo, señor Figueras, y no hay grietas en las paredes del Nuevo Mundo. Aquí las paredes de hormigón, ladrillo y yeso son a prueba de huracanes. Mi póliza de seguros me lo garantiza. —Pensé que aquella podría ser una buena frase para abrir o cerrar mi artículo. Me incliné hacia delante, preparado para explorar con mayor detenimiento sus ideas sobre el Nuevo Mundo, pero él sacudió la cabeza como indicándome que guardara silencio—. No voy a insinuar que solo monsieur Cassidy podría haberlo traído hasta aquí, monsieur Figueras. Es irrelevante ahora que ha venido, y los dos sabemos que Cassidy, como todos los coleccionistas, es un hombre de lo más peculiar.

Agradecido por la salida fácil, le pedí permiso para fumar. Debierue sacó un platillo de uno de los armarios de la cocina, lo colocó entre los dos y esperó a que encendiera el cigarrillo de Berenice y el mío para continuar. Con un gesto de la mano, rechazó el que le ofrecí a él.

—¿Qué puedo decirle, monsieur Figueras, que lo disuada de escribir

sobre mí para su revista?

—Nada, me temo. Hace que me sienta un verdadero capullo, pero...

—Lamento que se sienta así, pero ¿sería demasiado pedir que no mencionara mi dirección en su revista? Se necesita mucha tranquilidad para mi trabajo, como para el de cualquier artista. Debo dedicarle al menos cuatro horas cada día y con interrupciones frecuentes...

—No sería un problema en absoluto, señor. Pondré en el artículo «en algún lugar de Florida». Naturalmente, sé bien cómo se siente. La pieza que escribió Galt era condenadamente injusta con usted, lo sé...

—¿Cómo lo sabe? —De nuevo aquella sonrisa tierna y triste.

—Conozco la actitud de Galt hacia el arte, por eso lo sé. Es un tipo de mente cuadriculada. Sitúa siempre todo lo que ve en un esquema muy subjetivo en el que o se encaja o no.

—¿No es subjetivo todo el arte?

—Sí. —Sonreí—. Pero ¿no dijo Braque que el sujeto no era el objeto?

—Es posible. No sé si lo dijo el mismo Braque, o si algún joven astuto como usted, monsieur Figueras, dijo que lo había dicho.

—N... no recuerdo dónde apareció la cita —repuse sin convicción—, ahora mismo no, pero se supone que lo dijo él. Y si no... Bueno, el juego de palabras tiene cierta validez para... el arte de nuestro tiempo, ¿no le parece...?

—La palabra «validez» no puede usarse de forma válida para el arte de ninguna época. —Titubeé. Me estaba poniendo a prueba. Podría haberle respondido fácilmente entrando en una entelequia teórica, pero no quería discutir con él, así que me encogí de hombros y sonreí—. Cuando habla de validez —continuó tras devolverme la sonrisa—, ¿se refiere a que el ojo contiene la acción incipiente? —Frunció los ojos, divertido.

—No exactamente, señor. El dualismo cartesiano, como forma de abordar la estética, ya no posee un valor intrínseco, y eso es culpa de Galt, que no ha sido capaz de ir más allá de sus primeros estudios. Cuando uno se enfrenta a la crítica contemporánea, lo más complicado es no recapitular. Para ver el presente en sí mismo, bloqueando el pasado y el futuro, es precisa una mediación óptica. —La intensidad de su mirada de ojos azules me acaloró—. No pretendo atropellar a Galt, señor, ni darle a usted la impresión de que soy mejor crítico que él. Lo que pasa es que soy veinticinco años más joven y he visto más arte contemporáneo que él...

—No se ponga tan nervioso, monsieur Figueras. ¿Prefiere que hablemos en español? —me preguntó en ese idioma.

—No. Pienso en español cuando lo hablo y prefiero pensar en inglés y hablar en francés...

—¿De qué habláis? —preguntó Berenice, dando un sorbo a su zumo.

—De la diferencia entre el español, el inglés y el francés —contesté yo.

—Yo detesto el español —espetó Berenice guiñándome un ojo—. Tiene tantísimas palabras para valentía que uno a veces se cuestiona la verdadera valentía del carácter español.

—Y en francés —dijo Debierue en inglés— hay demasiadas palabras para amor. —Alargó la mano y me acarició el pelo—. Tiene un precioso pelo rubio rizado y ella no debería provocarlo así. Venga, bébase el zumo.

Su caricia paternal deshizo mi tensión interior y caí en la cuenta de que el anciano artista intentaba facilitarme las cosas. En cualquier caso, mi sentimiento de culpa se había disipado con su aceptación desenfadada de mi persona y mi profesionalidad. El temor reverencial que le tenía también se estaba esfumando. Seguía impresionándome poderosamente y me parecía que nuestra conversación iba bien.

Un escritor atemorizado en presencia de la grandeza o la cuasigrandeza no puede funcionar como crítico. No obstante, respetaba a Debierue lo bastante como para ser cauteloso, consciente de que no era un ingenuo, de que había sobrevivido como individuo todos aquellos años manteniendo un silencio distante, cuando no arrogante, y una estudiada indiferencia hacia los periodistas. Debierue notó, creo yo, que estaba de su parte y que siempre adoptaría el punto de vista de un artista antes que el del público insensible. Había leído mi trabajo y recordaba mi nombre, con lo que daba por sentado que sabía que era tan imparcial como puede serlo un crítico. Para ver sus pinturas, razón principal de mi odisea, debía ganarme por completo su confianza, guardarme de mi tendencia natural a la discusión. Tampoco debía tenderle el anzuelo solo para conseguir unas cuantas opiniones sensacionalistas sobre el arte que fueran «noticia».

—Me intriga la razón por la que ha emigrado a Florida, monsieur Debierue.

—Estuve a punto de no hacerlo. Buscaba el sol por el bien de mis viejos huesos. Cuando más de cincuenta años de trabajo ardieron en aquel incendio... ¿Sabe lo del incendio?

—Sí, señor.

—Un accidente de lo más conveniente. Me dio la oportunidad de empezar de cero. El artista que puede empezar de cero a mi edad es muy afortunado. Por eso pensé en el Nuevo Mundo. Nuevo Mundo y nuevo

comienzo. Al principio creí que lo mejor sería Tahití, pero entonces asociarían mi nombre al de Gauguin —dijo sacudiendo taciturno la cabeza —. Inevitable. Una comparación así no habría sido justa, pero se habría hecho. Además, en esa pequeña isla, quizá el autobús habría pasado por delante de mi estudio todos los días cargado de turistas estadounidenses que se me quedarían mirando. Tahití, no. Entonces pensé: ¿Sudamérica? No, allí siempre hay problemas. Y Florida me parece perfecto. Pero no vine inmediatamente. Sabía que se estaba librando una guerra en Florida y ya había tenido bastante guerra en mi vida.

—¿Guerra? —pregunté perplejo—. ¿La de Vietnam?

—No, no, la de los seminolas. Es bien sabido en Europa que los indios seminolas de Florida están en guerra con Estados unidos, ¿no es así?

—Sí, supongo, pero solo en teoría. En realidad, los seminolas son un pueblo indio muy pequeño. Y no se trata de una guerra de verdad, sino de la incapacidad por parte de los indios de firmar un tratado de paz con Estados Unidos, eso es todo. De vez en cuando se produce una disputa legal, cuando algún condado de Florida intenta obligar a un niño indio a que vaya a la escuela si no quiere ir, aunque ahora muchos niños indios van a la escuela voluntariamente. Pero hace muchos años que no ha habido ningún incidente con tiroteos. Los seminolas han descubierto que están mucho mejor que otros pueblos indios, en el sentido legal, sin firmar un tratado.

—Sí —asintió con la cabeza—, eso lo supe por monsieur Cassidy, pero escribí unas cartas primero para asegurarme. —Frunció los labios muy serio y bajó la vista hacia la encimera—. Ahora moriré en Florida, eso lo tengo claro, y a un francés le cuesta salir de Francia cuando sabe que no volverá. Hay otros países en el mundo donde me habrían acogido, monsieur Figueras: Grecia, Italia... El mundo es demasiado bueno conmigo. Siempre he tenido muchos buenos amigos, amigos a los que no he llegado a conocer en persona. Me escriben cartas, cartas muy bonitas desde todas partes del mundo.

Asentí para indicar que lo entendía. Era completamente lógico que desconocidos de todos los países escribieran a Debierue, aunque a mí nunca se me había ocurrido escribirle. A Schopenhauer le había sucedido lo mismo de mayor y le había complacido tanto como a Debierue recibir cartas. Cualquier artista verdaderamente radical con ideas originales que viva lo suficiente no solo será aceptado por el mundo en general, sino que será admirado, incluso reverenciado, por su perseverancia, también por las

personas que detesten todo cuanto representa.

Pero había una diferencia importante entre el anciano filósofo alemán y aquel anciano pintor francés. Schopenhauer había aceptado la riada de felicitaciones en todos sus cumpleaños de los setenta a los ochenta años como tributo bien merecido, como reivindicación. Debierue, en cambio, aunque estaba agradecido, parecía perplejo e incluso honrado por las cartas que recibía.

—Pero no me arrepiento de haber venido a Florida, monsieur Figueras. Su sol me sienta bien.

—¿Y a su trabajo? ¿También le sienta bien?

—El artista puede trabajar en cualquier parte —dijo mirándome a los ojos—. ¿No es así?

Me aclaré la garganta para soltar el discurso que llevaba posponiendo hacía rato.

—Monsieur Debierue, respeto mucho su postura sobre el arte y la intimidad. En realidad, el mero hecho de estar aquí sentado hablando con usted y bebiendo su zumo de naranja natural...

—Natural congelado —me corrigió.

—... es un honor. Un gran honor. Soy perfectamente consciente de su reticencia a mostrar su trabajo al público y a la crítica, y no lo culpo. Sin embargo, alguna vez ha permitido que un puñado de críticos destacados examinara su obra y escribiera sobre ella. No lleva en Florida más que unos meses, según tengo entendido, y no sé si habrá terminado alguna pintura que quisiera enseñarle a un crítico estadounidense, pero si así fuera, consideraría un privilegio...

—¿Es usted pintor, monsieur Figueras?

—No, señor, no lo soy. Recibí suficientes clases de pintura en la universidad como para saber que nunca podría ser un pintor de éxito. Mi talento, si es que poseo alguno, consiste en escribir, y soy más artesano que artista, siento decirlo. Pero como crítico me considero un artesano soberbio. Si le soy franco, además de la satisfacción personal que obtendría de ver sus pinturas americanas, con un artículo en profundidad, en exclusiva, en mi revista me apuntaría un buen tanto. Las ventas de la revista se dispararían y yo empezaría a recibir algunos encargos externos muy lucrativos para otras publicaciones especializadas. Como ya sabe, una sola fotografía de cualquiera de sus pinturas sería una noticia de tal magnitud en el mundo del arte que ambos acapararíamos toda la atención de la prensa internacional...

—¿Esculpe usted? ¿O trabaja el collage, o la cerámica?

—No, señor —contesté procurando disimular mi fastidio—. Nada de eso. Soy bastante inepto en lo relativo a los trabajos manuales.

—Pues no lo entiendo, monsieur Figueras: sus artículos críticos demuestran una gran sensibilidad. No entiendo por qué no pinta o...

—Hubo un tiempo en que me dolía hablar de ello, pero lo he superado. Me esforcé lo suficiente, pero lo cierto es que no sabía dibujar lo bastante bien, era demasiado torpe, supongo. Si no contara con una capacidad verbal muy desarrollada, probablemente me costaría ganarme la vida.

—Necesito ir al lavabo, señor Debierue —dijo Berenice tímidamente.

—Por supuesto. —Debierue rodeó la barra y señaló el pasillo—. La puerta del fondo.

Bajé del taburete cuando lo hizo ella y eché un vistazo al pasillo por encima del hombro de Debierue. No me cabía duda de que Berenice estaba aburrida, pero tampoco me cabía la menor duda de que necesitaba ir al baño. Al final del corto pasillo había dos puertas enfrentadas, aparte de la del baño, que estaba en línea recta. Una de ellas tenía candado; la otra, no. La puerta con candado, con su pesada hembrilla, probablemente fuera el estudio de Debierue y anteriormente el dormitorio de matrimonio del dueño original.

Saqué la Polaroid de su estuche y comprobé si había alguna lámpara de flash sin usar en el reflector.

—Esta cámara es tan sencilla de manejar que un niño de ocho años podría obtener buenos resultados con ella casi siempre —le dije—. Así de fácil es. —Me reí—. Pero para conseguir aprender a manejar el condenado cacharro, estropeé diez rollos de película. Es absurdo, lo sé. Y con la mecanografía, que también tuve que aprender, era igual de torpe. Repetí un curso dos veces, pero me resulta demasiado complicado usar todos los dedos. Tecleo con estos cuatro —añadí, levantando los dos índices y los dos corazones—. Entenderá ahora por qué dejé de intentar pintar. Me resultaba demasiado frustrante, así que me rendí para no sufrir daños emocionales. —Me miró intrigado y se acarició la nariz ganchuda con uno de sus largos dedos—. Le debo de parecer estúpido —dije a modo de disculpa.

—No, no. Los críticos, todos, despiertan mi curiosidad, monsieur Figueras.

—En realidad, es muy simple. Se supone que soy experto, o al menos una autoridad, en arte y en párvulos. Y eso se reduce a lo siguiente. Casi todas las actividades motoras se aprenden antes de los cinco años. Un

párvulo solo puede aprender cosas haciéndolas. Y si tienes una madre que te lo hace todo, cosas pequeñas como atarte los zapatos, lavarte los dientes, comer y demás, no las haces tú. Después de los cinco o seis años, cuando tienes que hacer esas cosas tú solo, en el colegio, por ejemplo, es demasiado tarde para alcanzar la destreza y el control motor que un pintor necesitará años después. Las madres demasiado serviciales, es decir, las que se lo ponen todo en bandeja a sus hijos, destruyen sin quererlo a artistas en potencia.

—¿Ha escrito alguna vez sobre esa teoría?

Asentí con la cabeza.

—Sí, un libro breve titulado *El arte y el párvulo*. Le mandaré un ejemplar por correo. Explica, en parte, por qué a algunos hombres dotados psicológicamente para convertirse en pintores termina dándoseles tan mal el arte. Pero no es una teoría, es un hecho. Uno de mis argumentos, que nunca se tiene en cuenta, es que el mundo no ha perdido del todo a esas personas como artistas. Si se reconoce su problema, se los puede reencauzar hacia otras actividades artísticas que no requieren gran destreza manual.

—¿Como cuál? —Debierue parecía verdaderamente interesado.

—Escribir poesía, componer música electrónica. O incluso la arquitectura. El difunto Addison Mizner, que no era capaz de dibujar una línea recta en la arena con un palo puntiagudo, se convirtió en un importante arquitecto de South Florida. Sus edificios de Palm Beach, los que aún siguen en pie, están hermosamente diseñados y su influencia en otras arquitecturas de Florida ha sido considerable, sobre todo aquí, en la Costa Este.

Dejé de hablar porque me estaba entusiasmando. Debierue me tiraba de la lengua (¡a mí!), uno de los trucos no escritos más antiguos, y yo estaba cayendo en su trampa, como el más novato de los periodistas. Para el que está acostumbrado a que lo entrevisten, resulta sencillo averiguar los intereses de quien lo entrevista. A partir de ahí, no tendrá más que hacerle preguntas al entrevistador ¡y este terminará entrevistándose a sí mismo! Ingenuamente feliz tras una larga y agradable conversación, el entrevistador dejará al sujeto de muy buen humor y solo cuando más tarde se siente delante de la máquina de escribir descubrirá entristecido que no tiene nada de qué hablar.

Se oyó la cisterna del retrete. Debierue esperó educadamente a que continuara, pero yo me limité a agitar el zumo de mi vaso, bebí a sorbitos

lo que quedaba, despacio, hasta que volvió Berenice y luego me retiré con la excusa de que también tenía que hacer uso del servicio.

Aún llevaba la cámara, claro, y abrí enseguida la puerta de la izquierda del pasillo, enfrente de la que estaba cerrada con candado. Una vez dentro, cerré con suavidad y eché un vistazo rápido. Si había algún cuadro de Debierue colgado de la pared, le haría una foto. Pero solo había una pintura en la pared, una lámina de tienda de saldo en un marco negro barato de *Trail's End*: el anciano indio a lomos de su caballo agotado. En los años treinta, había una lámina de *Trail's End* en casi todos los hogares de clase media baja de Estados Unidos, pero no esperaba encontrarme una en el dormitorio de Debierue. O bien Cassidy, a mala sombra, la había colgado en la pared, o se la había dejado allí el dueño de la casa. Pero seguía sin entender cómo Debierue podía tolerar aquella imagen tan trillada, a menos que, quizá, le divirtiera la paradoja que encerraba la lámina en cuestión. Seguramente debía de ser eso.

El dormitorio era austero. Conformaban el inventario una cama Hollywood individual con sábanas de color verde manzana (y sin colcha), una cómoda alta de pino sin pintar, una mesilla de noche de hierro forjado con un azulejo blanco por superficie y una silla roja de plástico Charles Eames junto a la cama. Había una bombilla en el techo, pero sin pantalla. Debierue era tan nihilista y estoico en su vida cotidiana como en su arte, pero me dio pena de todas formas. Era una lástima, me parecía a mí, que aquel gran hombre dispusiera de tan pocas comodidades en su ancianidad. No me hizo falta abrir la puerta corredera del armario ni registrar los cajones de la cómoda y hurgar entre su ropa.

Nervioso, hice pis en el baño y me lavé las manos en el lavabo. Luego abrí el armarito con espejo para ver qué clase de medicinas guardaba allí. Si tenía alguna dolencia o una enfermedad de algún tipo, los medicamentos que tomaba me proporcionarían una pista válida y quizá mereciera la pena escribir sobre eso. Salvo por el Elixophyllin-K1 (un expectorante que alivia los problemas respiratorios de personas con asma, enfisema y bronquitis) y tres pastillas de Emulave (una especie de jabón «sin jabón» o pastilla limpiadora para personas con la piel muy seca, y yo ya había reparado en lo secas que tenía las manos el pintor), no había en el armarito nada fuera de lo corriente. Una navaja de afeitar con el mango de nácar, una taza con jabón de afeitar y una brocha, un bote de enjuague bucal Scope verde azulado, un tubo de pasta de dientes Stripe empezado, un cepillo de dientes Dr. West de plástico verde, un frasquito de cien comprimidos de aspirina

Bayer sin el algodoncito protector, y nada más. No había ni un peine, claro que Debierue, con su cabeza calva tan lisa como una almendra pelada, no lo necesitaba. De todos los armaritos de baño del país, a excepción de los de las habitaciones de motel, aquel era el más sobrio que había visto.

Volví al salón a tiempo para oír a Berenice decir:

—¿No se siente solo, señor Debierue, viviendo en esta casa tan apartada sin nadie que le haga compañía?

Él sonrió, le dio una palmadita en la mano y sacudió la cabeza.

—Sentirse solo forma parte de la naturaleza del artista —contesté yo por él—. Pero el pintor tiene una labor que hacer y eso supone una compensación más que suficiente.

—Lo sé —dijo Berenice—, pero este lugar está a un millón de kilómetros de todo. Tendría que hacerse con un coche, señor Debierue. Así podría ir a Dania por las noches a ver partidos de cesta punta o a distraerse con cualquier otra cosa.

—No, no —protestó él sin dejar de darle palmaditas en la mano—. Soy demasiado viejo ya para aprender a conducir un automóvil.

—Pues podría aceptar discípulos —prosiguió Berenice entusiasmada—. ¡A muchos estudiantes les encantaría trabajar con usted en su estudio! Y apuesto a que vendrían en coche de todas partes —se volvió hacia mí—, ¿verdad, James?

Debierue se rio y yo hice otro tanto, aunque en mi caso me reía más de la cara tan graciosa que ponía Berenice, mitad furiosa, mitad desconcertada, porque nos burlábamos de ella. Para cualquier otro pintor de igual estatura, Picasso, por ejemplo, la propuesta de que un estudiante trabajara con el maestro era bastante plausible, pero para Debierue, que no mostraba su obra a nadie, la idea resultaba absurda. El pintor me había esquivado limpiamente. Era hora de retomar el asunto.

Rodeé cariñosamente la cintura de Berenice con mi brazo y se la estrujé a modo de señal para que se callara.

—No ha respondido a la pregunta que le he hecho hace un rato, monsieur Debierue —le dije poniéndome serio—. Ha sido muy agradable conmigo, con los dos, a pesar de que hemos invadido su intimidad, pero me gustaría ver su trabajo actual...

Suspiró.

—Lo siento, monsieur Figueras, pero su visita ha sido en vano. Como ve, no tengo nada que mostrarle —respondió mientras se encogía de hombros.

—¿Nada en absoluto? ¿Ni siquiera un dibujo?

—Tengo algo, sí —contestó con gesto taciturno—, pero lo poco que he hecho en Florida no merece su atención.

—¿Por qué no me permite que sea yo quien lo juzgue?

Su media sonrisa forzada denotaba hastío, pero sus facciones se endurecieron creando una máscara de indudable dignidad.

—El artista es el único juez definitivo de su trabajo, monsieur Figueras —dijo con un susurro ronco.

Me ruboricé.

—Por favor, no me malinterprete —me apresuré a contestar—. No pretendía que lo que he dicho sonara así. Lo que he querido decir es que no tengo intención de criticar su trabajo, ni de juzgarlo en modo alguno. Me refería a que prefiero ser yo quien decida si quiero verlo o no. Y sí que querría. Sería un honor.

—No. Lo siento, pero no puedo aceptarlo. Usted es crítico y eso no puede evitarlo. Para usted, ver una pintura es emitir un juicio. No quiero su juicio. Yo pinto para Debierue. Me agrado o me desagrado a mí mismo. Para que un joven como usted me diga «Ay, monsieur Debierue, un toque de terracota en esta esquina reforzaría el peso visual», o «Me gusta la textura al tacto, pero veo un agujero en la composición general»... —Rio con sequedad—. Por eso, monsieur Figueras, debo decirle que no.

—Me está usted ofendiendo, señor —protesté—. Sé que hay críticos como los que describe, pero yo no soy uno de ellos —añadí con el rostro encendido, pero con la voz bajo control.

—Con el arte de Debierue, un hombre es multitud. Yo. Debierue. Dos personas son un público ruidoso. Pero tener un espectador con la pluma en ristre, un crítico, es tener muchos miles de espectadores. El surrealismo no necesita sus razonamientos, monsieur Figueras. Y Debierue no pinta «centauros bicéfalos».

—No quiere que veas sus cuadros, ¿verdad? —adivinó Berenice, mirándome a la cara. —Negué con la cabeza—. A lo mejor —dijo volviéndose coqueta hacia Debierue—, ¿me los dejaría ver a mí, señor Debierue?

Él retrocedió unos pasos y examinó con admiración la figura de Berenice.

—Tiene usted unas caderas anchas, querida, no le costará dar a luz a muchos pequeños preciosos.

—Con eso ha querido decir que a mí tampoco, ¿no?

—¿Tú que crees? —repliqué. Me encogí de hombros y encendí un cigarrillo.

Como sospechaba, a Debierue no le había gustado la crítica de Galt. Podría haberle suplicado, pero eso me habría parecido abominable. Si así era como se sentía, no iba a servir de nada insistir. De algún modo, estaba en lo cierto respecto a mí: me habría resultado imposible contemplar su obra sin emitir un juicio sobre ella. Y aunque no habría hecho ningún comentario despectivo sobre su trabajo, fuera cual fuese mi opinión, seguramente se me notaría en la cara si me gustaba o no. Si de verdad él no creía que sus pinturas eran dignas (aunque sus aptitudes para la crítica no podían considerarse, desde luego, tan buenas como las mías), yo no podía hacer otra cosa que confiar en su palabra. Casi me dieron ganas de llorar. Era una de las mayores decepciones de mi vida.

—Quizá en otra ocasión, entonces, monsieur Debierue —dije.

—Sí, quizá.

Se acarició la nariz ganchuda, pensativo, y estudió mi rostro. No con descortesía, pero sí con atención. Miró hacia el pasillo que conducía a su estudio cerrado con candado, volvió a mirarme a mí, sonrió a Berenice, y se tiró distraídamente del labio inferior. Sospeché que esperaba que yo le hubiera respondido con un argumento largo y enrevesado, y de pronto no sabía si sentirse agradecido o desilusionado por mi ausencia de protesta.

—Dígame algo, monsieur Figueras... Me llaman «el surrealista nihilista», pero nunca he sabido por qué. ¿Ve usted mucho desorden aquí, en mi pequeña vivienda?

—No, señor —contesté mirando a mi alrededor—. Ni mucho menos.

Para un artista, la ausencia de desorden era algo de lo más inusual. Los pintores, por lo general, son muy desordenados. Amontonan cosas. Un tablero viejo con vetas concéntricas; una piedra de forma curiosa; revoltijos de cable, conchas marinas, cosas de todo tipo que tengan, a su juicio, formas o colores interesantes. Un pedazo de madera, por ejemplo, puede acumular una gruesa capa de polvo durante años antes de que un escultor por fin detecte la forma que contiene el objeto y la libere, convirtiéndolo en una pieza escultórica.

Los pintores son, en la mayoría de los casos, más desordenados que los escultores. Van pegando dibujos por todas partes. Esparcen cuadernos de bocetos aquí y allá, y llenan sus aposentos de todo tipo de utilería y cachivaches inútiles. Necesitan cosas para estimularse visualmente e inspirarse. Además, ese desorden no se limita a sus estudios, sino que suele

extenderse a su hábitat cotidiano, incluidos la cocina y el baño.

Y un surrealista como Debierue, experto en la yuxtaposición de lo inverosímil, necesitaría por lo general muchísimos objetos dispares en su hogar y su estudio con los que estimular su subconsciente. Claro que Debierue era una anomalía entre los pintores. Mi experiencia con los hábitos de otros artistas difícilmente podía aplicársele a él. Además, yo no había visto —todavía— el interior de su estudio...

—Como puede usted comprobar, soy un anciano limpio y ordenado. Siempre ha sido así, incluso cuando era joven. Así que, después de todo, puede que no sea surrealista, ¿no le parece? —dijo y las profundas arrugas del contorno de sus ojos azules se acentuaron con su sonrisa.

—Es un término relativo —repliqué con educación—. Una etiqueta fácil. «Surrealista» o «subrealista», ambos habrían servido igual. El propio término «dadaísmo» no fue más que un vocablo aglutinador al principio, pero la consigna «El dadaísmo duele», cuando se siguió de verdad o se respetó en la expresión plástica, fue muy importante para mí. Continúa siéndolo, de hecho, pero «surrealismo» siempre me ha parecido un nombre inapropiado.

—A Debierue no le gustan las etiquetas. Debierue es Debierue. A Marcel Duchamp, al que admiro muchísimo, tampoco le gustaban. ¿Recuerda lo que hizo cuando un joven autor le pidió permiso para escribir su biografía?

—No, señor.

—Cuando a Duchamp le pidieron información muy personal sobre sí mismo, no dijo nada. No tuvo que pensar. Vació todos los cajones de su escritorio en el suelo y salió de la estancia.

—Un acto existencialista. —Yo no había oído nunca aquella anécdota.

—¿Otra etiqueta, monsieur Figueras? —Chascó la lengua—. Bien, pues el escritor se encontró de pronto en el suelo un montón de cachivaches, pequeñas cosas guardadas sin motivo particular en el escritorio durante muchos años. Fotos, notas que uno recibe o escribe. Antiguas cartas de amigos, enemigos, señoras. ¿Y qué era aquello...? Garabatos, pintarrajos hechos con lápiz. Y bonitos sellos estampillados, guardados porque eran exóticos, quizá. Resguardos de entradas de teatro.

Se encogió de hombros.

—Me recuerda a mi escritorio de Nueva York.

—Pero aquella era la biografía de Duchamp. El astuto joven lo recogió todo del suelo y se marchó. Pegó todos los objetos en un libro grande, lo tituló *Biografía de Marcel Duchamp* y se lo vendió por una gran suma de

dólares a un judío rico de Texas.

—Es curioso que nunca haya oído hablar de ello. Pensaba que sabía casi todo lo que se puede saber de Duchamp...

—Igual que el joven que escribió su biografía con los cachivaches de los cajones de su escritorio.

—No obstante, me gustaría echar un vistazo a ese libro. Toda información disponible sobre Duchamp es importante, porque nos ayuda a comprender su arte.

El artista se encogió de hombros una vez más.

—No existe ese libro. La historia es apócrifa... La inventé yo mismo y se la conté a unos amigos hace muchos años para ver qué pasaba. Y como es algo que Duchamp podría haber hecho, muchos la creyeron, igual que estaba a punto de hacer usted. Los restos casuales de la vida de un artista no explican al hombre, como tampoco lo explica su obra. La verdadera visión del artista viene de aquí —dijo y se dio unos golpecitos en la frente.

De pronto, el semblante de Debierue se volvió indescifrable y no fui capaz de saber si hablaba en serio, me tomaba el pelo o se estaba poniendo hostil. Se volvió hacia Berenice y sonrió. Le cogió la mano derecha, la puso entre las suyas y le habló en inglés.

—Si un hombre tuviera esposa e hijos, quizá una breve biografía que dejar a su familia, algo con lo que pudieran recordarlo... Pero el anciano Debierue no tiene esposa, ni hijos, ni parientes vivos que puedan querer algo así. Un artista de verdad, querida, es demasiado responsable para casarse y tener familia.

—¿Demasiado responsable para enamorarse? —preguntó Berenice en voz baja.

—No. Amor debe tener.

Me aclaré la garganta.

—El mundo entero es la familia del artista, monsieur Debierue. Hay miles de amantes del arte por todo el planeta a los que les gustaría leer su biografía. Los que le escriben, lo sé, y los que...

—Seamos amigos —dijo dándome una palmadita en el brazo—. No es propio de amigos hablar de nada con una cara tan seria. Se está haciendo tarde y les pediría que, por favor, se quedasen a cenar conmigo.

—Muchas gracias. Nos encantaría.

Aunque había cambiado de tema bruscamente, cuanto más tiempo me quedara allí, más posibilidades tendría de conseguir información sobre el anciano. ¿O no?

—¡Estupendo! —Se frotó las manos resecas, que hicieron un ruido áspero—. Primero voy a poner el horno a 220. No dispongo de una carta impresa, pero hay donde elegir. Tenemos el plato precocinado de pavo, muy rico; el plato precocinado de filete ruso, también muy rico; o quizá, monsieur Figueras, prefiera el plato precocinado mexicano de enchilada, tamal, arroz y frijoles refritos.

—No —contesté—, creo que prefiero el pavo.

—A mí me apetece más el filete ruso —dijo Berenice—. Y déjeme que lo ayude...

—No —replicó—. ¡Debierue también tomará el pavo!

Sonrió contento y encendió el horno. Más relajado, cambió de dirección, se acercó al aparador y sacó una caja de tenedores y cucharas de plástico amarillento de la marca Piknik. En el cajón había un juego de cuatro manteles individuales, también amarillos, de goma antideslizante. Le pasó a Berenice los manteles y la caja de cubiertos de plástico y le pidió que pusiera la mesita plegable del porche.

De momento, pensé con amargura mientras observaba todo aquel ajetreo doméstico, salvo por algún que otro comentario anecdótico de escaso interés, apenas había logrado sonsacarle al anciano artista ningún dato relevante. En todo caso, él había averiguado más de mí que yo de él. Se había negado a enseñarme su obra y justo cuando había empezado a abrirse, había bajado de golpe la tapa de lo que podría haber sido un baúl repleto de material fascinante. Era un anciano desconcertante, desde luego, y yo no acababa de determinar si estaba algo senil (no, eso no), se había propuesto hundirme por alguna misteriosa razón que yo desconocía o qué...

Mientras extraía de sus envases de cartón los recipientes de aluminio de los platos precocinados que había sacado del congelador de su frigorífico Kentone de color púrpura, Debierue cantaba una canción francesa repetitiva en un falsete quebrado.

Por más que se rebajara, con o sin falsa modestia, era el surrealista nihilista más destacado del mundo. Por eso no estaba consiguiendo nada de él. Estaba intentando hablarle como si fuera una persona normal. Un artista que se aísla del mundo durante tres cuartas partes de su vida o es surrealista o está loco. Pero Debierue estaba tan cuerdo como cualquier otro artista al que yo hubiera conocido. Negar su adscripción al surrealismo no hacía más que reforzar el hecho de que era surrealista. ¿Qué otra cosa podía ser? Esa era la lógica de la irracionalidad intencionada del surrealismo. La clave. Pero ¿la clave para qué?

¿Cómo podía vivir un hombre tan solo como él lo estaba durante meses, sin teléfono, ni televisión, ni radio, y no volverse majareta? Hasta Schweitzer, cuando se exilió a África, se llevó un órgano y se rodeó de negros enfermos y gorrones...

Mientras andaba sumido en todas aquellas desesperantes cavilaciones, a mi mente pedestre se le ocurrió una de las mejores ideas que había tenido jamás, una idea tan sencilla y directa que casi se me escapó. El pensamiento aún no tenía forma, pero no dejé que la idea se me fuera de la cabeza. Berenice puso tres sillas de pícnic alrededor de la mesa del porche. Cuando volvió al salón le sujeté la muñeca.

—Voy a hacer algo raro —le susurré—, pero sígueme el juego pase lo que pase, ¿entendido?

Asintió con la cabeza y abrió mucho sus ojos azules.

Debierue salió de la cocina.

—A veces no oigo bien el temporizador del horno, ¿podría controlar usted el tiempo, por favor? —me dijo y le dio un golpecito a mi reloj de pulsera—. Cuando me avise dentro de treinta minutos, ¡la cena estará lista! —añadió y le dedicó a Berenice su sonrisa de calabaza de Halloween—. Sencillísimo. Los menús precocinados son un invento genial para el ama de casa, ¿no le parece, querida?

—Oh, desde luego —contestó Berenice con simpatía.

—Mire, monsieur Debierue —le dije cuando cogía mi Polaroid de la barra—, sé que es mucho pedir, al menos desde su punto de vista, pero con esta Polaroid puede ver usted mismo los resultados en diez segundos. Mientras esperamos a que la cena esté lista, déjeme que le haga unas fotos y hasta que no encuentre una que le guste, las puede romper todas. ¿Le parece bien?

—¿En solo diez segundos? ¿Una fotografía?

—Eso es. Quince, a lo mejor, para que salgan más nítidas y con más contraste si las hacemos dentro de la casa.

Frunció un poco el ceño y se tocó las patillas encanecidas.

—No me he recortado la barba...

—En una foto, da igual. Como es en blanco y negro, no se distingue —le prometí de forma imprudente.

Titubeó. Sus ojos me miraban con cautela, pero se lo estaba pensando.

—¿Me pongo corbata?

—No, para una foto informal, no —le dije antes de que cambiara de opinión.

Entonces lo sujeté del brazo, lo conduje hasta la mesa de centro y lo situé delante. Cogí el *Miami Herald*, pasé las páginas hasta llegar a la sección de anuncios por palabras, lo abrí y se lo puse en las manos.

—Tome. Extienda el periódico y finja que está leyendo. Puede sonreír si le apetece, pero no es necesario. —Algo incómodo, siguió mis sencillas instrucciones. Después de enfocarlo con la cámara y ponerla en modo oscuo, le pedí que bajara un poco los brazos para asegurarme de que su rostro y su barba salían en la foto. Por el visor pude leer el nombre del *Miami Herald* y el de la sección de anuncios por palabras. Me adelanté y le toqué la mano—. No —lo reprendí—, por favor, no se mueva ni me mire. Le voy a hacer la foto desde ahí atrás.

Aquel era el último instante que me quedaba para aprovechar la oportunidad de poner mi plan en marcha, y ya no tendría ninguna otra. Fingí una tos fuerte para disimular el leve clic de mi encendedor Dunhill y prendí el periódico por debajo. Al cabo de un instante, a unos dos metros de distancia, miraba por el visor. La sincronización fue perfecta. El flash funcionó, y una décima de segundo después de que pulsara el disparador, las llamas se apoderaron del periódico que el artista tenía delante y él lo soltó lanzando un alarido de asombro. Berenice, que me había estado observando con unos ojos como platos mientras se tapaba la boca con la mano derecha, avanzó chillando hasta el periódico en llamas y empezó a pisotearlo. Yo la ayudé y tardamos unos segundos en sofocarlas sobre el suelo de terrazo.

Esperaba que Debierue se enfureciera, pero solo se mostró aturdido.

—¿Por qué ha quemado el periódico? —me preguntó con serenidad—. No lo entiendo —dijo mientras observaba desconcertado cómo los pedazos carbonizados, atrapados por la suave brisa que se colaba a través de la puerta de celosía, revoloteaban sobre el suelo limpio.

—Espere —le pedí con el dedo índice levantado y sonriente—. Deme diez segundos y verá la fotografía.

Aunque el nerviosismo me volvía torpe, con calma y cuidado, levanté la tira del papel especial que activaría el revelado, y en lugar de calcularlo a ojo, seguí el segundero de mi reloj de pulsera y dejé que el revelador actuara exactamente doce segundos.

Curioso como un niño, el anciano artista pegó su hombro al mío mientras yo abría la trasera de la cámara para sacar la impresión. Cuando puse la foto boca arriba sobre la barra, su carcajada histérica me sobresaltó.

—¡No la toque! —exclamé con rotundidad, apartando la impresión del alcance de sus dedos impacientes—. Primero tengo que imprimarla.

Coloqué la fotografía al borde de la encimera y le di ocho pasadas precisas con el pringoso imprimador. Era la mejor foto, la más extraordinaria sin duda, que había tomado jamás. Perfectamente centrado, el anciano lucía su sabia y hermosa sonrisa contagiosa. Parecía estar leyendo los anuncios por palabras del *Herald* como si nada lo preocupara en el mundo. Su rostro transmitía pura serenidad, y las profundas arrugas de su cara aparecían nítidas, bien definidas, negras como la tinta china. Cuando disparé la foto, él aún no había reparado en que el periódico estaba ardiendo, pero viendo el diario nadie lo sabría jamás. Toda la mitad inferior ardía con furia. Ningún modelo profesional podría haber posado a sabiendas de que el diario estaba en llamas sin que se notase en su rostro una pizca de angustia, pero el anciano, con sus piernas delgadas visibles bajo las llamas, su semblante inocente y su maravillosa sonrisa brillando a través de su suave barba blanca parecía tan relajado como si hubiera pasado una noche tranquila en unos baños turcos.

Debierue me observaba mientras imprimaba la fotografía, pero no paraba de intentar cogerla, impaciente. Yo la protegía con el brazo para que secara bien.

—Déjeme verla —me dijo con un tono pueril.

—Si la toca ahora —le expliqué con paciencia—, dejará las marcas de sus huellas dactilares en la superficie y la estropeará.

—Muy bien, monsieur Figueras —me dijo amablemente—. Quiero esa foto. ¡Es lo más surrealista que he visto en mi vida!

Estaba tan entusiasmado como yo.

—Y se la voy a dar, por supuesto —le dije contento—. De hecho, cuando vuelva a Nueva York, si quiere, le enviaré cincuenta copias de la fotografía y mandaré una a todos los amigos de su lista de correo.

3

Cuando Debierue me concedió permiso para quedarme la fotografía y publicarla, corrí hasta el coche para coger uno de los impresos estándar de cesión de nuestra revista que guardaba en la guantera. El impreso de multicopista (en las revistas de gran tirada los imprimen en serie) es un simple acuerdo entre el sujeto y la revista para formalizar legalmente la publicación y proteger a una parte de la otra. No hay nada turbio en la firma de la cesión de una fotografía. Debierue entendía el inglés escrito, como es lógico, pero la jerigonza legal en que estaba redactado me obligó a explicarle el condenado papelote con detalle para que accediera a firmarlo. Debierue no era estúpido ni terco. Creía ingenuamente que bastaba con su consentimiento verbal.

Gracias a aquella discusión, la cena estuvo lista antes de que nos diéramos cuenta. Se me olvidó mirar el reloj, y fue Berenice quien oyó y reconoció el leve zumbido del temporizador del horno en la cocina.

Hacía una temperatura casi agradable en el porche. Se había levantado un poco de brisa y, aunque el aire era caliente, se estaba relativamente a gusto al atardecer, sentados a la mesita plegable iluminada por velas, cenando aquellos tristes platos precocinados de marca blanca.

Los había comprado la criada negra que iba todos los miércoles a ocuparse de la colada del anciano y a hacerle la complicada limpieza. También le llevaba el resto de la comida de la semana. Seguramente, al elegir aquellos platos precocinados baratos, aprovechaba para sisarle dinero de la compra. No se lo dije, pero sí le hablé de marcas, de que eso de las marcas era un cuento, y le hice una breve lista de productos congelados decentes en los que podía confiar. No sé por qué, tenía la idea equivocada de que los alimentos congelados eran mejores que los frescos.

Berenice empezó a decirle lo contrario sin mucho entusiasmo, pero al verme negar con la cabeza cambió de tema y se puso a hablar de los vinos nacionales. Debierue no confiaba en los vinos californianos, pero yo añadí las marcas de algunos del valle de Napa a la lista de productos congelados y me dijo que los probaría. Aparte de agua del grifo, no bebía otra cosa que zumo de naranja congelado, porque los vinos franceses eran demasiado caros.

La Gold Coast, unos treinta kilómetros hacia el interior, desde Jupiter —en la parte inferior del estado— hasta Cayo Largo, es tropical, no subtropical, como cree mucha gente. El clima tropical se origina como consecuencia de la corriente cálida del golfo, a menos de diez kilómetros de la costa. Hay poca diferencia entre el clima de Miami y el de Saigón. La casa de Debierue, suspendida sobre una ciénaga y con los Everglades por jardín, era insufriblemente húmeda. Después de comerme el plato de pavo tieso, se me quedó la boca pastosa y ningún líquido bastaba para aliviarme la garganta reseca. Me serví otro vaso de zumo de naranja (el cuarto), y al hacerlo, percibí cierta angustia o impaciencia repentinas en el anciano. Como me invitan a cenar a menudo, he desarrollado un instinto para detectar cuándo sobro.

El cielo se había oscurecido, pasando de azul violáceo a violeta de genciana, y eran poco más de las seis y media. Demasiado temprano para que se fuera a la cama, pero hasta Berenice, que no era particularmente observadora, reparó en el desasosiego del anciano pintor. Me hizo un guiño desde el otro lado de la mesa, se dio con el dedo unos significativos golpecitos en la muñeca y se encogió de hombros de forma breve y cómica. Asentí con la cabeza y retiré mi silla de la mesa.

—Ha sido un placer, monsieur Debierue, la cena a la luz de las velas —mentí por cortesía—, pero tengo otro compromiso en Palm Beach esta noche y debemos regresar.

—Por supuesto —contestó y se puso de pie—, pero quédense donde están un momento. Ya debería haberme arreglado, ¿saben? Voy al cine esta noche. Voy todas las noches —añadió, como si eso lo explicara todo— y tengo que cambiarme de ropa.

—¿Al cine? —pregunté tontamente.

Se le iluminó la cara y se frotó las manos enérgicamente.

—Ah, sí, a lo mejor no lo han visto, el cine al aire libre... —dijo señalando vagamente hacia donde estaba—. Esta noche ponen tres largometrajes, dos películas de los Bowery Boys y una de un hombre lobo.

Y antes de esas, de las películas normales, siempre ponen dos, y a veces tres, cortos de dibujos animados. El primer largometraje de hoy es *The Bowery Boys Meet Frankenstein*, un capricho muy especial, ¿no les parece? Y si fueran tan amables de llevarme en coche...

—Por supuesto —dije entusiasmado—, será un placer llevarlo en el coche.

—Lo más gracioso fue mi total ignorancia al respecto —dijo Debierue, riéndose al recordarlo—. Cuando llegué aquí y fui a dar un paseo por la noche, vi que los automóviles se metían en el cine al aire libre. No conocía la costumbre estadounidense y pensé que había que tener coche para entrar. En mi vida había visto un cine de esos, y me dije: «¿Por qué no preguntarle al gerente si me daría permiso para ir?». Así que hablé con el gerente, monsieur Albert Price. Lo arregló para que pudiera ir y me dio la tarjeta de socio de la tercera edad —dijo Debierue, y sacó torpemente la cartera del bolsillo de la cadera, extrajo la tarjeta con un descuento del quince por ciento en la compra de entradas y nos la enseñó orgulloso. Estaba a nombre de Eugene V. Debs.

—¡Qué bien! —exclamó Berenice, sonriente.

—Monsieur Price es un hombre muy agradable —dijo Debierue, mientras guardaba con cuidado la tarjeta en su fina cartera de piel de becerro—. Hay muy buenas localidades delante del bar. Los padres que van en coche a veces mandan a sus hijos a sentarse en esos asientos, que son también para los clientes que no tienen automóvil, como me explicó monsieur Price. A la derecha de esos asientos está el tobogán de zinc y los pequeños columpios, el parque infantil para los niños que se cansan de mirar la gran pantalla. Me gustan los niños, soy francés, pero en cuanto acaban los dibujos, los pequeños empiezan a armar jaleo. El parquecito está muy bien para los padres que tienen altavoces en sus coches, pero no para mí. El barullo no me deja oír. Monsieur Price y yo ya somos buenos amigos, y él me reserva todas las noches un sitio y unos auriculares. Así solo escucho la película por los auriculares y ya no oigo a los niños.

Sonreí.

—¿Entiende el inglés americano de los Bowery Boys?

—No, no siempre —contestó muy serio—. Pero eso da igual. Esos Bowery Boys son unos cómicos extraordinarios, actores surrealistas, ¿no le parece? Me gusta monsieur Huntz Hall. Es muy gracioso. La semana pasada pusieron en una misma noche las tres películas de la pareja burguesa y su nuevo hogar, papá y mamá Kettle. Me encantan. Y también John Wayne.

¡Uyuyuy, es un tipo duro, ¿eh?! —dijo, sacudiendo los dedos como si se los hubiera achicharrado con el horno caliente.

—Sí, señor, desde luego que lo es. Pero me ha vuelto a sorprender, monsieur Debierue. No tenía ni idea de que fuera aficionado al cine.

—Es agradable ir al cine por las noches —dijo con indiferencia—. Y también me gusta el cucurucho de helado de uva. ¿Le gustan a usted, monsieur Figueras, los helados de uva?

—Hace mucho que no me tomo uno.

—Buenísimo. Quince centavos en el quiosco.

—Tiene un paseíto para ir y volver todas las noches, monsieur Debierue. Y, en cualquier caso, si aún no ha visto todas esas películas antiguas, ¿por qué no se compra un televisor? Ponen al menos media docena en la tele todas las noches y...

—No, no es buen consejo —respondió con total franqueza—. Monsieur Price ya me explicó que la televisión es mala para la vista. La pequeña pantalla, me dijo, te da una jaqueca horrible cuando llevas una o dos horas viéndola.

Iba a refutárselo, pero cambié de opinión y, en su lugar, me encendí un cigarrillo. Debierue se excusó y fue a su dormitorio. Yo apagué el cigarrillo en los restos pringosos de la falsa salsa de arándanos del plato precocinado. Tenía la boca demasiado seca para fumar.

—¿Llevas algún tranquilizante en el bolso?

—No, pero tengo Ritalin, creo.

Berenice abrió el bolso y buscó el pastillero.

—Vale y, ya que estás, dame dos Excedrin.

—Solo tengo Bufferin...

Me tomé dos Bufferin y la minúscula pastilla de Ritalin y me las tragué con el zumo de naranja que me quedaba.

—Parece que al final nos vamos a salir con la nuestra —le susurré.

—¿Por qué lo dices?

—¿Tú por qué crees que lo digo?

—No lo sé —contestó mirándome con esa cara de boba que tanto me irritaba.

—Da igual. Luego lo hablamos.

Debierue volvió a los pocos minutos, vestido con su «ropa de ir al cine». Había cambiado el polo de manga corta por una camisa de vestir de manga larga con el cuello y los puños abotonados. Llevaba pantalones de algodón blancos en vez de bermudas y se había subido los calcetines blancos por

encima del bajo y se los había sujetado con pinzas de ciclista. Con las zapatillas deportivas y la boina azul marino, parecía un miembro veterano de un club de tenis exclusivo. En la mano izquierda, llevaba un par de guantes de trabajo de algodón Iron Boy. Era un atuendo peculiar, pero resultaba práctico como uniforme para un hombre decidido a pasar seis horas sentado en un cine al aire libre infestado de mosquitos.

El anciano cerró la puerta de la calle, tiró la llave a un tiesto rojo que contenía una azalea seca y nos siguió hasta el coche. Berenice se sentó en el centro y, mientras yo conducía con cautela por el camino herboso en dirección a la autopista, Debierue y ella hablaron de mosquitos y de la forma de controlarlos. Su queridísimo monsieur Price tenía una máquina pulverizadora de humo en un camión que recorría todo el perímetro del cine antes de que empezaran las películas y de nuevo durante el intermedio, pero el artista tenía que llevarse los guantes porque en el camino de vuelta los mosquitos lo acribillaban. Ella le recomendó un repelente en espray llamado Festrol y a mí me repelió la banalidad de su conversación, pero ahora que Debierue ya no pensaba en otra cosa que no fuesen las películas, era demasiado tarde para que le hiciera unas últimas preguntas sobre su arte.

Me detuve a la entrada del cine, a escasa distancia de la taquilla y le hice una seña a un coche para que pasara. Le di al anciano mi tarjeta de visita con la dirección y el teléfono de la revista en Nueva York, y le dejé caer a modo de despedida que si cambiaba de opinión sobre dejarme ver sus pinturas, podía llamarme a cobro revertido en cualquier momento. Asintió impaciente con la cabeza y, sin mirar la tarjeta, se la metió en el bolsillo de la camisa. Nos dimos la mano, un apretón rápido arriba y abajo, Berenice le dio un beso en la barba y él se bajó del coche. Cuando hube dado la vuelta, el anciano ya había desaparecido en la oscuridad del cine. Mientras giraba hacia la autopista, la música y la carcajada histérica del Pájaro Loco llenaron de pronto la noche. Berenice suspiró.

—¿Qué pasa?

—Nada, estaba pensando —dijo— que lo hemos entretenido demasiado y ahora tendrá que esperar al intermedio para tomarse el cucurucho de helado de uva.

—Sí, qué crueldad.

4

Enfilé el camino privado de la casa de Debierue, detuve el coche y apagué las luces. Adelantándome a los posibles reproches de Berenice, me volví hacia ella y le dije:

—Antes de que digas nada, te lo voy a contar. Luego, si tienes preguntas, hazlas. Voy a entrar a echar un vistazo a las pinturas de Debierue. Ha dicho que tenía algunas, y ahora que sé que hay cuadros en su estudio, no puedo volver sin uno para el señor Cassidy.

—¿Por qué no? Cassidy no sabe si ha pintado algo.

—Hice un trato con él y, aunque decida no llevarme ninguna, cosa que dudo, quiero verlas con mis propios ojos. Si no entiendes eso, es que no me conoces bien.

—Lo entiendo, pero es peligroso...

—Con Debierue en el cine no corremos ningún peligro. Ha dejado caer la llave en un tiesto del porche. Tú también lo has visto, ¿no?

—Pero el estudio sigue estando cerrado con candado y...

—No quiero involucrarte más de lo que ya estás, pero sí quiero que te quedes aquí, junto a la autopista, por si acaso. Debierue podría caer en la cuenta de dónde ha dejado la llave y volver a por ella. No creo que lo haga, pero si lo hace, puedes venir corriendo a avisarme y saldremos disparados de aquí, ¿vale?

—¡No me voy a quedar plantada yo sola en la oscuridad! ¡Me da miedo, hay muchísimos mosquitos y además quiero ir contigo!

—Estamos perdiendo el tiempo. Una cosa es que yo cometa un delito de allanamiento de morada y otra que lo cometas tú, que eres profesora. No hay nada que temer, siento lo de los mosquitos, pero si de verdad te da miedo, te llevo a una gasolinera de la autopista. Te puedes encerrar en el

baño de señoras hasta que vuelva a buscarte.

—No quiero encerrarme en...

—Baja del coche. Quiero acabar con esto de una vez.

—Déjame tus cigarrillos.

Le di la cajetilla que tenía empezada, no la entera, y bajó, resignada al fin.

—¿Cuánto vas a tardar?

—No lo sé. Depende de cuántas pinturas tenga que ver.

—No lo hagas, James. ¡Por favor, no lo hagas!

—¿Por qué, por el amor de Dios?

—¡Porque Debierue no quiere que lo hagas, por eso!

—Eso no es un motivo.

—A lo mejor... a lo mejor no me encuentras aquí cuando vuelvas, James.

—¡Estupendo! Así, si me pillan, podré decir que no estabas conmigo esta noche y no te meterás en líos.

Con las luces apagadas, deslicé el coche por el camino, pero volví a encenderlas en cuanto me hube adentrado en el bosquecillo de pinos y tomé la primera curva. No tenía una buena razón para no llevarme a Berenice, salvo que no quería dejarla sola. Es decir, no tenía una razón lógica. Me había dado mucha pena verla allí plantada en la hierba alta junto al camino. Quizá pensé que sería un estorbo o que no pararía de hablar en todo el rato. Algo... Debió de ser algo en mi subconsciente que me advirtió de lo que iba a encontrar. Tan pronto como aparqué delante de la casa pensé por un instante en volver a buscarla. Por fin bajé del coche, pero dejé las luces encendidas.

Como la lluvia había limpiado el aire, las pocas estrellas visibles parecían encontrarse a años luz de donde solían estar en el firmamento. Aún no había luna y la noche era oscurísima. En la ciénaga de detrás de la casa, un caimán solitario rugió de forma erótica. ¡Qué lugar tan miserable y solitario para que viviera un artista! Menos mal que tenía un sitio al que ir todas las noches, y no solo por lo fácil que era entrar en la casa. Si yo tuviera que vivir allí solo, también estaría deseando ver a los Bowery Boys y tres cortos de dibujos animados en color.

Era evidente que Debierue escondía siempre la llave, una forma de evitar perderla en su camino de ida y vuelta al cine. Dudaba de que se le pasara por la cabeza que yo pudiera volver a su casa vacía para hacer un uso ilegal de la llave, pero no tenía la certeza. Mis remordimientos, si es

que los tenía, eran escasos. No me sentía más culpable que un ladrón profesional. El ladrón debe ganarse la vida y, para robar, primero debe asaltar la vivienda cerrada con llave donde se encuentran a salvo los objetos que quiere robar. Yo no quería hacerle ningún daño al anciano artista. Cualquier cuadro que me llevara, y solo me iba a llevar uno, Debierue podía volver a pintarlo. Y salvo las imágenes de sus pinturas que quedaran grabadas en mi memoria, y algunas fotos, no iba a llevarme nada más. No había razón alguna para sentirse culpable.

Así que no entendía la sequedad de mi boca, el éxtasis sordo de mi circulación sanguínea, la tensión de los músculos que rodeaban mi estómago y el visible aumento de mi ritmo respiratorio. Aquellos signos de ansiedad eran absurdos. El anciano estaba sentado en un cine al aire libre con los oídos tapados por unos auriculares y, aunque me sorprendiera en su casa, lo peor que podía pasar sería que se mostrase consternado. No iba a causarme ningún daño físico, y me extrañaría que me denunciase a la policía. Pero yo era novato. Nunca había entrado en casa de nadie, por lo que supuse que mi ansiedad era fruto de la idea melodramática de que me había embarcado en una aventura romántica. Sin embargo, después de girar la llave en la cerradura y dejar que la puerta de la casa se abriera hacia el interior, tuve que reunir una buena dosis de valor para obligarme a pulsar el interruptor de la luz del salón.

La luz que salía de la ventana bastó para iluminarme el camino de vuelta al coche. Apagué las luces del vehículo y volví corriendo a la casa con una llave de ruedas y un martillo que cogí del maletero. Luego resultó que aquellas herramientas eran innecesarias.

El único impedimento para acceder al estudio era el recio candado. Una vez roto, nada impediría que Debierue supiera que yo había vuelto. Pero si el artista temía perder la llave de la casa, parecía probable que tampoco se hubiera llevado al cine la del candado.

Encendiendo las luces según buscaba, realicé un examen rápido e infructuoso de la cocina y pasé al dormitorio. Encima de la cómoda había dos llaves juntas, sujetas por un trozo pequeño de alambre retorcido, idénticas y a plena vista. Abrí el candado, la puerta del estudio y pulsé la fila de interruptores de la pared. Tras un parpadeo de un blanco azulado, la estancia en forma de caja, sin ventanas, se iluminó con un brillo gélido e intenso. Sobre mi cabeza había una docena de tubos fluorescentes en juegos paralelos de tres (dos de color blanco azulado y uno amarillo) a ras del techo. Bajo aquella luz fría, lo primero que observé fueron los parches

de ladrillo con los que habían tapiado las dos ventanas, a pesar de la nueva capa de esmalte blanco que recubría las paredes.

Parpadeé para acostumbrarme al intenso resplandor del techo y cerré la puerta. Mi alborotado corazón estaba preparado para el impacto de lo insólito, de lo único, para lo milagroso del arte visual, pero donde esperaba hallar vino y peces, ni siquiera encontré pan y agua.

Había lienzos, al menos una veintena, y todos aquellos lienzos inmaculados eran del mismo tamaño: sesenta por setenta y seis centímetros. Estaban apilados en bastidores de plástico blanco, pegados a la pared occidental. Los bastidores eran los típicos que suelen encontrarse en las tiendas de materiales de dibujo y pintura. Examiné todos y cada uno de aquellos lienzos blancos resplandecientes. En ninguno había el menor rastro de pintura o carboncillo.

En el rincón sudoccidental del estudio, había un escritorio nuevo de color plomizo con una silla Naugahyde, a juego, acolchada, de color gris claro. Sobre el escritorio había un frasco de fruta lleno de lápices afilados y bolígrafos, un pisapapeles cuadrado de cristal (algo exagerado) que sujetaba una cuantas cartas y un precioso calendario de mesa (un *Almanacco Artistico Italiano* de brillantes colores, de Alfieri & Lacroix, Milán). Leí sin el menor reparo las dos cartas que sujetaba el pisapapeles. Una era de un servicio de recopilación de prensa escrita parisino informándole de que el nombre de Debierue se había mencionado dos veces en el prólogo de una nueva colección pictórica de historia del arte, pero que, como el volumen ilustrado era bastante caro, el director había escrito a la editorial y había solicitado un ejemplar gratuito para Debierue. Se lo enviaría en cuanto lo recibiera, si lo recibía. Había un recorte de prensa del *Paris Soir*, una reseña sin firmar de una exposición retrospectiva de Man Ray en París en la que se mencionaba a Debierue junto con otra decena de artistas en un listado de dadaístas que habían conocido a Man Ray en los años veinte.

Debierue había contestado al director del servicio de recortes con un escrito ininteligible en letra cursiva, tan microscópica y apiñada que debía de haberlo redactado con la ayuda del pisapapeles de cristal. Simplemente le decía al director que no le enviara el libro si conseguía un ejemplar gratuito, y que, en caso de no conseguirlo, tampoco lo comprara. El apellido del artista, tal como aparecía allí (las diminutas minúsculas, de «e» a «e» contenidas todas dentro de una enorme «D»), no era una fórmula de cortesía. Debierue tenía una firma única. Doblé la carta y me la guardé en

el bolsillo de la pechera de la chaqueta.

Curioseé en los cajones abiertos del escritorio, pero no encontré nada más que me llamara la atención, salvo un álbum de recortes. El álbum, de veinte por treinta centímetros, encuadernado en cartón gris, no estaba ni siquiera medio lleno, y del primer recorte al último cubría un período de dieciocho meses. Casi todos los recortes iniciales eran noticias sobre el incendio que había asolado su villa, relatos similares de numerosos periódicos distintos. Los recortes más recientes eran más breves, como la mención de su nombre en la reseña sobre Man Ray. El contenido de los otros cajones era el que cabía esperar: papel de carta y sobres, sellos, pegamento, carpetas de cartulina marrón... Tal vez resultaba inusual por el orden meticuloso que reinaba en su interior y que normalmente no asociaríamos con los cajones de un escritorio.

Junto al escritorio, había una librería de nogal de imitación con dos estantes que albergaba una treintena de libros. Casi todos eran de bolsillo, cinco novelas policíacas de la Série Noire, tres de Simenon y dos de Chester Himes, los *Pensamientos* de Pascal, *De Caligari a Hitler*, *Jean-Luc Godard por Jean-Luc Godard*, un ejemplar firmado del *Proust* de Samuel Beckett y varias novelas de bolsillo de autores franceses de los que nunca había oído hablar. Los libros en cartoné estaban todos muy desgastados: un diccionario francés-inglés y otro francés-alemán de gran formato, un ejemplar destrozado de *Heidi* (en alemán), una edición en estuche de dos volúmenes de *El mundo como voluntad y representación* (también en alemán), *Las flores del mal* y un ejemplar firmado de *Debierue*, de August Hauptmann. Resistí la tentación de robarle el ejemplar firmado del *Proust* de Beckett, la única obra de la pequeña librería que codiciaba, y anoté rápidamente en mi cuaderno todos los títulos.

Además de los libros, dispuestos a lo largo de la pared había varios montones bien organizados de revistas de arte, como *Fine Arts: The Americas*, todas ellas por orden cronológico con los números más recientes en la parte superior de cada montón. Se me pasó por la cabeza hojear aquellas revistas en busca de dibujos, pero habría sido absurdo que Debierue, con lo ordenado que era, ocultase bocetos entre sus páginas.

En el centro del estudio había una mesa de trabajo (una antigua mesa rústica de esas que llaman Early American Harvest en los catálogos de muebles); albergaba, de forma un tanto quisquillosa, un frasco de barro con varios pinceles de pelo de camello nuevos de diversos largos y anchos, cuatro haces de carboncillos sujetos con gomas, cuatro latas de un litro de

aceite de linaza y cuatro latas de un litro de aguarrás, todas sin abrir, y una larga fila de tubos gigantes de pintura al óleo de casi todos los tonos y colores del espectro conocido.

Había por lo menos un centenar de tubos de pintura de colores, y tres de blanco de zinc. Ninguno de los tubos se había abierto o apretado. Había un trozo cuadrado de cristal transparente, de treinta por treinta centímetros, una paleta de roble ahumado, un par de guantes blancos (talla grande), una regla de latón de treinta centímetros, una espátula, una caja sin abrir de lápices de colores variados y una pila prensada de paños blancos limpios. Había otros materiales de pintura sin usar, pero aquella mesa perfectamente organizada impactaba de forma particular porque parecía el expositor de una feria de productos de bellas artes.

Además de la mesa, había un caballete de madera sin pintar y un taburete alto de cocina pintado con esmalte blanco. Sobre el caballete, un lienzo de sesenta por setenta y seis centímetros sin tocar. Desconcertado y con una sensación de náusea en la boca del estómago, me subí al asiento situado frente al caballete y me encendí un pitillo. Un único filamento plateado, un hilo suelto de tela de araña que brillaba bajo la intensa luz de los fluorescentes que inundaba la estancia, colgaba de la esquina inferior derecha del lienzo hasta el suelo. No había rastro de la araña que había dejado aquella prueba de su paso.

Me sentía tan aturdido que mi mente no era capaz de procesar otro movimiento que no fuera el de un giro casi automático sobre mi propio eje. Ni reí ni lloré. Durante unos minutos fui incapaz de concebir ningún pensamiento coherente, hasta que el cigarrillo me quemó los dedos, e incluso entonces recuerdo que me lo quedé mirando como un imbécil durante un segundo o así, antes de tirarlo al suelo.

Tengo grabado en la memoria con absoluta nitidez el estudio asépticamente desolado de Debierue, como si aún estuviera sentado en aquel duro taburete metálico.

Pensaba que iba a encontrar algo, pero no que no encontraría nada.

Pensaba que iba a encontrar apenas algo, pero no que no encontraría nada.

Mi cabeza, preparada para presenciar y valorar, no era capaz de deshacer su disposición para la percepción y aceptar toda aquella frustrada preparación para la pintura con la que se había encontrado.

Lo que había allí era una nada de gran calibre, una nada de tan honda desesperación que no se me podía absolver de mi responsabilidad estética

(una nada sin esperanza, una nada de nada) y, sin embargo, ante mis ojos también se hallaba la prueba de una dedicación a la expresión artística tan inexorablemente vasta en sus implicaciones que mi mente, al menos al principio, se negaba en redondo a aceptar la evidencia.

Debía encontrarle un sentido.

La relación sinecdóquica entre el lugar y la persona era innegable. Todo artista tiene su estudio; Debierue tenía un estudio; Debierue era un artista.

Allí, con total disponibilidad de ánimo, Debierue se sentaba a diario, preparándose infructuosamente para ejecutar una pintura que jamás pintaría, a la espera de aventuras pictóricas que nunca tendrían lugar. A la espera; con asombrosa paciencia, esperaba que se materializara una idea, una sola idea que pudiera transferir al lienzo ya a punto... Pero no se le ocurría ninguna. Nunca.

Debierue trabajaba cuatro horas diarias, según dijo, lo cual significaba que se sentaba en aquel taburete a contemplar un lienzo en blanco desde las ocho de la mañana hasta mediodía, todos los días, siete días a la semana, esperando que se le ocurriera una idea, ¡absolutamente todos los días! En ese preciso instante supe, pese a todas las pruebas documentales publicadas en contra, que no solo sufría lo que se conoce como un período de sequía, una incapacidad temporal para pintar desde que se había traslado a Florida. A falta de cualquier otra prueba (mis propios ojos podían dar sobrado testimonio de ello, y a estos cabía sumar mi ejercitada intuición crítica), supe que Jacques Debierue jamás había tenido una sola idea plástica, ¡no había pintado un solo cuadro de ninguna clase en toda su vida!

Debierue era esclavo de la esperanza. Jamás había aceptado el hecho de que no era capaz de pintar un cuadro. Pero se enfrentaba todos los días a la esclavitud de intentar pintar y a su correspondiente fracaso diario. Después de cada día baldío, se sentía destrozado, pero renacía al día siguiente, y cada nuevo amanecer le ofrecía una nueva oportunidad, una nueva ocasión. ¿De dónde sacaba la fuerza de voluntad para afrontar aquella muerte diaria, aquella vana dependencia de la esperanza? Había dedicado su vida a la nada.

La más primitiva nesciencia del ser humano no puede ser siempre negativa, o eso había creído yo siempre. Las formas, todo el espectro de colores, los sonidos que un individuo produce con la boca, los millares de percepciones diarias de la vista y el oído, inundan nuestros sentidos de un momento a otro, consciente e inconscientemente. Y todas esas imágenes y

sonidos (y las sensaciones también, por supuesto) demandan una interpretación artística. Consciente de esa verdad natural, esencial, supe que Debierue, un ser humano sensible e inteligente, debía de haber tenido centenares, no, millares, literalmente, de ideas para pinturas durante los incontables años que llevaba sentándose delante de un lienzo en blanco. Pero no las había expresado, las tenía encerradas en la cabeza, las retenía, privándolas de su representación gráfica por miedo a liberarlas. Temía aprovechar la oportunidad, era incapaz de correr el riesgo, el evidente riesgo de fracasar. Su temor a fracasar no era fruto de una preocupación por lo que otros pudieran pensar de su trabajo, sino del miedo a lo que él, Debierue, el artista, pudiese opinar de su obra terminada. Porque en el momento en que un artista se exprese y fracase, o se entregue mediante la acción a un acto de expresión personal y caiga en la cuenta de que no lo ha logrado, de que no lo ha podido conseguir, y de que jamás será capaz de plasmar en el lienzo lo que ve con claridad en su cabeza, tendrá la certeza absoluta de que es un artista fracasado.

Así pues, ¿por qué iba a pintar? Es más, ¿cómo podía pintar?

¿Cuántas veces Debierue se habría inclinado hacia delante y habría acercado tímidamente la mano a un lienzo resplandeciente con un frágil trozo de carboncillo entre sus dedos temblorosos? ¿Cuántas veces lo habría intentado (incluso con la obra maestra terminada, barnizada, luminosa, refulgiendo en la pared del museo de su mente febril) y habría detenido la mano en el ultimísimo instante, con la punta del carboncillo a escasos milímetros del lienzo virgen?

«¡Nonono! ¡Aún no!».

El mensaje repentinamente desatado por el miedo recorrería las neuronas motoras de su brazo extendido (enlazando sinapsis) y, justo a tiempo, siempre en el último instante, la mano temblorosa retrocedería. El lienzo virgen, a salvo un día más, seguiría permaneciendo inmaculado.

Se habría superado otro día, otra mañana de logro no comprometido, no puesto a prueba, pero ¿de qué servía? ¿Qué importaba, a mediodía, que hubiera demorado, pospuesto hasta el día siguiente, retrasado la ejecución de la débil idea que había tenido hoy cuando mañana tendría una mucho mejor? Si hoy no podía demostrarse que era capaz de pintar la imagen que tenía en mente, o que no era capaz de hacerlo, al menos le quedaría una pizca de sosiego. Y de esperanza.

La fe en sus aptitudes aún por demostrar le proporcionaba un *continuum*.

¿Por qué no? ¿No lo estaba intentando? Sí. ¿No era un artista entregado? Sí. ¿No incluía en su calendario de trabajo todos los días de la semana? Sí. ¿No era fiel al esfuerzo sostenido, a la concentración mental devota y dolorosa, a la agonía de la creación? Sí, sí y, de nuevo, sí.

¿Y quién sabía? ¿Quién sabe? Ese día podía llegar pronto, ¡quizá mañana! ¡Ese día luminoso en que se le ocurriera una idea para una pintura que fuera tan poderosa, tan formidable en su alcance y en su concepción, que su pincel cargado de pigmento no pudiera apartarse del lienzo! Entonces, atacaría por fin, y nacería una obra maestra de la pintura, sería alumbrada, creada, ¡una obra que viviría para siempre en el corazón de la humanidad!

A lo largo de nuestra existencia, nos protegemos de incontables verdades dolorosas cegándonos un poco aquí, ignorando ese algo que intenta llamar nuestra atención en los límites de nuestra visión periférica, siendo un poco cortos de vista allá, dándonos un poquitín más de prisa de lo necesario en aceptar la solución más fácil y frunciendo los ojos ante la deslumbrante luz que nos llega a todas horas. Emerson escribió una vez que hasta un cadáver es hermoso si lo iluminamos suficientemente.

Pero eso es una estupidez.

Demasiada luz conduce a una verdad insoportable, y una luz demasiado veraz abrasa los ojos del individuo y le produce una ceguera silenciosa. El ciego solo puede oler la mierda de su vida, y lo que oyen sus oídos son corrupciones cacofónicas. Sin visión, la terrible belleza de la vida desaparece irreversiblemente. ¡Se esfuma!

Y al pensar en las visiones perdidas de Debierue, que nunca aparecerían en un lienzo para regocijo de mis ojos, unas lágrimas abrasadoras corrieron por mis mejillas.

TERCERA PARTE

SI ALGO FUERA COMPRENSIBLE, SERÍA INCOMUNICABLE

1

Me tomé mi tiempo.

Lo que tenía que hacer debía hacerse bien o no hacerse. Una vez lo decidí, aunque mi preocupación por Berenice (que me esperaba aterrada en medio de la hierba alta del arcén de la autopista) no disminuía, habría sido imprudente precipitarme. Quizá podría haber pasado por alto algo importante.

Busqué en la cocina cuerda y papel de envolver, pero no había. Encontré periódicos, pero habría resultado raro envolver un lienzo en papel de periódico sin disponer de un cordel con que atar el bulto. Debajo del fregadero vi varias bolsas grandes de papel marrón, de la compra, y me llevé una al estudio para meter en ella los materiales que iba a necesitar. Agarré una sábana limpia del armario de la ropa de cama del pasillo y la usé para envolver uno de los lienzos con el bastidor de plástico. Luego guardé en la bolsa de papel varios pinceles de pelo de camello, una lata de aguarrás, otra de aceite de linaza y media docena de tubos de pintura al óleo. Con rojo de cadmio, amarillo de cromo, azul de Prusia y blanco de zinc podía conseguir casi cualquier color que quisiera (eso sí que lo había aprendido en mi primer curso de pintura al óleo: otra cosa no, pero el tirano del profesor nos enseñó a mezclar colores primarios). Añadí a los anteriores unos tubos de siena tostada y negro de humo porque eran útiles para los tonos de piel en caso de que formara parte de la composición alguna figura humana (aún no tenía en mente ninguna idea, solo flotaban libremente por mi cabeza remolinos nebulosos de múltiples colores). La espátula también podría ser de utilidad, así que la metí en la bolsa, pero no me llevé la carísima paleta. Era demasiado exquisita y podría rastrearse, y no quería que me sorprendieran con ella en mi poder.

Aquellos materiales de pintura podían comprarse en cualquier parte, por supuesto, igual que el lienzo de setenta y seis por sesenta centímetros, pero necesitaba los de Debierue por si alguna vez se ponía en tela de juicio la autenticidad de la obra. El señor Cassidy, que se lo había comprado todo a Debierue, tendría una factura de la tienda con todos los materiales y sus marcas desglosados, al igual que Rex Art. La cabeza me iba a mil, pero estaba lo bastante despejado para caer en la cuenta del escrutinio exhaustivo al que se sometería la pintura cuando se pintara y se expusiera, si es que eso ocurría.

Guardé en el maletero del coche el lienzo envuelto, la bolsa de papel con los materiales y el martillo y la llave de ruedas, y volví al estudio.

Tuve problemas con el fuego. El aguarrás es inflamable, muy inflamable, pero no conseguía que prendiera y siguiera ardiendo una vez encendido. Al final tuve que coger lo que quedaba del *Miami Herald*, hacer una pelota con cada página y empaparlas parcialmente con aguarrás para conseguir encender un fuego vivo debajo de la mesa rústica.

No obstante, en cuanto empezó, el fuego ardió estupendamente. Vertí casi toda la última lata de aguarrás en la puerta del estudio y esparcí el resto sobre las llamas de debajo de la mesa. Luego arrojé los lienzos nuevos al fuego y abandoné la habitación de espaldas. Como iba a hacer falta algo de corriente, dejé abiertas la puerta del estudio y la de la casa. Que la casa ardiera o no, era irrelevante. Lo importante era que el estudio quedara destrozado y carbonizado. No quería dejar rastro de ninguna pintura, y los lienzos crepitantes, previamente tratados con blanco de plomo, ardían rápidamente.

Satisfecho, apagué las luces del salón y de la cocina y me subí al coche. Cuando llegué a la autopista y me detuve, Berenice ya no estaba allí. La llamé a gritos dos veces y con un pánico momentáneo. ¿Habría vuelto a Palm Beach haciendo autostop? Si había hecho dedo, cualquier camionero que la hubiera visto habría parado a recogerla. Pero me tranquilicé en cuanto me puse en su lugar, giré hacia el cine al aire libre en vez de girar a la izquierda hacia Palm Beach y me la encontré esperándome en el camino de gravilla que había a la entrada del cine, de pie junto a la marquesina bien iluminada.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó sin alterarse. Estaba demasiado aliviada de verme, feliz de subir de nuevo al coche—. Pensaba que no ibas a volver nunca.

—Perdona, me ha llevado más de lo que pensaba.

—¿Has podido rob... llevarte algún cuadro?

—Sí.

—¿Cómo eran los cuadros?

—Voy a coger la estatal 1, circulan demasiados camiones por la 7.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en echar de menos esa pintura?

—Tengo que volver a Nueva York, Berenice. Esta noche. Así que, en cuanto lleguemos al apartamento, haré las maletas. Tú prácticamente las tienes hechas... Así que puedo dejarte en el aeropuerto. O si lo prefieres, te puedes quedar unos días más. El alquiler está pagado hasta final de mes...

—¡Si te vas a Nueva York, me voy contigo!

—Pero ¿por qué? Has firmado un contrato para todo el curso académico y tienes que volver al trabajo, ¿no? Además, voy a estar ocupado. No tendré tiempo para ti. Primero tengo que escribir el artículo sobre Debierue y el plazo de entrega se me echa encima. Tendré que buscar un lugar donde alojarme. Al hombre que vive en mi casa aún le queda otro mes de subalquiler, ya sabes. Estoy casi sin blanca y voy a tener que pedir dinero prestado y...

—El dinero no es problema, James. Yo tengo casi quinientos dólares en cheques de viaje y más de cinco mil en la cooperativa de crédito. Me voy contigo a Nueva York.

—De acuerdo —dije amargamente—, pero tienes que ayudarme a conducir.

—¡Cuidado con ese coche —chilló—, que solo lleva encendido un faro!

—No me refería a eso. Me refiero a que ocupes mi lugar al volante en el camino de vuelta para que lleguemos antes.

—Sé lo que has querido decir, pero podrías haber pensado que era una moto. Podemos turnarnos cada dos horas.

—No, cambiamos cuando yo me canse.

—Muy bien. ¿Cómo vas a recuperar los veinte dólares?

—¿Qué veinte dólares?

—Los del depósito de la compañía eléctrica. Si nos vamos esta noche, no podrás pedir que te corten la electricidad ni recuperar el depósito.

—Dios, y yo que sé. Puedo pedirle a la dueña que se encargue de ello y me mande el dinero después. De todas formas, me van a descontar lo que les debo. Berenice, por favor, estoy intentando pensar. Tengo demasiadas cosas en la cabeza, no me apetece oír hablar de chorradas domésticas, y esas condenadas incongruencias tuyas hacen que me suba por las paredes.

—Lo siento.

—Yo también. Los dos lo sentimos, pero estate callada.

—De acuerdo. ¡Ya no digo nada más!

—¡Nada más! ¡Por favor!

Berenice tragó saliva, cerró su boca generosa y frunció los labios formando un triste puchero. Miró al frente por el parabrisas y retorció sobre su regazo los guantes que acababa de quitarse. Le había gritado, pero en mi agitación, por algún motivo, le había permitido venir conmigo a Nueva York. Eso era lo último que quería que sucediera. Tardaría dos días, quizá tres, en escribir el artículo sobre Debierue, y tenía que hacer algo con el cuadro del señor Cassidy. No podía encargarle esa tarea a nadie, aunque conocía una decena de pintores en Nueva York que habrían podido plasmar en el lienzo cualquier cosa que les pidiera, y el resultado habría sido profesional.

Pero no podía confiar en nadie. Era algo que tenía que hacer yo mismo, para que encajara en el «período americano» de Debierue. En ese momento acababa de acuñar el título de mi artículo: «Debierue: el Período de la Cosecha Americana». Suponía una mejora considerable con respecto a mi título anterior y la «Cosecha Americana» (la idea debía de habérmela proporcionado la mesa rústica de su estudio) me proporcionaría un trampolín para generar ideas asociativas.

Aun así, seguía estando Berenice y el problema de qué hacer con ella, pero ¿no era preferible que la tuviera conmigo a que la dejara suelta sin más y se enterara del incendio por la prensa o la radio? ¿Cuánto tardarían en informar de lo sucedido? ¿Llamaría Debierue al señor Cassidy para contárselo? Seguramente dependería de la extensión del fuego, pero al pintor solo se le ocurriría contactar con Cassidy y yo confiaba en que el coleccionista tomara la decisión adecuada. Puede que informara a los medios, o puede que no. En primer lugar, querría saber si yo había podido conseguirle un cuadro antes de que se desatara el incendio. Y aunque quizá sospechara que había sido yo quien lo había provocado, no lo sabría con certeza, y le darían exactamente igual las «pinturas» devoradas por las llamas siempre que él tuviera la suya.

Aún disponía de tres horas, o puede que de unas cuatro, para ponerme en contacto con Cassidy antes de que Debierue se enterara del incendio y consiguiera llamarlo.

¿Y Berenice? Sería mejor que la mantuviera a mi lado. Al menos de momento. Una vez en Nueva York, podía instalarla en un hotel unos días hasta que yo terminara lo que tenía que hacer, y después podíamos llegar a

un acuerdo de algún tipo. El mejor acuerdo, ya concretaría los detalles más adelante, sería que ella volviera a Duluth a dar clases hasta las vacaciones de verano. De esa forma podríamos reflexionar sobre lo que verdaderamente sentíamos el uno por el otro, a una distancia prudencial, sin que interfiriera la pasión, y si a los dos nos parecía que seguíamos queriéndonos, de verdad, y que nuestra aventura no era solo algo físico, bueno, entonces podríamos acordar alguna forma de convivencia para cuando nos viéramos en Nueva York, o donde fuera, durante sus dos meses de vacaciones de verano.

Aquella era una idea que podía venderle, decidí, pero hasta que no encontrara el momento propicio para proponérselo, podía quedarse conmigo. Si intentaba librarme de ella inmediatamente, nos pasaríamos horas discutiendo y, la verdad, yo no podía perder el tiempo con polémicas cuando tenía que centrar todas mis facultades en Debierue, en su período de la «Cosecha Americana», en su pintura y en lo que iba a escribir acerca del artista.

Enfilé el puente de Lake Worth para tomar la A1A y entrar en Palm Beach por el extremo sur de la isla, y Berenice se revolvió de pronto en el asiento.

—¿Sabes que llevamos más de cuarenta y cinco minutos en el coche y no has dicho una sola palabra?

—Baja un poquito tu ventanilla, cariño, para que corra más aire —le dije.

—¡Uy! —Bajó la ventanilla un poco—. Eres el hombre más exasperante que he conocido en mi vida y, si no te quisiera tanto, ¡te lo diría!

Como dejamos la comida en el frigorífico y los alimentos de primera necesidad y las conservas en los estantes, no tardamos mucho en recoger nuestras cosas. Guardé la ropa limpia en la maleta pequeña, y la sucia, que constituía el grueso de mis pertenencias, fue toda a la grande, con los trajes, los pantalones de vestir y las chaquetas. Mientras Berenice echaba un vistazo por si nos habíamos dejado algo, llevé mis maletas y la máquina de escribir al coche y las tiré al asiento de atrás.

Cuando volvía a por el equipaje de Berenice, me detuve en el piso de la casera, le di el recibo del depósito de veinte dólares de la compañía eléctrica y le dije que usara el dinero que sobrase para pagar a alguien que limpiara el apartamento. Empezó a quejarse de que con tan poco dinero no iba a poder pagar a una limpiadora, así que le dije que se quedara con el alquiler que le había pagado por adelantado en vez de devolvérmelo.

—Espero que tenga un buen viaje de vuelta a Nueva York, señor Figueras, y que me mande alguna postal del Spanish Harlem —me dijo.

Era una auténtica bruja, pero ignoré su comentario y volví al apartamento a por Berenice y sus cosas.

Nos detuvimos en la oficina de Western Union de Riviera Beach y mandé dos telegramas. El primero, a mi editor de Nueva York, fue fácil:

RESÉRVAME LAS 5.000 PALABRAS DE MI ARTÍCULO PERSONAL SOBRE DEBIERUE. VOY PARA NY EN COCHE. FIGUERAS.

Aquel telegrama pondría a Tom Russell de los nervios, pero me guardaría el espacio, o desmontaría lo que ya tuviera compuesto para poder publicar una pieza sobre Debierue. Pero la noticia de que tenía escrito un artículo sobre Debierue lo dejaría tan perplejo que no sabría si creerme o no. Y, sin embargo, tendría miedo de no creerme. Le di a la operadora la dirección de su domicilio particular en Long Island y la de la revista en Nueva York, también con instrucciones de transmitirle el mensaje por teléfono antes de entregárselo. La joven me aseguró que lo tendría antes de medianoche, con lo que supe con seguridad que Tom no pegaría ojo. Bueno, yo tampoco.

El cablegrama que le envié a Joseph Cassidy, al Royal Palm Towers, a solo veinte minutos en coche de Riviera Beach y a esas horas de la noche, me resultó más difícil de redactar. Descarté los tres primeros borradores y le mandé lo siguiente, con instrucciones de que no se entregara hasta las ocho de la mañana:

EMERGENCIA. STOP. DEBO PRESENTARME CON URGENCIA EN LA REVISTA DE NY. STOP. ESCRIBIRÉ Y MANDARÉ PINTURA DESDE ALLÍ. FIGUERAS.

El texto era intencionadamente ambiguo. De aquellas palabras no iba a poder deducir si le escribiría para informarle de la «emergencia» o le mandaría una «pintura» desde Nueva York. Como poco, el cablegrama lo haría ser prudente con sus declaraciones a la prensa sobre Debierue y el incendio, aunque estaba convencido de que declararía algo. Sabiendo que él no había provocado el incendio y sin la certeza de que lo hubiera provocado yo, Debierue se pondría en contacto con Cassidy. Si el artista sospechaba que el incendio era obra de unos vándalos, le daría miedo quedarse en aquel lugar apartado, aunque el resto de la casa apenas hubiera sufrido daños.

Berenice, contenta de haberse salido con la suya, se quedó sentada en el

coche mientras yo mandaba los telegramas y, excepto cuando tarareaba o cantaba fragmentos de temas de Rodgers y Hart, su conversación se limitó a recordarme de vez en cuando que apagara las luces o que volviera a encenderlas. Como iba rumiando lo que escribiría y cómo lo escribiría, sobre todo en cuanto enfilamos la recta y aburridísima Sunshine Parkway, necesitaba recordatorios frecuentes acerca de las luces.

Las áreas de descanso, con estaciones de servicio en cada extremo y concesiones de Dobbs House emparedadas entre las gasolineras, se encuentran a distancias irregulares a lo largo de Parkway. Como las distancias son dispares, no era posible parar en todas (a veces un área de descanso estaba a solo cincuenta kilómetros, mientras que la siguiente estaba a cien) y había que tomar una decisión cuando llegaba el momento, por lo general en lo concerniente a las paradas. Berenice siempre iba al lavabo dos veces, una al desembarcar y de nuevo después de que nos tomáramos un café. Yo no protestaba por la demora (al ser hombre, podía haber parado en cualquier punto de la autopista, pero habría sido una locura proponerle algo así a una maestra de pueblo) y, además, las áreas de descanso pronto empezaron a resultarme útiles. Sentado a la barra tomando un café y con un cuaderno delante, organicé mis erráticos pensamientos sobre las pinturas de la «Cosecha Americana» de Debierue en Florida y, al aprovechar todos los altos para escribir las ideas que se me ocurrían, conservé las buenas, eliminé las malas y poco a poco fui construyendo una Gestalt, compleja pero piramidal, del artículo.

Dejé que Berenice condujera entre las áreas de descanso de Fort Pierce y Yeehaw Junction, pero al descubrir que pensaba mejor al volante, la persuadí de que apoyara la cabeza en mi hombro y durmiera un rato con la promesa de que podría conducir toda la mañana siguiente mientras yo dormía. Al amanecer refrescó, pero hacia las nueve, con Berenice al volante, cuando enfilamos la larga y ancha carretera que conducía al centro de Valdosta, supe que debíamos parar.

Si no escribía ya la pieza sobre Debierue, mientras aún tenía las ideas frescas, el artículo sufriría un centenar de metamorfosis en mi cabeza durante el largo trayecto hasta Nueva York. Para entonces estaría cansadísimo, confundido, y sería incapaz de escribir nada. Había algunas referencias, fechas, nombres y demás que tendría que cotejar en casa, pero podía escribir el artículo ya y dejar esos espacios en blanco. Además, Tom Russell querría leerlo en cuanto yo pusiera un pie en la ciudad. También tenía que pintar un cuadro antes de escribir el artículo. Si lo tenía delante y

podía mirarlo (fuera cual fuese el resultado final), sería más fácil describirlo y podría vincularlo de algún modo a las demás obras.

—Berenice —le dije—, vamos a parar aquí, en Valdosta, no en un motel, sino en un hotel del centro, si hay alguno. En un hotel tendremos servicio de habitaciones y dos habitaciones, una para ti y otra...

—¿Por qué dos habitaciones? ¿Por qué no puedo...?

—Sé que lo haces con buena intención, cariño, y que estás calladísima cuando trabajo, pero también sabes lo mucho que me fastidia que vayas andando de puntillas por ahí cuando intento escribir. No voy a tener tiempo de hablar contigo mientras trabajo y, una vez que empiece, no voy a parar hasta que tenga al menos un buen borrador en papel. Duerme una siesta larga, date un buen baño... En los moteles solo hay ducha, ya sabes...Y esta tarde ve a ver una película. Por la noche, si he conseguido avanzar lo suficiente, podemos cenar juntos.

—¿No deberías dormir unas horas primero? Yo he echado alguna cabezada, pero tú no has pegado ojo.

—Me tomaré un par de anfetas. Temo que, si me acuesto, se me vayan las ideas.

Mis argumentos funcionaron por una vez con Berenice. Ya en el centro, paramos frente al maltrecho toldo de la entrada de un hotel de ladrillo de seis plantas, el Valdosta Arms. Le pregunté al anciano portero negro si el hotel tenía aparcamiento.

—Sí, señor —me contestó—. Si va a registrarse, doble aquella esquina con el coche y lo encontrará en los bajos del edificio. Pediré a un botones que lo espere para recogerle el equipaje. —Pasé el brazo por delante de Berenice para darle al anciano dos cuartos de dólar—. Si prefiere aparcarlo fuera, se lo puedo estacionar yo mismo —se ofreció.

—No —dije a la vez que negaba con la cabeza—. Me gusta saber dónde dejo el coche.

Antes de que Berenice pusiera la marcha, el hombre ya avanzaba cojeando camino del interfono que había al otro lado de las puertas giratorias.

Quería saber dónde dejaba el coche porque tenía intención de volver a por el lienzo y los materiales de pintura en cuanto Berenice estuviera instalada. El botones nos esperaba con un carrito de equipaje y lo seguimos hasta el montacargas para subir al vestíbulo.

—Dos individuales, por favor —le dije al recepcionista, un hombre de mediana edad tan aburrido que no se le iluminaron los ojos al mirar a

Berenice.

—¿Tiene reserva, señor?

—No.

—Muy bien. Puedo ofrecerles habitaciones contiguas en la tercera, si lo desea.

—Estupendo —terció Berenice.

—No —repuse yo, sonriendo pero negando con la cabeza—. Las prefiero separadas. Tengo que teclear un rato, hemos estado conduciendo toda la noche y no quiero perturbar su sueño.

—La cinco diez y la cinco cero cinco. La suya estará justo enfrente de la de él, señorita —dijo al volver su rostro inexpresivo para dirigirse a Berenice.

Firmé la tarjeta de registro y, mientras Berenice firmaba la suya, crucé hasta el quiosco de prensa y busqué en el expositor su revista favorita. Como no la encontraba, pregunté a la mujer que estaba al otro lado del cristal si ya no le quedaba ningún *Cosmopolitan*. Hizo una mueca muy seria, alargó la mano debajo del mostrador y, en silencio, dejó un ejemplar de la revista sobre la repisa de cristal. Le di un dólar y abrió la caja registradora para guardarlo (un hombre que compra revistas «difíciles de conseguir» tiene que pagar un poco más). Me reuní con Berenice y el botones junto a los ascensores y subimos a nuestras habitaciones.

Lo primero que hice después de darle una propina al chico y cerrar la puerta fue quitarme el traje. Por las miradas discretas pero indignadas que me habían dedicado en el vestíbulo, así como la mujer del quiosco, el botones y los dos hombres con traje de chaqueta azul marino y corbata estrecha (la cara del recepcionista no se habría inmutado ni aunque yo hubiera ido en calzoncillos), en el centro de Valdosta no se esperaba que un caballero vistiera un traje vaquero. Y no quería que la gente se me quedara mirando cuando bajase al aparcamiento a por mis materiales de pintura. Me puse unos pantalones de pinzas grises, una camisa de seda blanca con una corbata de brocado blanco sobre blanco y una chaqueta deportiva de color lima, la única ropa sin arrugar que tenía.

Tomé el montacargas para bajar y subir de nuevo, y tardé menos de cinco minutos en volver. En la habitación hacía calor y olía a cerrado. Me quedé en ropa interior, puse el aire acondicionado en FRÍO y apoyé el lienzo en el respaldo de una silla recta de esas que tienen listones horizontales. En la mesita de centro había un cenicero verde de cerámica, grande y bastante plano, que me sirvió para mantener el lienzo recto pegado al respaldo y me

hizo las veces de paleta. Puse unos pegotes de pintura azul, amarilla, roja y blanca en el cenicero, abrí las latas de aguarrás y de aceite de linaza, alineé los pinceles en la mesita y miré fijamente el lienzo. A los quince minutos, cogí la otra silla que había junto al escritorio, me senté y miré el lienzo un rato más.

Veinte minutos después, seguía mirando el lienzo en blanco, pero estaba temblando de frío. Giré la ruedecita del aire acondicionado y lo puse en CALOR, y a los quince minutos me estaba asando, tenía la frente empapada y me corría un sudor pegajoso por las axilas que me bajaba por los costados. Apagué el aire acondicionado e intenté abrir la ventana de guillotina. El enorme aparato del aire acondicionado ocupaba la mitad inferior de la ventana y la mitad superior estaba clavada y una pintura roja oxidada tapaba las cabezas de los clavos. Pero había un ventilador en el techo y el interruptor aún funcionaba. El ventilador, con aspas temblonas de sesenta centímetros, empezó a girar despacio en el techo alto. Seguía haciendo calor, así que quité el pestillo de la puerta y la dejé entornada con una de esas cadenitas de las de antes, que se ponían para que no se abriera más de diez centímetros. Desde el pasillo no se veía el interior, y en cuestión de minutos la habitación tenía una temperatura perfecta, con el suficiente aire fresco procedente del pasillo para que el ventilador del techo, lento y con un chirrido que no resultaba del todo desagradable, lo fuera esparciendo por la alcoba.

Una hora más tarde aún estaba a gusto. Me había fumado tres Kool y seguía mirando fijamente el lienzo en blanco. Y entonces, por fin caí en la cuenta de que era incapaz de pintar un Debierue original. Aunque estuviera allí sentado cuatro horas seguidas todos los días...

2

Mis ojos, despiertos y alerta, miraban fijamente el resplandeciente lienzo en blanco, y mi robusto corazón, algo alborotado, aunque de forma inaudible, por el deprimente acelerón de dos insignificantes anfetas, bombeaba sangre voluntarioso hasta mis dedos, aún más voluntariosos. Durante aquellas dos horas perdidas, había olvidado la lección que cabe extraer del presente, aprendida a la fuerza. En esta era que nos ha tocado vivir, la de la especialización, en la que solo podemos calificar a Hugh Hefner o, peor aún, al Marlon Brando de los primeros años como «renacentistas» contemporáneos, había abordado mi problema al revés.

Yo era un escritor limitado, por decisión propia pero limitado, a fin de cuentas, a escribir de arte contemporáneo. A escribir sobre el tema, no a pintarlo. Podía blandir un pincel, por supuesto, con resultados aceptables. Había aprendido a pintar en la universidad, antes de dedicarme a mi verdadera vocación, del mismo modo que un hombre que quiere ser general de brigada y comandar varios escuadrones de las Fuerzas Aéreas debe aprender primero a pilotar un avión. El general no tiene que ser un piloto extraordinario para comandar un grupo de escuadrones, pero se le otorga el puesto porque, como expiloto, o piloto a tiempo parcial, comprende los problemas de vuelo que suelen tener los pilotos a su mando. El sistema no funciona muy bien, claro, porque el hombre que quiere pilotar un avión de las Fuerzas Aéreas y planifica su carrera en consecuencia, rara vez accede a ese puesto con el plan preconcebido de terminar algún día sentado a un escritorio y sin volar apenas. El piloto en activo no vale para general experto en burocracia, porque para volar no hace falta ser un as de la administración, ni saber de letras ni tener dotes de mando.

Yo había aprendido a pintar porque debía conocer los problemas a los que se enfrentan los pintores, y daba clases en la universidad porque, como historiador del arte, eso era lo que tenía que hacer para sobrevivir, pero en el fondo siempre había querido ser crítico, desde el principio, y aunque mi gran pasión era el arte contemporáneo, durante el año que pasé en Europa visité sin mucho entusiasmo el Louvre, Florencia, Roma, y recorrí obedientemente las galerías antiguas, porque sabía que debía examinar el arte del pasado para comprender el del presente.

Era escritor, no pintor, y un escritor obtiene sus ideas de una hoja en blanco, no de un lienzo en blanco. Acerqué la silla al escritorio y a la máquina de escribir, y empecé a teclear enseguida.

Así es como funciona. El pintor contemporáneo aborda su lienzo sin una idea (en la mayoría de los casos), tontea con el carboncillo, experimenta con las líneas y las formas, rellena aquí, puede que use el pulgar para modelar allá, para dar profundidad a una figura que empieza a interesarle, y tarde o temprano ve algo. La pintura se convierte en composición y la termina. El subconsciente toma el mando y la obra terminada puede resultar bien o, la mayoría de las veces, como sucede con la escritura, salir mal. Aun cuando el pintor empieza con una idea de algún tipo, su subconsciente se apodera de la pintura en cuanto empieza a trabajar en ella. Esa misma teoría es aplicable, básicamente, al escritor. Un individuo pinta o escribe tanto consciente como inconscientemente empezando, como mínimo, por unas cuantas anotaciones mentales relevantes.

Así que, en cuanto me senté delante de la máquina de escribir, el artículo empezó a tomar forma. Una idea me condujo enseguida a otra. Fue un trabajo inspirado, porque escribirlo era un deber moral. Mi honor y el de Debierue estaban en juego. Y, sin embargo, pese a que en algunos aspectos resultó fácil de escribir, fue una de las piezas más difíciles que había escrito jamás, por los elementos de ficción que contenía.

Mi talento creativo flaqueó a la hora de describir los cuadros que Debierue no había llegado a pintar, aunque, superado ese bache, fue solo cuestión de interpretar las pinturas, porque podía visualizarlas perfectamente en mi cabeza. Estaba lo bastante familiarizado con el historial de Debierue como para resumir los detalles históricos de sus primeros logros. También fue bastante fácil registrar una versión muy retocada de nuestra conversación, con algunas mejoras para facilitar su comprensión y unos cuantos toques de profundidad para despertar el interés del lector. Quizá todo periodista profesional tenga algo de autor de

ficción.

Mi capacidad imaginativa era lo bastante notable como para describir las pinturas que a mí mismo me habría gustado pintar si hubiera tenido el talento necesario para hacerlo, pero me topé con dificultades intelectuales porque, al principio, pensé que debía describir las pinturas que Debierue quería pintar. Pero aquel era un camino inútil. Yo no iba a ser capaz de ver el mundo como lo veía él. Y era incapaz de vivir en su mundo arcano. Jamás podría materializarlo en forma de arte visual.

El término que había inventado para denominar el llamado período americano de Debierue, la «Cosecha Americana», me proporcionó el vínculo correlativo que necesitaba para visualizar mentalmente pinturas que fuese capaz de describir. Empecé con rojo, blanco y azul, los colores de la noble tricolor francesa y también de nuestra bandera nacional. Viendo esos tres colores en tres paneles distintos, empecé a recolocarlos mentalmente. Uno al lado del otro, en fila, más juntos, más separados, superpuestos, en horizontal y vertical con respecto al suelo, y esparcidos por una sala en tres paredes diferentes. Pero una estancia tiene cuatro paredes. Necesitaba un cuarto panel, no para que hubiera simetría, que eso daba igual, sino para que hubiera variedad, por el bien de un entorno ordenado. Florida. Sol. Naranja. Un sol otoñal para los últimos años de Debierue. Un naranja tostado. Pero no un panel de naranja tostado sin más; eso sería una herejía, porque Debierue, incluso a su avanzada edad, seguía pintando, creando, creciendo. Así que el cuadrado irregular de naranja tostado precisaba un borde lustroso de azul que rodeara el sol moribundo y rebasara los bordes del rectángulo. ¿Un cielo de color azulillo? ¿Un azul cielo? No, ni azul cielo ni azul Raoul Dufy, porque eso significaba usar pintura al óleo de color cobalto y el azul cobalto, con el paso de los años, se vuelve gris azulado. Azul de Prusia con una pizca de blanco de zinc para hacerlo más frío. Además, en ese momento, en aquella habitación de hotel, tenía un tubo entero de azul de Prusia.

¿Textura? ¿Calidad táctil? Poca, en todo caso. Colores uniformes, puros y suaves.

Los cuatro cuadros de setenta y seis por sesenta centímetros eran lo único que Debierue había pintado desde que había llegado a Florida. Las pinturas estaban hechas para su satisfacción estética personal, para disfrutarlas durante los años de cosecha de su estancia en Estados Unidos y, aun así, estaban en consonancia con sus principios de surrealismo nihilista establecidos tradicionalmente.

Todas las mañanas, cuando Debierue se levantaba a las seis, dependiendo del humor con que despertara, colgaba uno de los paneles, rojo, blanco o azul junto al naranja tostado de borde azul, centrado permanentemente, pues era la pintura que representaba al pintor, el yo del pintor. Durante el resto del día, cuando no estaba ocupado planificando otra obra de arte (no revelada al escritor), estudiaba y contemplaba las dos pinturas bilaterales que le recordaban los múltiples «destinos manifiestos» de América, las complejidades de la vida americana en general y su compromiso artístico personal con el Nuevo Mundo.

«¿Se levantaba alguna vez de tan buen humor como para colgar dos o quizá tres paneles a la vez junto al de color naranja tostado?».

«"No", contestó él».

Había tecleado dieciocho páginas y un total de cuatro mil trescientas cuarenta y siete palabras. Una vez establecido firmemente el concepto, podría haber seguido escribiendo otra decena de páginas de comentario interpretativo, pero me obligué a detenerme en aquella negación. ¿No había llegado ya el momento? ¿Acaso toda obra de arte contemporánea tiene que terminar con una afirmación? Joyce, con su colofón de síes en *Ulises*; Beckett, con el «Continuaré» de su trilogía; y esos mil y un obeliscos a modo de falos erectos y esas agujas de iglesias, todos apuntando con optimismo al cielo... Por una vez, solo por una vez, permitamos que prevalezca una negativa.

Mi conclusión no era un afortunado accidente, sino una proclama pertinente y válida de la vida y obra de Debierue. Dejé dos espacios en blanco y le puse un «—30—» a la pieza.

De pronto me sentí cansado. Tenía el cuello y los hombros irritados, y me dolía la espalda. Miré el reloj. Las seis en punto. Se oyó el rugido lastimero de mi estómago vacío. Salvo por las tres veces que había ido al baño, había pasado casi seis horas seguidas delante de la máquina de escribir. Me levanté, me estiré, me masajeé la nuca y di vueltas alrededor de la mesita de centro sacudiendo las manos y los dedos por encima de la cabeza para librarme de la sensación de entumecimiento que tenía en los brazos.

Estaba cansado, pero no tenía sueño. Me sentía eufórico por haber terminado el artículo en tan poco tiempo. Todo había encajado perfectamente y sabía que era un buen artículo. No me había encontrado mejor en toda mi vida.

Suspiré, tapé la Hermes, la coloqué encima de la cama y volví a

sentarme al escritorio para leer y revisar el artículo. Corregí las faltas de ortografía, modifiqué algunas frases e introduje una de transición entre dos párrafos dispares. No quedó bien del todo, así que hice una anotación al margen para acordarme de reescribirlo. Una frase larga y enrevesada con tres signos de punto y coma y dos de dos puntos me hizo reír a carcajadas. Con esa sí que se me había ido la cabeza a toda velocidad. La reduje sin problema a cuatro frases sueltas y claras...

Sonó el teléfono, un timbre potente y ruidoso, pensado para despertar al vendedor ambulante que ha bebido más de la cuenta antes de acostarse. Me levanté de la silla de un brinco.

La voz de Berenice sonaba ronca.

—Tengo hambre.

—¿Y quién no?

—He estado durmiendo.

—Yo he estado trabajando.

—Llevo despierta media hora, pero me da pereza salir de la cama. ¿Por qué no vienes y te acuestas conmigo?

—Por Dios, Berenice, llevo todo el día trabajando y estoy cansadísimo.

—Si comes algo, te encontrarás mejor.

—De acuerdo. Dame una hora y voy para allá.

—¿Pido que nos suban la cena?

—No. Prefiero comer algo caliente y nunca me han servido una comida caliente en una habitación de hotel. Bajaremos al comedor.

—Voy a hacerme las uñas.

—Te veo dentro de una hora. —Colgué el teléfono.

Terminé de leer y revisar lo que había tecleado, metí el manuscrito en un sobre marrón y lo puse a buen recaudo en mi maleta. Solo quedaban unos cambios mínimos por hacer en Nueva York. Únicamente tendría que reescribir dos páginas. Guardé en el armario el lienzo, el cenicero-paleta y el resto de los materiales de pintura. Podía pintar el cuadro después de la cena.

La bañera del cuarto de baño era enorme, de las antiguas, con patas grandes terminadas en garras aferradas a unas bolas metálicas. El agua caliente salía hirviendo, así que aproveché para afeitarme mientras se llenaba la bañera. Como seguía quemando demasiado, añadí un poco de fría para templarla a una temperatura que me resultara soportable. Entré despacio en la bañera humeante del tamaño de una persona hasta sumergirme del todo, salvo la cara, y absorbí el calor. La espalda y los

hombros fueron dejando de dolerme. Terminé con una ducha fría y, una vez vestido, me sentí como si hubiera dormido ocho horas. Llamé al bar, pedí que subieran dos gibsons a la 510, la habitación de Berenice, y estudié el mapa de carreteras que había cogido en la última gasolinera Standard.

Calculé que, después de cenar, podría pintar el cuadro en una hora u hora y media como mucho. Habiendo terminado ya el artículo, era absurdo que pasáramos la noche en un hotel. Yo no tenía sueño y, si conducíamos los dos, podíamos llegar a Nueva York en unas treinta horas. Las ruedas delanteras del viejo automóvil empezaban a vibrar demasiado si pasaba de los noventa por hora, así que unas treinta horas desde Valdosta era un cálculo bastante acertado. Llevaba cuarenta dólares en la cartera y algo de suelto. Con mi tarjeta de crédito de Standard llegaríamos a Nueva York, pero decidí ahorrarme el efectivo. Berenice tenía cheques de viaje y podíamos usar algunos para pagar el hotel. Por mi puerta entreabierta oí al botones llamar con los nudillos a la 510, al otro lado del pasillo. Esperé a que Berenice firmara el recibo y el camarero cogiera el ascensor, crucé el pasillo y llamé a la puerta.

Berenice estaba preciosa con un traje de chaqueta holgado de color azul con rayas de color limón de medio centímetro que formaban cuadritos de línea doble, y los cuatro botones muy juntos de la chaqueta cruzada eran auténticos lapislázulis. Los bajos de los pantalones tenían un diámetro de cuarenta centímetros y solo se le veían los dedos asomando por las sandalias de plataforma. Llevaba al cuello un pañuelo de seda de color cobre. Se había pintado las uñas con esmalte Chen Yu, de ese tono de rojo tan peculiar y decadente que se asemeja a la sangre seca (el rojo más sexi jamás creado, y tan característicamente germánico de los años treinta que Visconti le pidió a Ingrid Thulin que usara ese esmalte en *La caída de los dioses*), y también se había pintado los labios a juego. En las seis semanas que había pasado en Palm Beach, Berenice había aprendido algunas peculiaridades sobre moda, pero la maestra de Duluth no había desaparecido.

Se rio como una boba y señaló la bandeja que había en la mesita de centro.

—¡Se supone que son gibsons!

Había dos botellitas de ginebra Gilbey's y otra de vermut seco Stock (dos décimas de ginebra y una octava de vermut), una jarra de agua con trozos, no cubitos, de hielo y un bol minúsculo con varias cebollitas de cóctel.

Me encogí de hombros.

—No creo que les dejen servir cócteles en este condado de Georgia, aunque el camarero te lo habría preparado si le hubieras dado propina. En realidad —concluí mientras giraba los tapones metálicos de las botellitas de ginebra—, es mejor así. Casi todos los bármanes se exceden con el vermut en los gibsons y prefiero hacérmelo yo.

—Me ha parecido gracioso, nada más —dijo Berenice.

Mientras preparaba los cócteles, intenté idear un plan sencillo y buscar un modo de presentárselo a Berenice para mantenerla alejada de mi habitación hasta que estuviéramos listos para irnos.

—¿Has ido a ver una película esta tarde?

Negó con la cabeza y le dio un sorbo a su cóctel.

—No iría sola al cine ni en mi pueblo, menos aún en una ciudad desconocida. No soy asustadiza, ya lo sabes, James, pero hay cosas que una mujer no debe hacer sola, y esta es una de ellas.

—En cualquier caso, has pasado el día.

—He dormido como un tronco. ¿Cómo va el artículo?

—De eso quería hablarte. Está terminado.

—¿Ya? ¡Eso es estupendo, James!

—Es un buen borrador —reconocí—, pero tendré que rellenar algunos huecos en Nueva York...

—¿Salgo yo? ¿Puedo leerlo?

—No, es un artículo sobre Debierue y su arte, no sobre nosotros. ¿Desde cuándo te interesa la crítica de arte? —Sonreí.

—Desde que conocí al señor Debierue, desde entonces. —Sonrió también—. Es el caballero más agradable y tierno que he conocido jamás.

—Preferiría que esperaras a que tenga el borrador definitivo, si no te importa. Quiero volver a Nueva York cuanto antes para terminarlo. Así que después de cenar, me echaré una siestecita hasta medianoche y luego podemos irnos del hotel y ponernos en marcha. Si nos turnamos al volante, podemos llegar a la ciudad en unas treinta horas.

—No vas a dormir mucho si salimos a medianoche...

—No lo necesito y tú ya has tenido bastante. Después de pasarte el día en la cama, no podrías dormir más, aunque quisieras.

—No voy a discutir, James, pero me preocupas...

—En ese caso, bajemos a cenar para que pueda subir a dormir un poco antes de medianoche.

Durante la cena, Berenice me preguntó si podía ver el cuadro de

Debierue, pero yo la disuadí diciéndole que lo tenía muy bien envuelto en el maletero del coche y que no era buena idea que alguien nos viera examinando un cuadro en el aparcamiento subterráneo. Le recordé, dándole un matiz conspiratorio a mis palabras, que se trataba de una pintura «caliente» y que no queríamos que nadie sospechara de nosotros y nos hiciese preguntas. Tras escuchar mi explicación en forma de velados susurros, asintió muy seria con la cabeza y aceptó.

La cena fue excelente: solomillos al punto, mazorca de maíz, okra y tomates, patatas gratinadas, ensalada de pepino y cebolla, y de postre, un pudin de chocolate coronado por nata montada de verdad, no de la de bote. Yo me lo comí absolutamente todo, incluidos los cuatro bollitos calientes con mantequilla (los dos míos y los de Berenice). Tras una cena tan pesada, me sentí como aletargado, pero después de tomarme dos cafés solos, aunque me notaba demasiado lleno, seguía sin tener sueño.

Firmé la cuenta y anoté el número de mi habitación.

—De tanto comer, me ha entrado sueño —dije.

Cuando salíamos del comedor para cruzar el vestíbulo hacia los ascensores, Berenice me cogió del brazo.

—Para dormir mejor, ¿no te tomarías una última copa... —dijo apretándome el brazo— en mi habitación?

—No —respondí—, y cuando digo que no a una propuesta así, sabes que es porque tengo bastante sueño ya.

Cogí la llave de su habitación, abrí la puerta y le di un beso de buenas noches.

—Pediré que me llamen a las once y media y vendré a avisarte. Procura dormir un poco más.

—Si puedo —contestó— y si no, veré la tele. Dame otro de esos besos de buenas noches...

En mi habitación olía a humedad y a cerrado otra vez, pese a que no había apagado el ventilador del techo. No quería volver a pasar por la rutina de demasiado calor-demasiado frío por culpa de aquel aire acondicionado con bomba de calor incorporada, que tenía demasiadas frigorías para una habitación tan pequeña, así que volví a dejar la puerta entornada y eché la cadenita. Me quedé en calzoncillos y camiseta, saqué del armario los materiales de pintura y me puse manos a la obra con el cuadro.

Preparé el azul de Prusia añadiendo una pizca de blanco de zinc hasta conseguir el tono de un uniforme de las Fuerzas Aéreas. Lo diluí un poco

con aguarrás y di una pincelada en la parte inferior del lienzo. Seguía siendo demasiado oscuro, así que seguí añadiendo blanco hasta lograr un azul mucho más atrevido. A continuación, mezclé suficiente azul diluido para poder pintar un borde algo irregular de no menos de dos centímetros y medio y no más de ocho por los cuatro lados del rectángulo. Rellenar el espacio restante de naranja tostado fue bastante sencillo en cuanto conseguí el tono exacto, pero tardé más de lo que esperaba en prepararlo, porque no era fácil encontrar un color que solo tenía en la cabeza y no ante mis ojos.

Al fin obtuve un tono muy intenso, del que me sentí plenamente satisfecho. Ni marrón ni mostaza, sino una especie de naranja tostado bruñido con una traza de amarillo que, más que verse, podía sentirse. Preparé más cantidad de la que iba a necesitar para asegurarme de que tendría bastante, y diluí aquella resplandeciente montañita con una buena cantidad de aceite de linaza y aguarrás para poder extender bien el color por todo el lienzo. Con el pincel más grande, rellené el centro casi hasta el borde azul, y a continuación utilicé uno más pequeño para cubrir con cuidado el fino recuadro blanco resultante.

Retrocedí hasta la pared para tener una perspectiva amplia del cuadro terminado y decidí que el borde azul no era lo bastante irregular. Lo solucioné en unos minutos, y la pintura quedó tan bien como en la descripción de mi artículo. De hecho, se veía tan luminosa y resplandeciente a la luz de la lámpara de pie que parecía incluso mejor de lo que yo me esperaba.

Solo le faltaba la firma de Debierue.

Tardé en decidir si firmarla o no, preguntándome si poner el nombre en uno de sus cuadros respondería a la filosofía de su período de la «Cosecha Americana», pero como la pintura de naranja tostado con borde azul representaba el yo de Debierue, concluí que, si el artista alguna vez firmaba una de sus obras, tendría que ser esta. Anoté mentalmente que había que añadir aquel dato a mi artículo: se trataba de la primera pintura de verdad que Debierue había firmado en toda su vida (¡al señor Cassidy, desde luego, le parecería más valiosa una pintura firmada!).

Aún tenía en un bolsillo del traje vaquero la carta de Debierue al director del servicio de recortes de prensa francés. La saqué y estudié la firma apretujada del artista, suspirando agradecido por la exclusividad del diseño. A los falsificadores les gustan las firmas complejas: les facilitan mucho la falsificación porque cuesta menos copiar una firma complicada

que una sencilla y clara. Hay dos formas de falsificar una firma. Una es practicarla una y otra vez hasta que salga perfecta. Esa es la difícil. La fácil es volver la firma del revés y dibujarla, no escribirla, sino copiarla como se copiaría cualquier otro dibujo lineal. Y eso fue lo que hice. De hecho, no tuve que poner el lienzo bocabajo. Al copiar la firma de Debierue del revés en la esquina superior izquierda, cuando girara el cuadro, la parte superior pasaría a ser la inferior, y la firma se leería correctamente en la esquina inferior derecha, donde debía estar.

Aun así, me llevó un buen rato copiarla, porque estaba intentando que fuera lo más pequeña posible para respetar la costumbre del artista de hacer la letra diminuta. Meter «ebierue» dentro de la «D» no era sencillo, y tenía que acordarme de «escribir» con pinceladas ascendentes y no descendentes, porque era como tendría que verse cuando le diera la vuelta al cuadro.

—¡James! —exclamó Berenice.

Estaba tan enfrascado en lo que hacía que no tenía la certeza de si era la primera o la segunda vez que me llamaba. Pero era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Sentado en la silla de respaldo recto, con la vista puesta en el lienzo, no me dio tiempo a volverme hacia ella, y mucho menos a levantarme antes de que quitara la cadenita, abriera la puerta y entrara en mi habitación.

—James —repitió maquinalmente, deteniéndose de golpe con la mano aún en el pomo de la puerta.

Se había desmaquillado y sus pálidos labios rosados formaban una O mientras me miraba fijamente, primero a mí, y después el cuadro y la paleta improvisada que había dejado en la mesita baja de centro. La sábana que había usado para envolver el lienzo en blanco estaba en el suelo, alrededor de la silla que me servía de caballete. La había extendido para que no salpicara de pintura la moqueta.

—¿Sí? —contesté en voz baja.

Berenice cerró la puerta y se apoyó en el tablero, con las palmas de las manos pegadas a los paneles.

—Acaban de decir... en la tele —hablaba sin mirarme a mí, sino que tenía sus enormes ojos azules clavados en el lienzo— ... en las noticias de las diez y media, que ha ardido la casa de Debierue.

—¿Algo más?

Asintió con la cabeza.

—Que mientras se lleva a cabo la investigación, o algo así, el señor

Debierue se alojará en la casa del célebre abogado criminalista Joseph Cassidy, en Palm Beach.

Tragué saliva y asentí yo también. Soy un individuo muy hablador, pero por una vez en mi vida me quedé sin palabras. Me vino a la cabeza una mentira tras otra, pero las rechacé todas antes de llegar a verbalizarlas.

—¿Ese es el cuadro de Debierue? —preguntó Berenice mientras cruzaba la estancia en dirección a mi silla.

—Sí. Necesitaba verlo otra vez, ya sabes, para cotejarlo con la descripción de mi artículo. Estaba algo estropeada, la firma del artista, así que se me ha ocurrido retocarla un poco.

Berenice plantó el dedo índice en el centro exacto de la pintura y se miró la yema pringada de pigmento.

—¡Ay, James —dijo con disgusto—, este horrible cuadro lo has pintado tú...!

3

Cuando lo pienso ahora, no sé si, de verme de nuevo en las mismas circunstancias, resolvería el problema de otro modo, salvo por algunos cambios menores. A lo largo de la historia, la carrera, las ambiciones y los planes secretos de muchos hombres honrados se han visto truncados por mujeres ignorantes.

Habría sido fácil culparme a mí mismo de que Berenice descubriera la pintura. Si hubiera cerrado la puerta con pestillo en vez de preocuparme por mi confort físico en la habitación del hotel, podría haber escondido el cuadro antes de dejarla entrar. Ese pequeño desliz por mi parte lo estropeó todo, si se quiere ver así. Pero el problema era mayor, no solo cuestión de un único desliz. Concurrían toda una serie de desafortunadas coincidencias que se remontaban al instante en que permití, contra mi voluntad, que Berenice se mudara a mi casa, y a la torpe decisión de aceptar que viniera conmigo a casa de Debierue.

Y, claro, ahora que me había pillado con las manos en la masa, o más bien en el naranja tostado, Berenice me tenía atrapado de por vida si yo seguía adelante con mi engaño, con la publicación del artículo, con el envío de la pintura a Joseph Cassidy, por no hablar del futuro, de mi futuro y del consiguiente furor que la publicación de un artículo sobre Debierue despertaría en el mundo del arte.

Berenice me quería, o eso me había dicho una y otra vez, y si me hubiera casado con ella, a lo mejor habría tenido la boca cerrada y se habría llevado el secreto, el suyo y el mío, a la tumba. No lo sé. Lo dudé entonces y lo dudo ahora. El amor, según mi experiencia, es una emoción frágil y transitoria. El amor no solo no es eterno, ni mucho menos, sino que a lo sumo dura unos meses, o incluso unas semanas. Si pienso en mis

amigos y conocidos de Nueva York (y no tengo en cuenta a las personas que he conocido por casualidad en otros lugares, como Palm Beach, por ejemplo), no se me ocurre ni uno solo de ellos, hombre o mujer, que no se haya divorciado al menos una vez. Y la mayoría más de una. El entorno en el que vivo es así. El mundo del arte no solo es egocéntrico, sino también egoexcéntrico. El entorno no favorece las amistades duraderas, menos aún los matrimonios duraderos. Y ese era mi mundo...

La opción que me quedaba, demasiado estúpida para considerarla en serio, era amarga. Podría haber destruido *La herejía del naranja tostado* (ese era el título que le había puesto al cuadro) y romper en pedazos el artículo que había escrito, con lo que perdería la mayor oportunidad que tendría jamás de hacerme un nombre como crítico de arte.

Mientras me enfrentaba a Berenice, aquellos pensamientos se amontonaban desordenadamente en mi cabeza. Desde el punto de vista emocional, apenas estaba un poco enfadado en ese instante, consciente de que tenía un problema importante que resolver, pero falto, al menos de momento, de una solución.

—Quizá a ti te parezca una pintura horrible —le dije con frialdad— y estás en tu derecho de pensarlo si, y la clave aquí es ese «si», puedes sostener tu opinión con argumentos válidos. De lo contrario, no puedes emitir ningún juicio de valor respecto a la obra de Debierue.

—¡No... no me lo puedo creer! —exclamó Berenice, negando con la cabeza—. No pretenderás hacer pasar esto por un cuadro de Debierue, ¿verdad?

—Es un cuadro de Debierue. ¿No te acabo de decir que lo estaba retocando un poco porque ha sufrido daños por el camino?

—No estoy ciega, James —dijo con un gesto de impotencia, agitando las manos mientras sus grandes ojos se posaban en la evidencia de los materiales de pintura y del propio lienzo—. ¿Cómo esperas irte de rositas con algo tan descarado? ¿No sabes que el señor Cassidy le enseñará el cuadro a Debierue y...?

—¡Berenice! —la interrumpí bruscamente—. ¡Estás metiendo tus narices de pueblerina en algo que no es de tu maldita incumbencia! ¡Sal de aquí de una puñetera vez, haz las maletas y, como no estés lista en veinte minutos, por mí te puedes quedar en Valdosta!

Se puso colorada y luego retrocedió dos pasos. Asintió con la cabeza, se mordisqueó el labio inferior y asintió de nuevo.

—¡De acuerdo! Es evidente que aquí está pasando algo que no entiendo,

pero eso no es motivo para que lo pagues conmigo de esa manera. Al menos me lo podrías explicar. No puedes reprocharme que esté desconcertada, ¿no? Lo único que yo digo es que, en fin, todo este asunto es extraño, ¡nada más!

Me levanté de la silla, le pasé el brazo por los hombros y le di un abrazo de amigo.

—Lo siento —le dije con delicadeza—, no debería haberte gritado de ese modo. Y no te preocupes, te lo explicaré todo en el coche. Anda, sé buena chica y ve a hacer las maletas para que podamos salir de aquí y ponernos en marcha en unos minutos, ¿vale?

Le abrí la puerta. Sin dejar de cabecear, cruzó el pasillo hasta su habitación.

En cuanto se cerró su puerta, envolví los materiales de pintura con la sábana, lavé el cenicero-paleta bajo el chorro de agua caliente de la bañera y lo sequé con una toalla. Luego me puse los pantalones y una camisa, cogí el ascensor y bajé el cuadro y el pequeño fardo de materiales al aparcamiento subterráneo. Tiré el fardo en una papelera y coloqué la pintura con cuidado, con la parte húmeda hacia arriba, en el maletero de mi coche. Tardé otros tres minutos en soltar la capota, recogerla y engancharla. Pasaríamos frío conduciendo con la capota bajada a esa hora de la noche, pero podía subirla de nuevo más tarde. El encargado de vigilar el aparcamiento por las noches, un joven negro que iba vestido con un mono blanco, estaba plantado en la puerta de la garita iluminada, observándome en silencio mientras me peleaba con la capota. Cuando terminé, crucé el aparcamiento, le di un cuarto de dólar y le avisé de que me iba ya del hotel.

—Llama a recepción, por favor —le pedí— y dile al recepcionista que, en unos quince minutos, mande a un botones con un carrito de equipaje a la cinco diez y a la cinco cero cinco. Cuando baje, dile que lo ponga todo en el asiento de atrás. El maletero ya está lleno con otras cosas.

—Sí, señor —contestó.

Volví a mi habitación, hice las maletas en menos de cinco minutos, me puse un suéter sin mangas encima de la camisa y luego el abrigo deportivo. Berenice aún no estaba lista, pero la ayudé a cerrar sus maletas y le aconsejé que se pusiera el abrigo calentito de paño encima del traje de chaqueta holgado. Llegó el botones con el carrito y, después de detenerse en el vestíbulo para que pasáramos por recepción, continuó hasta el aparcamiento subterráneo y se dispuso a dejar nuestro equipaje en el

coche. Berenice pagó la cuenta, que fue asombrosamente razonable, haciendo efectivos dos cheques de viaje, y el botones nos tuvo el coche listo en la puerta antes de que termináramos. El recepcionista no nos preguntó por qué nos íbamos en plena noche y yo tampoco le comenté nada.

Cuando subimos al coche hacía fresco, y una niebla ligera flotaba a unos quince metros de altura por encima de las calles desiertas de la ciudad. Encendí dos cigarrillos, le pasé uno a Berenice y saqué el coche de donde estaba estacionado. Ella tembló un poco y se acurrucó en el asiento.

—Te preguntarás por qué he bajado la capota... —dije.

—Sí, me lo pregunto, pero después de cómo me has gritado antes, ya no me atrevo a preguntarte nada.

Sonreí y le di una palmadita en el muslo.

—Si hace demasiado frío la volveré a subir, pero he pensado que sería preferible que me diera todo el aire fresco posible para mantenerme despierto. En realidad no hace frío, y no creo que haya mucho tráfico a esta hora, así que llegaremos en un tiempo razonable.

Berenice aceptó aquella estúpida explicación y yo aceleré en cuanto salimos del centro a la nueva autopista de cuatro carriles que seguía bordeada de calles residenciales con casas de dos o tres plantas.

Por lo que había visto en el mapa, sabía que había varios lagos pequeños entre Valdosta y Tifton, así como unas cuantas plantaciones de pinos —bosques de crecimiento primario y secundario— que alimentaban las fábricas de papel de Augusta. Sin embargo, casi toda la tierra roja y fértil estaba destinada al cultivo de tabaco, la cosecha principal, pero también de melones, maíz, guisantes o cualquier otra cosa que el agricultor quisiera plantar, incluido lino. Al este de Valdosta estaba el gran pantano de Okefonokee, que cubría una amplia extensión del sudeste de Georgia, y había muchos lagos pequeños, arroyos y riachuelos que filtraban al pantano agua bien cargada de sedimentos.

Yo no estaba familiarizado con la autopista ni el paisaje, no sabía exactamente qué buscaba, salvo un pinar, o una franja de pantano, y apenas utilizaba las vías de acceso. Aminoré considerablemente la marcha a unos kilómetros al norte de Valdosta, en cuanto estuve en campo abierto, donde solo se distinguían algunas granjas dispersas, y empecé a buscar con atención alguna carretera secundaria que no condujera a ninguna parte. Berenice, que había estado callada como una mártir y sufriendo también mi silencio, al final tuvo que abrir la boca.

—¿Y bien? —dijo.

—Y bien, ¿qué?

—Estoy esperando la explicación, eso es todo. Me has dicho que me lo ibas a explicar, ¿a qué esperas?

—Lo he estado pensando mucho, Berenice, y he empezado a entrar en razón. Tú no crees que sea buena idea enviarle ese cuadro al señor Cassidy, ¿verdad?

—Eso es asunto tuyo, James. No soy yo quien debe decirte qué hacer, pero si quieres saber mi opinión, te diré que no. Aunque, como bien has dicho, yo no sé todo lo que hay que saber sobre lo que sea que intentas hacer... Así que, mientras no lo sepa, no meteré mis narices de pueblerina en tus asuntos.

—Te pido disculpas por eso, cariño.

—No pasa nada. Sé que tengo una nariz acorde con mi cara. Lo que me preocupa es que de algún modo me he visto obligada a pensar que incendiaste la casa de Debierue.

—¿Yo? —le pregunté sonriente—. ¿Qué te hace creer que haría algo así?

—Bueno, para empezar, no parece que te hayas sorprendido —dijo muy astuta— cuando te he comentado que habían dado la noticia del incendio en la tele.

—¿Y por qué iba a sorprenderme? También ardió su villa de Francia. Lo que sí me sorprende es que hayas pensado que he sido yo.

—Pues dime que no has sido tú y te creeré.

—¿Qué motivo iba a tener yo para hacer algo así?

—¿Por qué no me respondes con un simple sí o no?

—En este mundo, no hay simples respuestas de sí o no, niña grande, al menos yo no he encontrado ninguna. Solo hay síes o noes válidos, y no muchos.

—Muy bien, James, no se me ocurre una razón válida, por usar una de tus palabras favoritas, «válida», pero sí una razón que tú podrías considerar válida. Creo que has escrito un artículo falso sobre unas pinturas que Debierue tendría que haber pintado, pero no lo ha hecho. Viste los cuadros que sí pintó y no te gustaron, seguramente porque no cumplían con los elevados estándares de cómo pensabas que deberían ser, así que los quemaste prendiendo fuego a la casa. Luego te has inventado unas pinturas que no existen y has escrito sobre ellas en su lugar.

—¡Dios mío!, ¿te das cuenta de lo disparatado que suena eso?

—Sí, pero puedes demostrármelo dejándome leer el artículo que has escrito. Si no mencionas esa extraña pintura naranja...

—Naranja tostado...

—Vale, esa extraña pintura naranja tostado en tu artículo, demostrarás que me equivoco. Te pediré disculpas y se acabó.

—¿Y se acabó, así, sin más? Y esperas que entonces te perdone la horrible acusación que has vertido sobre mí como si nunca la hubieras formulado, ¿no?

—Te he dicho que puede que me equivoque, y, sinceramente, espero que así sea. Es fácil demostrar que me equivoco, ¿no? Lo que tengo claro, y no hay nada que puedas decir para convencerme de que estoy en un error, es que Debierue jamás pintó el cuadro de tu habitación. Lo has pintado tú. Aún no estaba seco cuando lo toqué, incluida la firma de Debierue. Y la única razón que se me ocurre para que hayas hecho una cosa semejante es que quieras escribir sobre esa pintura y hacerla pasar por una obra de Debierue. No... no sé qué pensar, James... Todo esto me ha dado dolor de cabeza. Y la verdad, aunque no te lo creas, ¡me da igual! Te lo juro, ¡me da igual! Pero tampoco quiero meterme en líos. Un incendio provocado es un delito muy grave, James.

—¡No me digas!

—No tiene gracia, eso te lo aseguro. Y si le has prendido fuego a la casa de Debierue, ¡deberías decírmelo!

—¿Para qué? ¿Para que me denuncies a la policía?

—Ay, James —gimoteó. Se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

—Muy bien, Berenice —le dije en voz baja después de dejarla llorar un minuto o así—, te voy a decir lo que voy a hacer —añadí, ofreciéndole mi pañuelo. Negó con la cabeza, sacó un clínex del bolso y se sonó la nariz con un refinado trompeteo—. Tienes razón —proseguí—, en todo, y lo reconozco. Supongo que me he dejado llevar, pero aún no es demasiado tarde. El incendio fue un accidente. No lo hice a propósito. El anciano debió de verter un poco de aguarrás y a mí se me cayó el cigarrillo y prendió. Pensaba que lo había apagado, pero por lo visto volvió a prender. ¿Lo ves?

Asintió con la cabeza.

—Ya me imaginaba que habría sido algo así.

—Así es como sucedió, supongo. Pero lo de pintar el cuadro ya es otro asunto. No sé cómo esperaba salirme con la mía. De todas formas, lo más

probable es que me hubiera acobardado en el último momento. Lo que haré será tirarlo y reescribir el artículo entero con la información que tengo de verdad.

—Nos contó muchas cosas interesantes.

—Desde luego.

Había un camino de tierra a la derecha que conducía a un frondoso pinar. Giré, cambié a segunda, pero mantuve la velocidad del motor por la tierra.

—¿Adónde vas?

—Voy a meterme por aquí, lejos de la autopista, para quemar el cuadro.

—Puedes esperar a mañana, ¿no?

—No, creo que cuanto antes me deshaga de él, mejor. Si me lo quedara, podría cambiar de opinión otra vez. Igual lograba salirme con la mía, ¿sabes?

—No, James —me dijo con sequedad.

Después de unos dos kilómetros, el camino de tierra terminaba en un pequeño claro. El claro estaba cubierto de hierba alta y nos encontrábamos rodeados por todas partes de pinos de tamaño medio. Pasarían aún otros dos años, por lo menos, antes de que aquellos árboles fueran lo bastante altos para ser talados. Dejé las luces encendidas y apagué el motor. Sin mediar palabra, bajé del coche, abrí el maletero y cogí la llave de ruedas. Pesaba bastante, medía unos veinticinco centímetros, y el extremo plano, aunque no estaba demasiado afilado, sí era lo bastante fino para resultar cortante. Rodeé el coche hasta el lado de Berenice y le aticé con la barra en la cabeza.

—¡Aaauuu!

Hizo un aspaviento y, cubriéndose con las manos, se volvió hacia mí. Me miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, pero sin expresión en el rostro. No le había pegado lo bastante fuerte, o puede que calculase mal el espesor de su pelo, recogido en un moño, que debió de amortiguar el golpe. Volví a darle en la cabeza, mucho más fuerte esta vez, y se desplomó en el asiento.

Abrí la portezuela, la agarré por el grueso cuello del abrigo y la saqué a rastras del coche. Inerte, pesaba una barbaridad; además, la pierna izquierda se le había quedado enganchada en el asiento delantero. Estaba tirando de ella con una sola mano, porque aún llevaba la barra en la derecha, para soltarle la pierna, cuando sufrió una convulsión, rodó hasta el suelo de cabeza y me golpeó en el estómago, como si me embistiera una

cabra.

Me pilló por sorpresa, caí de espaldas y me lastimé el hombro con el tocón astillado de un árbol. Al mismo tiempo, hinqué con fuerza el codo izquierdo en el suelo, justo a la altura del cúbito. El hombro derecho me dolía como si lo tuviera en llamas, y el repentino hormigueo que sentía en el hueso de la risa me llegaba al antebrazo. Solté la barra, me masajeé el hombro derecho con los dedos de la mano izquierda y el dolor del codo y del hombro fue remitiendo poco a poco. Entonces oí los chillidos estridentes de Berenice entre los árboles, alejándose cada vez más. Volví a empuñar la barra.

Apagué las luces y fui tras ella, guiándome por el sonido de sus gritos, cada vez más débiles, en el bosque oscuro. Berenice corría de un modo extravagante, como casi todas las mujeres, y el abrigo a la altura de las rodillas entorpecía su huida. No pensaba que pudiera ir muy lejos, pero no conseguía darle alcance. Intenté correr yo también, pero después de tropezar con un tocón y caer de bruces sobre la tierra húmeda, preferí caminar rápido.

Pararon los gritos y yo también. El súbito silencio me sobresaltó y, por primera vez, tuve miedo. Tenía que encontrarla. Si huía, todo habría terminado para mí. Todo.

Avancé, caminando más despacio, examinando cada centímetro de suelo ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la escasa luz. Una niebla ligera flotaba a unos treinta metros por encima de los árboles, pero había luna y yo cada vez veía mejor. Se fue abriendo un claro y el terreno empezó a estar más blando. Me encontraba al borde de un pantano y, unos cincuenta metros más allá, llegué a la orilla de un lago de aguas negras estancadas. Conocía a Berenice lo suficiente para saber que no se habría zambullido en aquellas aguas. El camino era más fácil por la izquierda, así que lo enfilé, suponiendo que ella habría hecho lo mismo.

La encontré a los pocos minutos, gracias al color claro de su abrigo. Estaba postrada boca abajo, con las piernas extendidas de una forma extraña, parcialmente oculta bajo un frondoso cerezo silvestre. Como no me atrevía a tocarla, la hice rodar hasta que quedó boca arriba. Un rayo claro de luz de luna se coló entre las ramas del árbol e iluminó su cara ensangrentada y sus ojos como platos.

No sabía si estaba muerta o no, pero debía asegurarme. Solo sabía una cosa: no habría podido pegarle otra vez. Al arrodillarme a su lado y abrirle el abrigo, un aroma a Joy de Patou me llenó de tristeza las fosas nasales.

Apoyé la cabeza en su pecho en busca de un latido. Nada. Berenice estaba muerta, pero no la habían matado los golpes que yo le había asestado en la cabeza. Había muerto de la conmoción. Nadie, herido de muerte como ella estaba, habría podido correr tan lejos. Aunque, por unos instantes, ambos nos vimos investidos de una fuerza sobrehumana. Ella era una mujer grande, fortísima, y luchaba por su vida.

Pero yo también.

La arrastré al borde del agua y la metí debajo de un árbol caído que estaba medio dentro y medio fuera del pantano. La cubrí de ramas muertas, tapé con hojarasca la parte no sumergida del árbol, y el cuerpo quedó oculto por completo. Debierue sabía que estaba conmigo y, si la encontraban y él se enteraba de que había sido asesinada, se lo diría a Cassidy inmediatamente. Es decir, se lo diría a Cassidy si el cadáver era hallado antes de que él recibiera las páginas de mi artículo sobre su período de la «Cosecha Americana». Le gustaría tanto mi artículo que no se arriesgaría a hablarle a nadie de Berenice. Su reputación, al igual que la mía, dependía de aquel artículo. Pero habría tiempo, tiempo de sobra. Pasarían meses, quizá años, hasta que encontraran el cadáver.

De pronto me sentí débil y desalentado. Toda mi fortaleza se esfumó. Me apoyé en el árbol más cercano y vomité la cena: el maíz, los tomates y la okra, las tiras de solomillo, los bollitos, todo. Jadeé y sollocé hasta que recobré el aliento, volví al cerezo y recuperé la llave de ruedas. Tenía mis huellas y la iba a necesitar si pinchaba camino de Nueva York.

Retrocedí en dirección al coche y después de caminar unos cinco minutos descubrí que me había perdido. Me entró el pánico y eché a correr. Tropecé, caí, me golpeé la cabeza con un árbol y me hice una dolorosa brecha en la frente. Como decía Freud, los accidentes no existen. Me enfrenté al ataque de pánico inspirando profundamente, procuré calmarme en la medida de lo posible, obligándome a sentarme en silencio en el suelo húmedo, con la espalda apoyada en un árbol, y me fumé un cigarrillo hasta el filtro. No pasaba nada. Todo iba a salir bien.

Ya más tranquilo, aunque todavía me temblaban las manos, conseguí desandar el camino hasta el pantano donde había dejado a Berenice. Cuando me hube orientado, retomé el rumbo de regreso siguiendo lo que más o menos me parecía la dirección en que se encontraba el coche y llegué a la pista de tierra, que quedaba a unos cincuenta metros del claro y del coche. Me notaba el rostro encendido de calor y a la vez temblaba de frío. Antes de salir, subí la capota, y por fin arranqué el motor.

Dos semanas después, ya de vuelta en Nueva York, cuando estaba limpiando el coche para poder venderlo, encontré uno de los dedos de Berenice, o parte de él: las dos primeras falanges y la uña pintada de esmalte Chen Yu. Debió de cortárselo la barra cuando se llevó las manos a la cabeza, dentro del coche. Lo envolví en un pañuelo y lo puse a buen recaudo. Quizá algún día, me dije, podría mirar aquel dedo sin sentir miedo, pena o remordimiento.

4

La foto de Debierue leyendo el ejemplar del *Miami Herald* en llamas que ilustraba mi artículo de *Fine Arts: The Americas* se publicó también en *Look* y *Newsweek*, y en la sección de cultura del *Sunday New York Times*. UPI, la agencia internacional de noticias, después de regatear con mi agente, por fin compró la foto y se la envió por cable a sus suscriptores. El dinero que gané con esa foto me permitió comprarme mi primer traje a medida. Chaqueta y pantalón, cuatrocientos dólares.

Durante el camino de vuelta a Nueva York, salí de la autopista en dirección a Baltimore y registré el equipaje de Berenice en dos taquillas de la estación de autobuses Greyhound (incluido su bolso y sus cheques de viaje, consciente de que su madre podría usar aquel dinero algún día, cuando reclamaran los bultos, si es que los reclamaban). Salvo por esa parada, fui directo a la ciudad.

En la oficina tenía cinco avisos para que llamase a Joseph Cassidy, a cobro revertido, inmediatamente, así que lo llamé antes de hacer nada más.

—¿Ha conseguido el cuadro? —me preguntó.

—Sí, por supuesto.

—¡Bien, bien! Guárdelo unos días, no me lo mande aún. Quiero instalar al señor Debierue en un buen asilo, ya sabe... Él no está enterado de que usted tiene el cuadro, ¿no?

—No, y es mejor que no lo sepa. Lo he mencionado en mi artículo, pero no aparece ninguna fotografía de la pintura. Antes de enviarlo a Palm Beach, quiero tomar unas buenas fotografías en color de *La herejía del naranja tostado* para su futura publicación, ya sabe a lo que me refiero...

—Naturalmente... ¿Ese es el título, *La herejía del naranja tostado*? ¡Es genial!

—Sí. Seguramente llevará un segundo título: *Autorretrato*.

—¡Dios, James, estoy deseando verlo!

—Dígame cuándo, señor Cassidy, y se lo mando por correo urgente.

—No se preocupe, ya lo llamaré. Y una cosa, James, esto no se me va a olvidar. Cuando llegue el momento de exponerlo, tendrá usted la cobertura en exclusiva de la inauguración.

—Gracias.

—Mi problema ahora es convencer a Debierue de que entre en un asilo. Es demasiado mayor para cuidarse solo. De haber estado dormido cuando empezó el fuego, habría muerto. Y cuando pienso en esas pinturas convertidas en cenizas... ¡Dios!

—¿Le ha dicho él algo de las pinturas?

—Ni una palabra. Ya sabe cómo es. Nada parece perturbarlo. Pasa casi todo el tiempo sentado delante de la tele, viendo películas antiguas y bebiendo zumo de naranja. Eso lo puede hacer en un asilo. Bueno, ya tendrá noticias mías. Esto es una conferencia, ya sabe.

—Claro. Ya hablaremos.

Pero no volvió a llamarme. Me mandó una carta urgente cuando consiguió instalar a Debierue en el asilo Regal Pines, cerca de Melbourne, Florida. Yo le mandé el cuadro por correo urgente a portes debidos, aunque para poder hacerlo tuve que pagar el seguro por adelantado.

La respuesta crítica a mi artículo, cuando se publicó en *Fine Arts: The Americas*, siguió el patrón que esperaba: Canaday, en de *The Times*, mostró sus reservas; Perrault, en de *The Village Voice*, fue entusiasta; y hubo una pieza corta de dos párrafos en *The L. A. Free Press* recomendando el artículo a los futuros pintores revolucionarios del sur de California. La cobertura en prensa fue mayor de lo que yo esperaba.

Lo que de verdad me preocupaba era la onda expansiva que se generaría en las revistas especializadas y las críticas trimestrales. Aquella reacción tardaría en llegar, porque tales publicaciones solían tomarse su tiempo. El mejor artículo, que desencadenó una larga retahíla de cartas al director, apareció en *Spectre*, y lo escribió Pierre Montrand. Aquel chovinista francés veía el período de la «Cosecha Americana» de Debierue como un rechazo socialista al gaullismo. La idea era absurda, pero estaba muy bien expresada y resultó tremendamente controvertida.

Con mi foto de Debierue, muchos periódicos publicaron sucintas crónicas de la misteriosa emigración del artista a Estados Unidos, pero yo cumplí la promesa que les había hecho a Cassidy y al anciano. Jamás

divulgué la dirección del pintor en Florida después de que el coleccionista consiguiera que lo admitiesen con un nombre falso en el asilo Regal Pines, y Cassidy cubrió tan bien su rastro que los periodistas nunca lo encontraron. Le mandé por correo al anciano las páginas de mi artículo, una decena de copias en veinte por veinticinco de la fotografía del periódico en llamas y un ejemplar firmado de mi libro *El arte y el párvulo*. No me confirmó que le hubiera llegado, pero sé que así fue porque lo envié con acuse de recibo.

Durante la primera semana después de mi regreso a Nueva York, estuve comprando todos los días el *Atlanta Journal-Constitution* (que contiene información de todos los estados sureños del país) y peinaba sus páginas por si hablaban del hallazgo de un cadáver cerca de Valdosta, pero el periódico en cuestión me desagradaba y buscar aquella noticia a diario me estaba volviendo macabro. Dejé de comprarlo. Si la encontraban, la encontraban, y yo no podría hacer nada al respecto. Sin embargo, inevitablemente, mi psique experimentó una reacción, producida, como no podía ser de otro modo, por la muerte de Berenice. No es que me remordiera la conciencia, aunque en parte sí había algo de eso. Era como si me hubiera sobrevenido una especie de desconfianza en mí mismo, una sensación de ambivalencia que viciaba mis juicios de valor sobre aquel nuevo trabajo del que había sido testigo. Superé aquella sensación —o, para ser más exactos, aquella reacción exagerada—, recluyendo a Debierue en un rincón de mi mente. Conseguí deshacerme de la ambivalencia separando a Debierue de los demás artistas como pintor único, y no considerándolo relacionado con el arte contemporáneo comercial. No tardé muchas semanas en acomodarme a esa propuesta mental. Pude volver a funcionar con normalidad en mis encargos de crítica habituales.

Mi reputación como crítico no se disparó, pero mi volumen de trabajo se duplicó y, con este, mis ingresos. Tom Russell me subió el sueldo cincuenta dólares, con lo que empecé a ganar cuatrocientos cincuenta al mes en la revista. También me subieron la tarifa por mis clases y empecé a dar más, entre otras una en Columbia sobre las Nuevas Tendencias del Arte Contemporáneo a los futuros graduados en Arte, y el Departamento de Bellas Artes me pagaba seiscientos dólares. Dar clases en mi antigua facultad, donde en su día había sido un alumno de grado indigente, quizá fue el punto culminante de todo el año.

Mi agente desenterró algunos artículos antiguos no vendidos que yo había escrito hacía meses, dos de ellos para revistas de arte que los habían

rechazado.

Siempre había aceptado algunos trabajos como jurado, juzgando exposiciones de arte «solo a cambio de dietas», y la mayoría de las veces sin remuneración de ningún tipo. De pronto empecé a recibir propuestas de sumas sustanciosas a cambio de juzgar y mandar a la horca importantes exposiciones de grandes museos. En una exposición con jurado en la que participé, en Hartford, había una pintura de Herb Westcott. El artista se había pasado al realismo romántico y su técnica artesanal casi delicada le iba de maravilla al nuevo estilo. La exposición de Hartford tenía como tema la lucha contra la contaminación, y Westcott había pintado una ampliación inmensa de una postal de 1925 de las cataratas del Niagara. La obra no estaba en la categoría del primer premio, pero pude convencer a los otros miembros del jurado (el director del museo y Maury Katz, un pintor con mucho carácter) de que concedieran a la pintura de Westcott una mención de honor y un premio en metálico de mil dólares. Me había portado bastante mal con Westcott en Palm Beach, huyendo de él y de su exposición en la galería de Gloria, y me complació echarle un cable, que en cualquier caso se merecía.

Ahora, entre los libros que debía reseñar, se encontraban obras que el director editorial solía reservarse para sí mismo: libros de gran formato, bellos, caros y hermosamente ilustrados, que se vendían a veinticinco, treinta y cinco e incluso cincuenta dólares. Una vez reseñados, estos libros caros pueden venderse a las librerías a mitad de precio. A los inspectores de Hacienda, estas pequeñas cantidades de dinero les resultan difíciles de rastrear.

Ya no dormía bien. No dormía nada bien.

Sabía que Debierue había leído mi artículo y, aunque suponía, con total fundamento, que no diría nada, no podía tener la certeza de que siguiera guardando silencio. Me había atrevido a dar por sentado que cuatro importantes críticos de arte europeos se habían inventado pinturas de Debierue para escribir sobre ellas, pero ellos no podían denunciarme. Solo Debierue podría hacerlo y, gracias al incendio que yo había provocado, en realidad no tenía forma de demostrarlo.

Aun así, por las noches, me despertaba a menudo bañado en sudor. Sentado en la oscuridad al borde de la cama, procurando tener la mente lo más en blanco posible, me encendía un cigarrillo detrás de otro, por miedo a volver a acostarme. Al cabo de un rato me decía a mí mismo que, con el tiempo, las pesadillas seguirían su curso y cesarían.

Un año después, casi el mismo día en que yo había vuelto a Nueva York, murió Debierue en Florida. El señor Cassidy me mandó un cablegrama, invitándome al funeral, pero yo estaba ocupado con otras cosas y no pude escaparme con tan poca antelación. En Florida, de acuerdo con la legislación estatal, a los muertos hay que enterrarlos en las veinticuatro horas siguientes al fallecimiento. Como es lógico, dado que yo era la autoridad en Debierue y ya había escrito la pieza definitiva sobre él para la futura *Enciclopedia Internacional de Bellas Artes*, recibí el encargo de escribir la necrológica para la revista, un tributo con recuadro negro de una página completa.

A los diez días de la muerte de Debierue, recibí un paquete grande y alargado en la oficina. Cuando lo desenvolví en mi escritorio, descubrí el marco barroco desmontado del que en su día había sido el célebre *No. One* de Debierue. Aquel obsequio inesperado del más allá me hizo llorar, por primera vez en varios meses. El marco no iba acompañado de ninguna nota personal ni de una tarjeta. Seguramente Debierue dejó encargado a alguien del asilo que me lo mandaran por correo tras su muerte. Pero el hecho de que me enviara el marco implicaba una exculpación. Y no solo se trataba de una exculpación completa, sino que demostraba que le había complacido mi crítica de su período de la «Cosecha Americana». De entre todos sus múltiples críticos, Debierue me había elegido a mí como beneficiario de *No. One*.

El marco desmontado no tenía valor intrínseco, claro. Probablemente podría haberlo vendido en alguna parte o haberlo donado al MoMA como curiosidad, pero no podía hacerle eso al anciano. Su gesto me había conmovido profundamente.

Enfilé el pasillo para tirar el marco a la incineradora. Al levantar la portezuela metálica, detecté una mosquita muerta pegada con celo en uno de los lados del marco. El anciano, a pesar de su edad, tenía buena memoria. Después de ver la mosca, ya no pude arrojar los pedazos por el conducto. En su lugar, cuando volvía a casa del trabajo, dejé el fardo con los trozos del marco debajo de mi asiento del metro.

Mantuve correspondencia con Joseph Cassidy en relación con *La herejía del naranja tostado* . Quería que le indicase cuál era el mejor lugar para presentarlo al público: Nueva York o Chicago. Le aconsejé que esperara y que lo mejor sería que expusiera la pintura en Palm Beach, al comienzo de la siguiente temporada, para que coincidiera en la medida de lo posible con la fecha de publicación de la *Enciclopedia Internacional de Bellas Artes*, que

incluiría una fotografía en color a toda plana de la pintura junto a mi artículo definitivo sobre el pintor...

... Abrí el pesado volumen y busqué mi pieza sobre Jacques Debierue. La fotografía en color de *La herejía del naranja tostado* era una hermosa reproducción del cuadro. En tamaño reducido, las imágenes en color a menudo parecen mejores que los óleos originales. Y aquella foto en color impresa en costoso papel estucado brillaba como oro bruñido.

Leí mi artículo detenidamente. No había faltas de ortografía ni erratas. Mi nombre estaba escrito correctamente al final del artículo. Una breve bibliografía de los libros y principales artículos críticos sobre Debierue seguía a mi nombre, en Agate Bold de cinco puntos y medio. Tampoco había erratas en la bibliografía.

Satisfecho, empecé a hojear otros volúmenes de la enciclopedia al azar, para comprobar la redacción y la calidad del trabajo. Leí piezas sobre algunos de mis favoritos: Goya, el Greco, Piranesi, Miguel Ángel.

De pronto se me revolvió el estómago y tuve un extraño presentimiento. Los artículos que había leído estaban bien documentados y bien escritos, sobre todo el de Piranesi, pero me notaba el estómago como si me lo hubieran llenado de masa de pan cruda que estuviera empezando a subir y a hincharse en mi interior. Abrí el cajón de mi escritorio y saqué la regla de latón. Con paciencia, para no cometer errores, medí las columnas de la enciclopedia con el fin de ver cuántos centímetros se habían asignado a Goya, al Greco, a Piranesi, a Miguel Ángel... y a Debierue.

Goya tenía veinticinco centímetros; el Greco, treinta; Piranesi, veinte; y Miguel Ángel, treinta y cinco. ¡Y Debierue tenía columnas de cuarenta centímetros! El anciano, en lo relativo a espacio, había superado a los mayores artistas de todos los tiempos.

Cerré los libros, todos, y volví a meterlos en el cajón de madera. Encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana. La suave luz del sol de Palm Beach esparcía pequeños brillos dorados bajo la acacia que había al otro lado de mi ventana. La hierba verde oscuro del jardín del bloque de apartamentos aún estaba húmeda de los aspersores que el jardinero acababa de apagar. El cielo azul claro, sin nubes, puro sin los humos industriales, era tan claro como el agua embotellada cara. No me engañó el aire acondicionado de la habitación. Fuera, al sol, hacía un calor infernal.

Mi labor había concluido. Debierue había triunfado, los había vencido a

todos, y yo también. No volvería a haber otro Jacques Debierue, al menos en lo que me quedaba de vida, y si aparecía otro como él, yo no querría conocerlo. Ya no me quedaba nada por hacer como crítico de arte. ¿Cómo podría superarme a mí mismo? No en este mundo.

Pero ¿y Berenice Hollis? ¿Pasaría yo el examen? En una caja de puros que guardaba en el último cajón de mi escritorio, junto con una foto de mi padre tomada cuando yo tenía siete años, y una concha de bígaro seca y tosca (en recuerdo de que había nacido en Puerto Rico, pues la había recogido en la playa de niño) conservaba el dedo seco de Berenice, envuelto en un pañuelo de lino. Desenrollé el pañuelo y contemplé el dedo apergaminado. El esmalte Chen Yu rojo sangre había perdido su lustre y se había desconchado un poco. Miré el dedo un buen rato sin sentir miedo, pena ni remordimiento.

Debierue, y su logro, habían merecido la pena, y ya no me quedaba nada más por hacer. Otra persona, otro crítico, podía cubrir la presentación del único Debierue firmado de Cassidy en el Everglades Club. Había llegado el momento de pagar por la muerte de Berenice Hollis.

Me duché, me afeité y me puse mi traje hecho a medida, y una camisa blanca, una corbata a rayas rojas, blancas y azules, calcetines de seda negros y zapatos de piel bien cepillados.

Con tranquilidad, recorrí paseando las calles iluminadas por el sol de media tarde hasta la comisaría de Palm Beach, de estilo colonial español. Nadie más sabría nunca la verdad sobre Debierue, y nadie, aparte de mí, sabía la verdad sobre mi participación en la apoteosis. Y yo nunca lo contaría, jamás, pero debía pagar por Berenice. Cualquier individuo que logre triunfar en Estados Unidos debe pagar por ello. Así son los estadounidenses y nadie lo sabe mejor que yo, un puertorriqueño expatriado.

En la comisaría había un sargento y dos patrulleros. Uno de los patrulleros empezaba el servicio y el otro terminaba ya su jornada, pero los dos iban tan limpios e impecables que habría sido imposible saber quién era quién. Los tres policías miraban un ejemplar de *Palm Beach Life*, la exquisita revista de temporada que informaba sobre la sociedad de Palm Beach. El policía que terminaba su turno había salido en una foto, una instantánea de un grupo de mujeres en una visita guiada por unos jardines, y él sonreía al fondo.

—Buenas tardes, señor —me dijo el sargento, muy educado, levantándose—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Asentí con la cabeza.

—Buenas tardes, sargento —contesté. Desplegué el pañuelo sobre la mesa y el dedo de Berenice salió rodando—. Vengo a confesar un crimen pasional.

CHARLES
WILLEFORD

EN RBA

Una obra maestra

James Figueras es un crítico joven, prometedor y ambicioso. Un coleccionista le ofrece la oportunidad de su vida: conocer al inaccesible Jacques Debierue, el artista vivo más célebre del mundo, que se esconde en algún lugar de Florida. Como contrapartida, el coleccionista exige a Figueras que robe alguna de sus obras. La opción de convertirse en un ladrón no le gusta nada, pero el premio es demasiado tentador para rechazar la oferta.

Miami blues

El alegre expresidiario Freddy Frenger, Jr. acaba de aterrizar en Florida para pasárselo en grande. Pero el concepto de diversión para un psicópata como él es peligroso para el resto. En su camino se cruza el sargento Hoke Moseley, un desastre como persona, pero brillante en su trabajo. Ambos están destinados a enfrentarse en un duelo que ya se ha convertido en uno de los grandes clásicos de la novela negra.

NOTA

[*] En español, en el original. (*N. de la t.*)